



UNIVERSIDAD
DE LA REPUBLICA
URUGUAY



Facultad de
Humanidades y
Ciencias
de la Educación

La mirada del Partido Comunista del Uruguay sobre la revolución (1964-1968)

Subtítulo de la tesis

João Guilherme Paranhos Miceli

Programa de Maestría en Ciencias Humanas, opción Estudios Latinoamericanos
Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación

Universidad de la Republica

Montevideo – Uruguay

Marzo de 2022



UNIVERSIDAD
DE LA REPUBLICA
URUGUAY



Facultad de
Humanidades y
Ciencias
de la Educación

La mirada del Partido Comunista del Uruguay sobre la revolución (1964-1968)

Subtítulo de la tesis

João Guilherme Paranhos Miceli

Tesis de Maestría presentada al Programa de Posgrado en Ciencias Humanas, opción Estudios Latinoamericanos, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad de la República, como parte de los requisitos necesarios para la obtención del título de Magíster en Ciencias Humanas.

Director:

Prof. Mag. Carlos W. Demasi

Codirector:

Prof. Dr. Renato Luís do Couto Neto e Lemos

Director académico:

Prof. Mag. Carlos W. Demasi

Montevideo – Uruguay

Marzo de 2021

Paranhos Miceli, João Guilherme

La mirada del Partido Comunista del Uruguay sobre la revolución (1964-1968) / João Guilherme Paranhos Miceli. Montevideo: Universidad de la República, Facultad de Humanidades y Ciencia de la Educación, 2021.

XII, 16 p. 29,7cm.

Director:

Mag. Carlos W. Demasi

Nombre del Director de Tesis Apellido Codirectores:

Dr. Renato Luís do Couto Neto e Lemos académico:

Nombre del Director Académico de Tesis Apellido

Tesis de Maestría – Universidad de la República, Programa de Posgrados en Ciencias Humanas

Referencias bibliográficas: p. 9 – 9.

1. Partido Comunista del Uruguay, 2. revolución uruguaya, 3. Guerra Fría Latinoamericana, 4. Historia transnacional, 5. Pachecato.

I. Demasi, Carlos, II. Universidad de la República, Programa de Posgrado en Ciencias Humanas. III. La mirada del Partido Comunista del Uruguay sobre la revolución (1964-1968)

INTEGRANTES DEL TRIBUNAL DE DEFENSA DE TESIS

Prof. Dr. Roberto García Ferreira

Prof. Dra. Susana Loreley Dominzain Martínez

Prof. Mag. Pablo Ferreira Rodríguez

Montevideo – Uruguay

Marzo de 2022

Dedico este trabajo a la clase trabajadora uruguaya. La universidad pública, gratuita, laica y de calidad es mantenida por su trabajo y opino que el conocimiento producido debe servir a su liberación.

Agradecimientos

A mis queridos y brillantes tutores Carlos y Renato por toda la paciencia y dedicación. Tener tutores tan presentes es un privilegio. Por sus ejemplos y por lo mucho que me aportaron, lucho para que sea un derecho universal. Aunque yo jamás alcance a agradecerlos como se lo merecen, espero retribuir esta ayuda y repasar su conocimiento a otros estudiantes

A los miembros del tribunal por gentilmente aceptaren esta tarea y por sus valiosas contribuciones que vengan

A la UdelaR por me haber aceptado, a todos mis profesores, colegas y funcionarios que de algún modo me ayudaron. En especial, a la Prof. Susana Dominzain, por me haber acogido, presentado a Carlos y por su contribución metodológica, y al Prof. Roberto García por sus excelentes clases y aportes sobre la necesidad de una mirada transnacional

A mi querida amiga Marianela, de fundamentales aportes en la revisión de la tesis, en largas horas del movido diciembre

A mi madre, Ana Valeria, que más allá de siempre apoyarme, escucharme y leer a mis trabajos, brindó su amplia experiencia académica

A mi padre Marcos y mi abuela Iaiá, quienes siempre me alentaron

A mi marido Lauro, que aceptó el desafío de mudar hacia otro país. Siempre me apoyó y me dio estabilidad emocional y afecto, junto con Rosa, Dandara y Anira

A todas las personas que de algún modo me escucharon y aportaron en la jornada

Nuestra derrota no será total, pero será derrota. Ya lo había comprendido, pero lo confirmé plenamente cuando di la primera clase. El alumno se puso de pie y pidió permiso para preguntar. Y preguntó: “Maestro, ¿por qué razón su país, una asentada democracia liberal, pasó tan rápidamente a ser una dictadura militar”? Le pedí que no me llamara maestro. No es nuestra costumbre. Pero se lo pedí solamente para organizar la respuesta. Le dije lo consabido: que el proceso empezó mucho antes, no en la calma, sino en el subsuelo de la calma.

Mario Benedetti

Resumen

Esta tesis investiga la línea política del Partido Comunista del Uruguay (PCU) entre 1964 y 1968, y en especial sus formulaciones sobre la revolución uruguaya. El partido tenía fuerte presencia en los movimientos de masas y era el principal dentro de la izquierda. El recorte temporal corresponde a un periodo clave de la Guerra Fría Latinoamericana, que reunió importantes fenómenos nacionales (agudización de la crisis económica, Congreso del Pueblo, elecciones generales, reforma constitucional, movilización sindical y estudiantil y escalada autoritaria) e internacionales (profundización de la Revolución Cubana, golpes de Estado en la región, conferencia Tricontinental, OLAS y el 1968 mundial).

Después de extensa investigación, discutimos la supuesta inevitabilidad histórica de los golpes de Estado en la región y reconocimos en el 68 uruguayo muchas de las condiciones materiales objetivas necesarias para la revolución. Tras breve acercamiento al fervor revolucionario cubano en 1967, el PCU retrocedió en 1968 y optó por una línea legalista, basada en las libertades democráticas. Interpretamos que tal elección sobrestimó la estabilidad democrática uruguaya y desalentó la revolución, pues no acompañó a la radicalización obreroestudiantil. Consecuentemente, no se logró impedir el Pachecato como respuesta contrarrevolucionaria preventiva, que construyó las bases de la siguiente dictadura.

Este trabajo invita al lector a que expanda la interpretación sobre el PCU más allá del propio partido. Para esto, proponemos una mirada que privilegia la agencia de los sujetos latinoamericanos y piensa la región en clave transnacional, a partir de la teoría marxista de la dependencia y a través del análisis crítico del discurso. Asimismo, cuestionamos una perspectiva historiográfica que considera exitosa la línea del partido. Al fin y al cabo, buscamos repensar una posibilidad histórica estratégicamente olvidada o negada por la clase dominante: la revolución.

Palabras claves: Partido Comunista del Uruguay, revolución uruguaya, Guerra Fría Latinoamericana, historia transnacional, Pachecato.

Abstract

We analyse the political line of the Communist Party of Uruguay (PCU) between 1964 and 1968, especially its formulations about the Uruguayan revolution. The party had strong presence in the mass movements, and it was the most important one in the left-wing. The period, key in Latin American Cold War, gathered important phenomena, both national and international, such as the increasing economic crisis, the Congress of the People, general elections, constitutional reform, popular mobilisations, authoritarian escalade, the deepening of the Cuban Revolution, State coups, Tricontinental Conference, LASO, and the happenings of 1968 worldwide.

After large investigation, we discuss question the alleged historical inevitability of the coups in the region, and we recognised in the Uruguayan 1968 many of the material and objective conditions for a revolution. After briefly enclosing to Cuban revolutionary fervour in 1967, the PCU retreated in 1968 and opted to a legalist line, based on defending democratic liberties. We assume that such choice overestimated Uruguayan democratic stability and discouraged the revolution, since it didn't follow the popular radicalisation. Consequently, it was not possible to avoid the Pachecato as a counterrevolutionary response: this regime settled the next dictatorship.

This work invites the reader to enlarge the interpretation of the PCU over and above the party itself. For that, we propose a perspective which highlights the Latin American subjects and thinks the region in a transnational perspective, based on the Marxist Dependency Theory and critical discourse analysis. Furthermore, we question an historiographic perspective that considers the party line a success. All in all, we seek to rethink an historical possibility that is strategically forgotten or denied by the dominant class: the revolution

Key words: Communist Party of Uruguay, Uruguayan revolution, Latin American Cold War, transnational History, Pachecato

Resumo

Esta dissertação investiga a linha política do Partido Comunista do Uruguai (PCU) entre 1964 e 1968, e em especial suas formulações sobre a revolução uruguaia. O partido tinha forte presença nos movimentos de massa e era a principal força de esquerda. O recorte temporal corresponde a um período chave da Guerra Fria Latino-americana, que reuniu importantes fenômenos nacionais (aumento da crise econômica, Congresso do Povo, eleições gerais, reforma constitucional, mobilização sindical e estudantil e escalada autoritária) e internacionais (aprofundamento da Revolução Cubana, golpes de Estado na região, conferência Tricontinental, OLAS e o 1968 mundial).

Depois de extensa pesquisa, discutimos a suposta inevitabilidade dos golpes na região, e reconhecemos no 68 uruguaio muitas das condições materiais e objetivas para uma revolução. Após uma breve aproximação ao fervor revolucionário cubano em 1967, o PCU retrocedeu em 1968 e optou por uma linha legalista e baseada na defesa das liberdades democráticas. Interpretamos que esta escolha superestimou a estabilidade democrática uruguaia e desencorajou a revolução, porque não acompanhou a radicalização operário-estudantil. Consequentemente, não se conseguiu impedir o Pachecato como resposta contrarrevolucionária preventiva, que firmou as bases da ditadura seguinte.

Este trabalho convida o leitor a expandir sua interpretação do PCU para além do próprio partido. Para isso, propomos um olhar que privilegia a agência dos sujeitos latino-americanos, e os pensa em uma perspectiva transnacional, a partir da teoria marxista da dependência e da análise crítica do discurso. Além disso, questionamos uma perspectiva historiográfica que considera exitosa a linha do partido. Por fim, buscamos repensar uma possibilidade histórica estrategicamente esquecida ou negada pela classe dominante: a revolução.

Palavras-chave: Partido Comunista do Uruguai, revolução uruguaia, Guerra Fria latinoamericana, história transnacional, Pachecato

Lista de siglas

ACD: Análisis Crítico del Discurso
BA: burocrático autoritario
CC: comité central
CEPAL: Comisión Económica para América Latina y el Caribe
CNT: Convención Nacional de Trabajadores
FA: Frente Amplio
FFAA Fuerzas Armadas
F.I. de L: Frente Izquierda de Liberación
FMI: Fondo Monetario Internacional
IEcon: Instituto de Economía
MLN-T: Movimiento de Liberación Nacional – Tupamaros
MPS: Medidas de Pronta Seguridad
MRO: Movimiento Revolucionario Oriental
OLAS: Organización Latinoamericana de Solidaridad
PC: Partido Comunista
PCA: Partido Comunista de Argentina
PCB: Partido Comunista Brasileño
PCBl: Partido Comunista de Bolivia
PC do B: Partido Comunista del Brasil
PCF: Partido Comunista Francés
PCU: Partido Comunista del Uruguay
PCUS: Partido Comunista de la Unión Soviética
PEU: Proceso Económico del Uruguay
PN: Partido Nacional
PSP: Partido Socialista Popular
PS: Partido Socialista del Uruguay
PTB: Partido Laborista Brasileño
TMD: Teoría Marxista de la Dependencia
UdelaR: Universidad de la República
UJC: Unión de Juventudes Comunistas

Tabla de contenidos

Introducción.....	1
De cómo surgió esta tesis.....	1
Las preguntas y los objetivos del trabajo.....	3
Objetivos.....	3
Justificativa y resultados esperados.....	4
Observaciones y estructura de la tesis.....	5
1. Estado de la cuestión, teorías y metodologías	7
1.1 Estado de la cuestión	7
1.2 Referencial Teórico	10
1.2.1 Las lecciones de la antropología	11
1.2.2 Hacia una perspectiva transnacional y latinoamericanista	12
1.2.3 La Teoría Marxista de la Dependencia (TMD)	15
1.2.4 Otros autores marxistas.....	17
1.2.5 El Partido Comunista y el Estado.....	19
1.3 Metodología.....	21
2. 1964: el golpe se aproxima.....	27
2.1 La evolución del golpismo y de las dictaduras latinoamericanas.....	27
2.2 El Partido Comunista Brasileño y el golpe de 1964.....	29
2.3 El PCU en los tempranos 60 como punto de partida.....	34
2.4 El golpe de 1964 y la izquierda uruguaya.....	39
2.5 Hacia una política de cuadros y masas.....	44
2.5.1 La vanguardia y el aparato armado.....	44
2.5.2 Las masas y la respuesta sindical.....	47
2.6 La fuerza del proletariado uruguayo.....	49
3. El Plata entre un golpe gorila y la ilusión democrática.....	52
3.1 La crisis sistémica.....	52
3.2 El Congreso del Pueblo.....	57
3.3 Una breve digresión sobre la democracia uruguaya.....	59
3.4 Los debates acerca de una reforma electoral.....	62
3.5 La reforma amarilla: buscando la victoria en la cancha de la burguesía	64
3.6 El golpe de 1966 en Argentina.....	68
3.6.1 El Partido Comunista Argentino (PCA) frente el golpe.....	71
3.6.2 El gorilazo porteño visto desde el Uruguay.....	72
4. ¿Reforma o revolución? El PCU entre Moscú y la Habana.....	77
4.1 El Congreso de 1966.....	77
4.2 La Revolución Cubana y el guevarismo.....	79
4.3 La Conferencia Tricontinental (1966)	84
4.4 La Organización Latinoamericana de Solidaridad – OLAS - (1967)	89
4.5 La revolución uruguaya.....	94
4.6 La muerte del Che y el reacomodo.....	101
5. 1968: ¿Ellos se atrevieron?	104
5.1 El fin de la democracia uruguaya.....	104
5.2 El 68 mundial: ¿estaba la revolución a la vuelta de la esquina?	107
5.3 El 68 uruguayo: ¿se había armado el mate?	109
5.3.1 El auge de la crisis sistémica.....	110

5.3.2 El 68 estudiantil.....	111
5.3.3 El 68 obrero.....	114
5.3.4 Los sectores medios.....	116
5.3.5 Las Fuerzas Armadas.....	118
5.4 El momento de Líber Arce.....	119
5.5 ¿Qué mate armó el PCU?	123
5.6 Sangre sin revolución: el 18 Brumario de Pacheco Areco.....	129
Consideraciones finales	132
Referencias Bibliográficas	137

Introducción

De cómo surgió esta tesis

La idea de cursar una maestría surgió en fines de 2018 junto con la decisión de dejar a mi país de origen, Brasil, en caso de victoria electoral del genocida Jair Bolsonaro (a la época solamente fascista, miliciano, racista, machista, homofóbico, entre otras cosas). Como muchas otras personas, evalué que se vivirían tiempos muy difíciles en Brasil, y me sentí triplemente amenazado, como gay, profesor de Historia y militante de izquierda. Mis percepciones pesimistas lamentablemente se concretaron. Los finales del 2018 fueron particularmente difíciles para mi sanidad mental, como para la de millones de personas. Empero, mientras convivía con el duelo, empezaba a enfrentar la tragedia buscando respuestas sobre cómo ocurrió. Dentro del campo que no votó al genocida, se explicaba el resultado fundamentalmente por la ignorancia/conservadurismo del pueblo, por la capacidad de manipulación de la extrema derecha en las redes sociales o por la falta de una unidad más amplia de la izquierda.

Ninguna de estas explicaciones me pareció suficiente. Todas subrayaban la victoria de la extrema derecha, afirmando su brutalidad dentro de nuestras burbujas de izquierda. Ellas poco reflexionaban sobre los errores cometidos por la propia izquierda y cómo ellos pueden haber facilitado el fortalecimiento de la extrema-derecha. Por ejemplo, en la primera de las tres semanas de la campaña para el balotaje, el candidato Fernando Haddad, del Partido de los Trabajadores (PT), se reunió con viejos líderes políticos de centro o de derecha en nombre de una amplia unidad democrática, moderada, institucional y conciliadora. Tal estrategia fracasó gravemente. La mayoría de estos líderes no abrazaron la causa y Bolsonaro utilizó la situación para afirmarse como el candidato antisistema, en una coyuntura de revuelta popular y crisis institucional. Repetí, aunque de modo mentiroso, que estaba en contra la vieja política.

Mi inconformidad me hacía reflexionar sobre los posibles errores y el quehacer para superarlos. Me sentía impotente como profesor por la cantidad de estudiantes que votaron a Bolsonaro. Por no tener las respuestas, sentía que necesitaba volver a estudiar y a expandir mi mirada sobre el mundo. La decisión por ingresar en una maestría fue casi simultánea a la de un autoexilio, junto con mi compañero. Elegimos el Uruguay por razones, como la posibilidad de mejorar el español, y por ser un país latinoamericano con una calidad de vida superior al promedio regional. La opción por la maestría en Estudios Latinoamericanos surgió de una voluntad y un compromiso académico, ético y político con el ensanchamiento de la mirada para entender las interconexiones entre los procesos históricos de los distintos países de la región.

Evalué que esta experiencia podría contribuir para descolonizarme como historiador, lo que por suerte se probó verdadero. Los profesores de la maestría y sus bibliografías siempre estimularon a pensar la región a partir de sus lógicas, dinámicas y teorías.

Llegué al Uruguay creyendo en la leyenda de su excepcionalidad, acorde al estereotipo que me llegaba, como un país extremadamente progresista, laico, y que había legalizado el aborto y el cannabis. Empecé a cuestionar con más intensidad esta supuesta excepcionalidad a partir del proceso electoral de 2019, que marcó el retorno de la derecha tradicional al poder, tal cual ocurría en otros países después del ciclo de gobiernos progresistas. De modo novedoso y asustador, el partido debutante Cabildo Abierto, de extrema-derecha, ultrapasó el 10% de los votos y compuso la coalición del nuevo gobierno.

Antes de esto, luego del inicio de la maestría, en marzo de 2019, un aspecto sobre el proceso histórico uruguayo me intrigaba: ¿Por qué la dictadura había durado 9 años menos que la brasileña? La duración más corta de la dictadura uruguaya y su inicio posterior a la brasileña me sugerían que la sociedad uruguaya, y en especial la clase trabajadora, habían tenido más capacidad de resistencia. Me impresionó la fuerza y la duración de la huelga general de 1973. Yo nunca había escuchado sobre una huelga general en Brasil que hubiera durado 15 días y hubiera sido tan radicalizada. Cuando aprendí su fuerza y acerca de la unidad del sindicalismo en la Convención Nacional de los Trabajadores (CNT), me cuestioné: ¿por qué la huelga no se volvió insurreccional? ¿Por qué no se buscó tomar el poder? ¿Qué faltó?

Investigando la huelga y el sindicalismo, concluí que el Partido Comunista del Uruguay (PCU) era la principal organización de izquierda, sea en números de afiliados o en presencia organizada de masa, razón por la cual lo convertí en mi objeto de estudio. Mis preguntas anteriores se trasladaron al partido, es decir, ¿Qué mirada tendría el PCU sobre la huelga? ¿Cuál era la línea política del partido? ¿Deseaba el partido hacer la revolución? A partir de ahí, empecé a investigar su línea política y sus formulaciones sobre la revolución uruguaya y continental. Inicialmente, pensaba en trabajar con la revista Estudios y con el periódico El Popular, ambos pertenecientes al partido. Sin embargo, fui estimulado a elegir una de las dos para tornar el trabajo realizable. Por haber más investigaciones sobre el periódico que la revista y por mi tema ser macropolítico, opté por Estudios, ya que se trataba de un material más denso, de vanguardia, que expresaba de modo más prolijo y ordenado el acúmulo teórico del partido.

Más desafiante que elegir las fuentes fue trazar el recorte temporal adecuado que permitiera mirar a un problema desde una perspectiva histórica adecuada a una tesis de maestría. En el inicio de la investigación, aprendí que, en 1964, tras el golpe en Brasil, fue aprobada por la CNT la resolución de huelga general por tiempo indeterminado en caso de

similar golpe en el Uruguay. De ahí, y por toda la repercusión del 64 brasileño en Uruguay, que se volvió una parte importante de la tesis, elegí este año como la fecha inicial. En un primer momento, pensaba en terminar la investigación en 1973, fecha del golpe de Estado en Uruguay. Dos aspectos me llevaron a acotar más la investigación. El primero, fue la alerta de mi tutor sobre la amplitud demasiado del recorte, que podría comprometer la tesis. El segundo fue mi interés particular por el año 68, de gran asenso de las masas en el Uruguay y en el mundo. La fuerza de las movilizaciones estudiantiles y obreras me impresionó bastante, así como también la inestabilidad del régimen, más grande que la del 1973. Por ende, me pregunté si no habría sido el 68, y no el 73, el momento de mayor agudización de la lucha de clases en Uruguay.

Las preguntas y los objetivos del trabajo

Tras iniciadas las primeras lecturas, me deparé con una difícil prueba: investigar el PCU o el 68 uruguayo no eran novedosos en la historiografía. Sin embargo, mi proyecto de tesis planteaba preguntas muy poco debatidas y contestadas. Mi principal pregunta era: ¿por qué el PCU no se preparó adecuadamente para la revolución? De ahí surgió el objetivo general de la tesis. A partir de las lecturas iniciadas, otras preguntas fueron realizadas y surgieron cuatro objetivos específicos. Cada uno de ellos corresponde a un capítulo de la tesis. ¿Cómo el golpe de 1964 en Brasil impactó en el PCU? ¿Cómo el partido comprendió la crisis económica y política vivida en el Uruguay y qué soluciones propuso? ¿De qué modo sus formulaciones sobre la revolución uruguaya dialogaban con la realidad latinoamericana? ¿Cuál fue la táctica y la estrategia del PCU en 1968?

Objetivos

Objetivo General: comprender la línea política del PCU entre 1964 y 1968, en especial las formulaciones sobre la revolución uruguaya

Objetivo Específico A: analizar el impacto del golpe de Estado de 1964 en Brasil en las formulaciones del PCU.

Objetivo Específico B: elucidar la caracterización del PCU sobre la crisis de 1965 y las respuestas del partido para ella

Objetivo Específico C: entender la conexión entre las formulaciones del PCU sobre la revolución uruguaya y la realidad latinoamericana

Objetivo Específico D: analizar la táctica y la estrategia del PCU en 1968

Justificativa y resultados esperados

Pensamos que este trabajo puede aportar para una comprensión más sistemática sobre el proceso histórico uruguayo, que lo ubique en la dinámica latinoamericana. Predomina en la historiografía una perspectiva memorialista, que busca rescatar las experiencias de los subalternos y oprimidos, dando voz a los que fueron silenciados. Saludamos la importancia historiográfica y ética de estos abordajes, pero pensamos que todavía faltan trabajos con recortes más amplios, que busquen ofrecer una interpretación más compleja de la realidad. La Historia no se realiza sin las fuentes. No obstante, Bloch (2004) nos enseña que ellas sólo hablan si son preguntadas correctamente. Es decir, el trabajo del historiador no se limita a un mero revelador de fuentes, al contrario, resulta fundamental la tarea de interpretarlas.

Esta tarea es poco reconocida e incluso combatida, ya que por veces rompe silencios y olvidos deseados por muchos sujetos históricos, sacándolos de su zona de seguridad. En nuestro caso, desde el inicio sentimos la incomodidad que nuestro tema traía a personas que vivieron los 60. Nos llamaron la atención los discursos triunfalistas por parte del PCU y sus simpatizantes. Por ejemplo, Fernando Pereira, presidente de la CNT, y probable futuro presidente del Frente Amplio (FA), apoyado por el PCU, afirmó que la resistencia de la huelga general no duró 15 días, sino 12 años. Él también celebró la victoria de las fuerzas progresistas en el 2005, considerándola una “revolución electoral” (La Diaria, 2021). En la misma materia, todos los que se pronunciaron sobre la huelga se la reivindicaron asociándola a la defensa de las libertades democráticas, contra el autoritarismo. Cuando ocurrió la celebración del 100° aniversario del PCU en el parlamento, el 03/11/2020 (PCU, 2020) nos llamó la atención que representantes de los dos partidos tradicionales se pronunciaron positiva y respetuosamente sobre el PCU, aceptándolo como un partido comprometido con la democracia y las instituciones. Si bien tal cordialidad puede ser una característica cultural uruguaya, nos indagamos sobre la buena convivencia entre políticos burgueses y un partido de nombre “Comunista”. ¿A qué fenómeno se debería?

Ambas situaciones sugieren cierta cooptación o acomodación de amplios sectores de la izquierda uruguaya a la nueva democracia burguesa que surgía, tal cual sucedió en otros países latinoamericanos. El proceso de transición coincidió con la derrota internacional de la izquierda. Enseña Lemos (2019) que la experiencia de la derrota casi siempre generó una autocrítica reformista, que empezó con el acercamiento al eurocomunismo y finalizó con la negación del socialismo como un horizonte posible o deseado. Esto habría cooptado y

transformado a muchos de los antiguos luchadores sociales, alterando incluso su moral, tornándola más liberal e individualista.

Estudiar la actuación del PCU en estos años críticos es particularmente desafiante, pues inevitablemente se choca con la memoria afectiva de una vieja guardia de militantes, exmilitantes y simpatizantes, que buscan rescatar aspectos heroicos de resistencia de aquellos que enfrentaron a la dictadura. Si bien esta parte de la memoria es importante y merece ser preservada, se notan importantes brechas y olvidos. En un video autobiográfico del PCU (2020) hay silencios extremadamente ruidosos. Por ejemplo, sobre el 1968, se enfatizó la represión estatal y no las intensas movilizaciones y sus posibilidades. La actuación del partido en un año tan importante fue simplemente omitida. Del 68 se saltó directamente al 1971, con la creación del FA. En seguida, se lamentó sobre los comunistas fallecidos y se trató el golpe de Estado en 1973 como un hecho inevitable. Contradictoriamente, mientras el golpe ocurría, el senador Enrique Rodríguez (PCU-FA) afirmaba que las fuerzas revolucionarias no fallarían contra el imperialismo.

En todas las situaciones mencionadas prevaleció un espíritu triunfalista que no admitió la derrota y ocultó el tema de las posibilidades de una revolución, tarea primordial para un partido marxista. En las sociedades conosureñas permanece la importante consigna “¡Dictadura nunca más!”, hegemónica entre las fuerzas que combatieron a las dictaduras. Pensamos que para que esta consigna se cumpla, resulta fundamental aprender sobre las experiencias del pasado, sus éxitos, pero también sus equívocos, límites, para que se pueda superarlas, y construir nuevos caminos que impidan el regreso de los sombríos tiempos del terrorismo de Estado. Más allá de llenar vacíos académicos, esperamos que nuestra tesis sea una pequeña contribución para una sociedad más justa, igualitaria y solidaria.

Observaciones y estructura de la tesis

Opté por traducir a todos los textos en otros idiomas. Adapté la abreviación del Partido Comunista de Bolivia para PCBI para no coincidir con el brasileño. Todas las ediciones consultadas de Estudios y de Marcha están disponibles online y se encuentran en la bibliografía. Las resoluciones de los congresos de 1962 y 1966 del PCU también se encuentran en las referencias bibliográficas, con la denominación PCU (2021).

Esta tesis contiene cinco capítulos. El primero es esencialmente conceptual. En ello explicamos el estado de la cuestión, las otras fuentes utilizadas, bien como las teorías y metodología. El segundo aborda principalmente el 1964, aunque también recurrimos específicamente al Congreso de 1962 del PCU, como el inmediatamente anterior a 1964.

Empezamos por un debate sobre el significado del golpe de 1964 en Brasil y traemos las perspectivas y las formulaciones del Partido Comunista Brasileño (PCB) sobre el hecho. En seguida, tratamos de comprender el PCU antes del golpe y entender como eso impactó en el partido. Luego, tratamos las distintas respuestas de vanguardia y de masas, además de las movilizaciones contra el golpismo en el Uruguay.

El tercer capítulo se vincula principalmente a los años 1965 y 1966, cuando se profundizó la crisis económica. Empezamos justamente por ella y después analizamos el Congreso del Pueblo como una respuesta en la cual el PCU fue uno de los principales sujetos. En seguida, analizamos la apropiación del programa aprobado como plataforma electoral para enfrentar a la crisis y las polémicas que generaron en la interna de la izquierda. Seguimos con las elecciones de 1966, con un breve repaso sobre el sistema electoral uruguayo, destacando la disputa entre los proyectos de reforma propuestos, las expectativas, los resultados y el balance del PCU. Al fin, presentamos el golpe de Estado en Argentina como otra victoria contrarrevolucionaria y, como en el capítulo anterior, hacemos un esfuerzo para comprender como la mirada del Partido Comunista de Argentina (PCA) influyó en el PCU.

El cuarto capítulo trata de la clásica polémica entre reforma y revolución, fortalecida por la profundización de la Revolución Cubana (1959). Buscamos comprender sus impactos en la izquierda uruguaya. Empezamos por el congreso del PCU de 1966, y sus permanencias y cambios en relación con el de 1962. En seguida, analizamos la influencia y los límites del fervor revolucionario cubano y de experiencias internacionales como la Conferencia Tricontinental y la Organización Latinoamericana de Solidaridad (OLAS) sobre el PCU y en otros sectores de la izquierda. Por último, analizamos como repercutió la muerte de Ernesto Che Guevara y la derrota de la guerrilla boliviana en las formulaciones del PCU.

En el quinto y último capítulo miramos el 1968 como año de clímax entre revolución y contrarrevolución. Investigamos como el PCU y otras fuerzas políticas caracterizaban el breve gobierno de Oscar Gestido y el inicio del gobierno de Pacheco Areco. Rescatamos otras experiencias latinoamericanas e internacionales en búsqueda de trazos comunes que aporten para la comprensión de sus relaciones con el 68 uruguayo, en lo cual nos detenemos por más tiempo. Interpretamos si había condiciones materiales y objetivas para un cambio revolucionario a partir de un análisis más prolijo de múltiples elementos. Tratamos el sepelio de Liber Arce como auge de las movilizaciones de este periodo y la posición del PCU sobre ellas. Terminamos con la interpretación sobre cómo y por qué ocurrió la consolidación de Pacheco Areco como una respuesta que mantuvo el statu quo.

1) Estado de la cuestión, teorías y metodología

1.1) Estado de la cuestión

Las transiciones de las últimas dictaduras conosureñas hacia democracias representativas fueron pactadas desde arriba en acuerdos que excluyeron todo lo pudiera poner en riesgo la hegemonía burguesa. Como enseña Lemos (2019) sobre el caso brasileño, la lucha por la amnistía y la justicia de transición ocurrió en gran parte desde una perspectiva individual, de modo de ocultar el carácter contrarrevolucionario burgués iniciado por la dictadura. La violencia estatal de este régimen es intencionalmente despolitizada y desconectada de un programa de clase. En el Uruguay, algo similar sucede. Si bien el movimiento de madres y familiares de detenidos desaparecidos es bastante activo, ejerce fuerte y legítima presión sobre el Estado, poco se caminó en términos de caracterización de la dictadura uruguaya como un proyecto contrarrevolucionario burgués.

Por la presión popular y el impacto negativo de la dictadura en distintos aspectos, se formó una amplia mayoría política y social en contra ella. Por ejemplo, es emblemático que, en la sala del Consejo de la Facultad de Humanidades, esté el retrato de todos los rectores de la UdelaR, con excepción del período dictatorial, representado por un cuadro en negro, con la leyenda “Dictadura”, una actitud firme que impide el homenaje a quien fue parte integrante del odiado régimen. Tal mayoría antidictadura también se verifica en la construcción de la memoria a través del nombramiento de calles y plazas montevidéanas. Se homenajean políticos símbolos de los tres principales partidos - FA, Partido Nacional (PN) y Partido Colorado - como Líber Seregni, Wilson Ferreira Aldunate y José Batlle y Ordóñez, pero nunca los que estuvieron involucrados con la dictadura. Asimismo, recientemente la corporación Latinobarómetro de Chile publicó los resultados de la encuesta anual sobre el apoyo popular a la democracia en la región y Uruguay lidera el ranking con 74% (La Diaria, 2021b).

Sin embargo, el consenso democrático fue acompañado por un giro liberal de la historiografía a partir de los 90, que, bajo el dogma posmoderno de la supuesta crisis de los macromodelos explicativos, se alejó de perspectivas que consideren las clases sociales y sus distintos proyectos. Este giro liberal contribuyó para la fragmentación del conocimiento, que fortaleció la microhistoria como un fin en si misma. No nos resta dudas del valor de este recurso como herramienta de análisis, pero cuando se exige de intentar explicar la realidad, se corre el riesgo de tornarse anecdótico y poco científico, como, por ejemplo, *The History Channel*, un canal de televisión que, a pesar del nombre, prioriza temas como alienígenas, armas y

curiosidades históricas. Lemos (2019) critica la tendencia a producirse trabajos en una perspectiva que llamó “positivismo archivístico”. Acorde a esta perspectiva, para comprender el pasado bastaría facilitar el acceso a más fuentes. Tal concepción retira del historiador la función interpretativa, lo que contribuye para el congelamiento de explicaciones que surgieron en épocas anteriores. Entendemos la construcción del pasado como dinámica, por las infinitas posibilidades de relecturas y reinterpretaciones desde el presente.

Sobre el carácter de los golpes de Estado y dictaduras realizamos un debate en el inicio del próximo capítulo. Pero desde ya destacamos la predominancia en la historiografía uruguaya del término “cívico-militar” para explicarlos, un término demasiado amplio, que ignora la dinámica de la lucha de clases. Una notable excepción es el libro “El negocio del terrorismo de Estado: los cómplices económicos de la dictadura uruguaya”, organizado por Bohoslavsky (2016). Uno de los autores, mi director de tesis, Prof. Carlos Demasi, me admitió que este tipo de trabajo todavía se encuentra en una etapa inicial. Al fin y al cabo, constatamos si bien los sesenta son un periodo bastante estudiado, predominan trabajos con énfasis en aspectos como la violencia, el anticomunismo, los cambios político-partidarios, y el rescate de la memoria.

Todos estos trabajos tienen su importancia, pero poco abordan un tema que nos parece fundamental: las caracterizaciones y posibilidades de la revolución uruguaya y continental. Sobre el PCU, en un primer momento, predominaron trabajos realizados por militantes o exmilitantes. Silva Schultze (2015) hizo una interesante compilación de todo lo que se había publicado y resaltó que, a partir de 1985, el PCU se tornó menos estudiado que el Movimiento de Liberación Nacional-Tupamaros (MLN-T), debido a cierta curiosidad por el secretismo de estos y por la exageración que hicieron los golpistas sobre las capacidades reales de la guerrilla como justificativa de su acción. Es probable que esta curiosidad haya aumentado debido al interés internacional hacia la figura de “Pepe” Mujica, durante y después de su presidencia, ya que tal vez nunca en la historia el Uruguay haya tenido un presidente con tal proyección internacional.

A pesar de la popularidad tardía de los tupamaros, el PCU era una organización más masiva y políticamente más relevante. Mientras la guerrilla tupamara fue derrotada antes del golpe de 73, debido al encarcelamiento de la mayoría de sus dirigentes, el PCU permaneció una fuerza política real en la sociedad durante la dictadura, aunque ilegal, razón por la cual sufrió la represión en cifras más elevadas. Con el retorno a la democracia, la crisis del PCU y del socialismo soviético y el giro en dirección a las narrativas individuales en los 90, se produjo un tipo de historiografía que privilegió el testimonio de exdirigentes y exmilitantes.

Un libro testimonial no historiográfico que nos resultó bastante útil fue lo de J. Martínez (2003). El autor narró episodios de su vida de militante y dirigente a partir de la perspectiva de un disidente del PCU. El autor critica algunos aspectos del partido, como la sumisión a Moscú y el consecuente desgaste frente a otras fuerzas de izquierda. Asimismo, cuestionó la opción de la CNT por la negociación en lugar del enfrentamiento. La línea de pensamiento del autor manifiesta cierta inconformidad con algunas elecciones que el partido tomó o apoyó, normalmente en el sentido de no considerarlas suficientemente osadas. Sin embargo, su libro no es académico, es una crónica, y por ello carece de una hipótesis definida. Es decir, sus críticas no son sistematizadas y por veces se confunden con un arrebató personal.

Martínez F., y otros (2002) investigaron la crisis vivida por el PCU entre 1989 y 1992. Los autores realizaron diversas entrevistas con militantes para comprender los principales dilemas del partido en la historia. Aunque nos haya aportado algunos elementos, el libro no aborda mucho sobre los problemas relativos al periodo que investigamos. Otro libro que nos aportó en la caracterización sobre el partido fue el de Garate y Risso (2010), que contiene entrevistas con veteranos del partido. No obstante, predominan las emociones y miradas más subjetivas, también con relación a hipótesis explicativas de la realidad. Los entrevistados relataron experiencias vividas en el partido, de modo libre y no direccionado y no hablaron directamente sobre los principales temas de esta tesis.

Algunos artículos nos aportaron sobre temas específicos sobre el PCU o la coyuntura en periodos más acotados. Entre ellos destacamos Garcé (2012), sobre el tema del aparato armado, Padrós (2011) sobre el Pachecato¹, Marrero (2018) sobre el PCU en 1968 y Yaffé (2018) sobre las ambigüedades del partido. Dialogamos con estos autores a lo largo de la tesis. Muchos trabajos sobre el PCU tienen el problema de buscar explicarlo sólo por sí mismo. Esta tradición de no guardar mucha distancia con la propia memoria partidaria ya fue criticada por consagrados historiadores (Rilla y otros, 1995, p. 39), que propusieron un desafío que aceptamos.

Los historiadores de izquierda, que tan decisivamente han contribuido a una reinterpretación científicamente fundada de grandes períodos de la historia uruguaya, no se han mostrado tan audaces y perspicaces a la hora de interpelar, en forma creativa e independiente, la historia de los partidos políticos y organizaciones de izquierda. Esta última —en contrapartida— quedó muchas veces como coto cerrado para visiones fuertemente oficialistas, hechas por los mismos dirigentes

¹ Se refiere al gobierno de Pacheco Areco (1967-1972)

El trabajo historiográfico más importante sobre el partido fue el libro “Camaradas y compañeros”, de Gerardo Leibner (2011), que buscó construir un panorama completo del partido en términos macro y micropolíticos en el largo periodo desde el inicio del siglo XX hasta el golpe de Estado en 1973. Un importante mérito del libro es investigar el PCU como una construcción social compleja, destacando su dimensión como partido de cuadros y de masas. Leibner realizó una investigación prolija a la cual recurrió a una enorme cantidad de fuentes históricas, escritas y orales. Su trabajo rescató la agencia de muchos sujetos históricos y se atrevió a investigar el partido como un todo significativo, un tipo de trabajo interesante y audaz, cada vez menos común en tiempos de hegemonía posmoderna.

Sin embargo, respetuosamente planteamos algunas críticas a la obra mencionada, que nos motivaron a realizar nuestra propia investigación. A pesar de bastante amplio y rico en términos de fuentes, la visión del autor muchas veces se confunde con la del partido, incluso por su vínculo afectivo, como hijo de importantes militantes. Si bien Leibner no escribe una historia “oficial”, mira el partido de un modo bastante positivo, principalmente a partir de 1955, y no duda en considerar la línea del partido exitosa. Nos parece que el autor absorbe el propio discurso partidario a partir de esta fecha, cuando se produjo un viraje en la línea política. Es decir, los únicos errores admitidos son los del periodo anterior. Además, en sus análisis, Leibner no prioriza una tarea que los partidos comunistas (PCs) consideraban esencial: hacer la revolución. Por último, si bien el autor mencione eventos internacionales y ubique el partido en el tiempo, no busca entenderlo bajo una perspectiva transnacional, lo que mantiene la explicación del partido por sí mismo.

1.2) Referencial teórico

Cuando se mira al pasado siempre se lo hace desde el presente, en un lugar específico del espacio-tiempo que influye al historiador. En este sentido, cuestionamos el mito positivista de la neutralidad científica. Consideramos que la ciencia no tiene un objetivo universal ni es neutral. A lo largo de la Historia, en diferentes circunstancias, ella sirvió a la vida y a la muerte, a la paz y a la guerra, a los oprimidos y opresores. Presuponer o incluso anhelar una supuesta neutralidad implica negar partes fundamentales del trabajo, como el propio científico que hace el trabajo y su circunstancia. Los temas que uno estudia presuponen elecciones, sometidas a las voluntades, capacidades y posibilidades del científico. En cada toma de decisión se desechan infinitas otras posibilidades. Aceptamos que las nuestras pueden por veces frustrar al lector, lo que es legítimo. Resultaría imposible explicar cada posibilidad no desarrollada, pero esperamos

argumentar en favor de las nuestras, no como las universalmente mejores, sino como las más adecuadas, eficientes y posibles para este trabajo.

Cuestionar la neutralidad científica no significa prescindir de la búsqueda por la verdad. En este sentido, esta tesis se compromete con lo razonable, lo válido, lo científicamente aceptable, y lo transparente, dentro de los parámetros de la academia y de la ciencia de la Historia. Nuestra tesis no está al servicio del Estado Nacional, del mercado, de la productividad capitalista, de iglesias, de partidos políticos, ni de cualquier otra institución. No obstante, miramos desde una perspectiva ética y políticamente comprometida con la clase trabajadora, quien sostiene las universidades públicas. Por ende, nuestra investigación busca lo relevante para esa clase.

Nuestro referencial teórico sirvió a la construcción de una mirada crítica que nos permita cumplir nuestros objetivos. Para eso, recurrimos a un conjunto que se complementa e interrelaciona. Son ellos: la antropología, la perspectiva transnacional y latinoamericanista, la teoría marxista de la dependencia (TMD) y algunos otros teóricos que consideramos pertinentes para el debate.

1.2.1) Las lecciones de la antropología

La tesis nos conecta a algunos principios y desafíos de esta ciencia porque soy un historiador brasileño que investiga un partido uruguayo, lo que me impone desafíos, pero también me confiere ventajas. Mi aprendizaje sobre la historia uruguaya se dio de un modo muy diferente de los nativos. Mis estudios se iniciaron cuando me mudé al país y lo que aprendí sobre el Uruguay viene de una combinación de lecturas orientadas, autodidactas, de la experiencia en la maestría y por la interacción social. Si bien mi conocimiento sobre la formación histórica uruguaya es menos amplio que lo de historiadores nacionales, ser extranjero me permite mirar de modo distinto a mi objeto de estudio y a formular preguntas diferentes. La antropología enseña como el origen y la cultura del investigador son parte fundamental de una tesis.

Ser extranjero me pone en una posición que guarda similitudes con la de un antropólogo, que, busca investigar los nativos desde una perspectiva no etnocentrista. Por ende, resulta fundamental comprender a los sujetos históricos y sus acciones a partir de su propia cultura, lo que no necesariamente significa ponerse de acuerdo o justificarla. La antropología enseña a cuestionar nuestro modo de pensar y nuestras certezas (Peirano, 2014). En el caso de nuestra tesis me esforcé para comprender el PCU a partir de sus herramientas, experiencias y lecturas. Sin embargo, como se sabe que la identidad también se construye por la otredad, por diversas

veces comparamos la perspectiva del partido con la de otras organizaciones y sujetos de la época, con destaque para el semanario *Marcha*, que, en el periodo estudiado, representaba el principal vocero de la nueva izquierda uruguaya.

Una interrogante planteada por Ginsburg (2004, p.186) nos acompañó a lo largo de todo el trabajo: “¿Cómo, pues, modelar la interpretación de la investigación cuando ella está sometida a un público que está a menudo directamente comprometido en las cuestiones estudiadas?” En nuestro caso, investigamos un periodo doloroso de la historia uruguaya, cuyos efectos del terrorismo de Estado afectaron un sin número de familias. En Brasil, lamentablemente, la lucha por la memoria, la verdad y la justicia aún se restringe a una vanguardia y no lleva a multitudes a las calles. En Uruguay, por suerte, el debate es bastante vivo en la sociedad y en la academia. Tuve clases con profesores que vivieron y militaron en el periodo que estudio. Escucharlos me ayudó bastante en diversos aspectos de la tesis.

Sin embargo, desde el inicio me concienticé sobre la responsabilidad y los desafíos que vendrían. ¿Podría yo, un historiador treintaño brasileño proponer a adultos mayores uruguayos una interpretación sobre lo que ellos vivieron sin que parezca presuntuoso? Guber (2001) pudo verificar algunas conductas que suelen repetirse en este tipo de situación. Una es de desconfianza: se sospecha que el investigador pueda ser un espía. La otra es una actitud algo paternalista sobre el investigador, que, en mi caso, ocurrió cuando muchas personas, académicas o no, trataban de brindarme informaciones y materiales a veces demasiado básicos, tal vez porque simplemente no entendían o no aceptaban que alguien de afuera, que ni siquiera tiene el español como idioma nativo, podría realizar tal tarea.

Mientras yo conocía la tradición política uruguaya me llamaron particularmente la atención dos aspectos: el institucionalismo y la partidocracia, características raras a alguien originario de un país en lo cual predomina el fisiologismo partidario. A lo largo de la investigación notamos como el propio PCU estaba inserto en esta cultura política uruguaya, que por veces llevó al partido a alimentar la creencia en la presunta excepcionalidad del país. En distintas ocasiones problematizamos esta creencia, pero por entender que hay límites y riesgos en tratar a un fenómeno social sólo desde adentro, buscamos otros referenciales teóricos que ayudaran a expandir esta mirada.

1.2.2) Hacia una perspectiva transnacional y latinoamericanista

La maestría en Estudios Latinoamericanos fue una invitación permanente para descolonizarse y valorar no sólo la región como un espacio a ser estudiado sino también sus

teóricos. Esto no significa cerrarse a las teorías de otras regiones, sino hacer una opción teórica y política de privilegiar interpretaciones que rescaten la agencia de los sujetos latinoamericanos. Esta mirada latinoamericanista no puede darse de modo paternalista, presentando la región como simple e indefensa víctima del imperialismo. Por supuesto, no queremos ni negar ni minimizar el imperialismo. Al contrario, entendemos que se debe resaltar las relaciones entre él y las élites locales, aunque desiguales.

A partir de ahí, por ejemplo, investigamos las presiones ejercidas por las dictaduras brasileña y argentina sobre el Uruguay, una conducta sub-imperialista que tiene puntos de contacto y de divergencia con los EEUU. Tanto las dictaduras conosureñas como los partidos y movimientos que resistieron a ellas estuvieron conectados, como verificamos a lo largo de la tesis. Por ejemplo, en el caso de Brasil y Uruguay, mientras la dictadura brasileña ejercía fuerte presión sobre el vecino, el Uruguay recibió diversos exiliados brasileños, entre ellos el presidente *de jure* Joao Goulart y el exgobernador del Rio Grande del Sur Leonel Brizola, fue fundamental para organizar la guerrilla del Caparaó a partir de Montevideo (Aldrighi, 2012).

Curiosamente, al paso que escribíamos esta sección, ganaba repercusión en las prensas uruguaya (La Diaria, 2021c) y brasileña (Reina, 2021) la revelación de un plan de invasión del Uruguay por parte de la dictadura vecina en 1971. El plan, elaborado en 1971, fue bautizado de “Operación 30 horas” (tiempo que llevarían las tropas brasileñas para llegar a Montevideo) y estaba previsto para cumplirse en caso de victoria del FA en las elecciones de aquel año. Salta a los ojos que, a pesar de bendecido por los EEUU, fue elaborado por la propia dictadura brasileña y encomendado por el entonces presidente uruguayo Pacheco Areco, un ejemplo claro de una agenda anticomunista de ambos países en el ámbito de la Guerra Fría latinoamericana.

Al fin y al cabo, la invasión no ocurrió porque ganaría la elección presidencial el candidato oficialista, Juan María Bordaberry. Sin embargo, llama la atención que efectivamente ocurrió intromisión de la dictadura brasileña en las elecciones, contribuyendo decisivamente para fraudarlas. Tal episodio nos ayuda a cuestionar la caracterización del Uruguay de fines de los 60 e inicio de los 70 como una democracia. Asimismo, revela la inspiración autoritaria de Pacheco Areco, que tratamos en el último capítulo. Por último, la preocupación sub-imperialista de la dictadura vecina con el Uruguay, en especial por la acción del movimiento sindical y estudiantil dan pistas sobre su radicalidad en 1968, tema central del último capítulo.

No profundizamos más sobre el episodio porque escapa de nuestro recorte temporal. Pero lo consideramos una prueba de la insuficiencia de una mirada que convierta América

Latina en simple reflejo de los países centrales. Si bien la región no está ajena al resto del mundo, sus diferentes sujetos históricos tienen su propia dinámica, dilemas, expectativas y complejidades. Normalmente se estudia más las relaciones entre América Latina y los países ricos, en especial los EEUU, pero todavía faltan estudios entre las relaciones entre latinoamericanos. El término “internacional” normalmente se asocia a una tradición centrada en los Estados nacionales. Por ende, Weinstein (2013, p.4) advirtió que

en tanto sigamos pensando la historia de las Américas desde el punto de vista de la Nación, será difícil construir una historiografía que no privilegie el protagonismo de los Estados Unidos. Es justamente en esta coyuntura que surgió el enfoque ‘transnacional’ ofreciendo un nuevo modo de visualizar las interacciones e intercambios en los niveles hemisférico y global

Roniger (2017, p.37) corrobora al esfuerzo para desplazarse la atención de las investigaciones hacia “las zonas de contacto, las fronteras compartidas, las prácticas transfronterizas, las redes sociales y de transferencia de ideas, y los movimientos sociales que sirven de puentes entre las sociedades”. Por lo tanto, entendemos que la propia investigación sobre un PC debería necesariamente presuponer la mirada transnacional, ya que ellos fueron partes del movimiento comunista internacional. A lo largo de la tesis procuramos entender esas interconexiones.

El periodo que investigamos (1964-1968) se inserta dentro de la Guerra Fría. Por mucho tiempo se explicó a este fenómeno histórico como una confrontación entre dos superpotencias en la cual todos los demás países se resumirían a sus piezas. Acorde a esta perspectiva bastante problemática e incompleta, todo lo que ocurrió en el mundo en este periodo se resumiría al enfrentamiento bipolar, y el planeta se dividiría en áreas de influencia de la URSS y de los EEUU. En este sentido, América Latina era rebajada a la condición de “patio trasero” estadounidense. Este abordaje no ayuda a explicar la complejidad y las tensiones existentes dentro de cada bloque, ya que ellos son tratados como monolitos. Además del ejemplo mencionado de la relación de las dictaduras conosureñas y los EEUU, en el cuarto capítulo traemos las fuertes tensiones entre Cuba y la URSS y como esto repercutió en el PCU.

Por todos estos límites expuestos sobre la perspectiva tradicional de la Guerra Fría, diversos autores, como Vanni Pettinà, Roberto García, Aldo Marchesi, Tanya Harmer y muchos otros se proponen a pensar el fenómeno como una Guerra Fría latinoamericana, que tiene su ritmo y especificidades. Pettinà (2018) explica que el conflicto entre revolución y contrarrevolución en América Latina fue acentuado, pero no creado por la Guerra Fría. El conflicto entre capitalismo y socialismo se mostró bastante fuerte desde la Revolución Rusa de

1917, pero después de 1945 se creó un sistema interamericano, que delimitó o condicionó las acciones de los sujetos nacionales. A pesar del liderazgo de los EEUU, distintas cancillerías latinoamericanas actuaron en el ámbito de la OEA, instrumentalizando el anticomunismo para la satisfacción de sus intereses inmediatos, por veces incluso de un modo demandante en relación a los EEUU.

El artículo de García y Girona (2020) nos aportó la comprensión del Uruguay como un espacio geoestratégico privilegiado en la Guerra Fría latinoamericana, en lo cual cumplía un rol de mediador de conflictos y de recepción de exiliados. No en balde, el país fue elegido sede de importantes organizaciones internacionales, reuniones de la OEA, de cancilleres y jefes de Estado, incluso la de Punta del Este, que expulsó a Cuba del sistema interamericano en 1962. El trabajo de Marchesi (2019) nos resultó fundamental para la comprensión de los múltiples conflictos en la interna del movimiento comunista internacional, principalmente por la polarización entre las posiciones de Cuba y de los PCs simpáticos a la URSS en el seno de la OLAS. Dedicamos una parte importante del cuarto capítulo a estos temas.

1.2.3) La Teoría Marxista de la Dependencia (TMD)

Para comprender la realidad latinoamericana en el período que estudiamos, elegimos trabajar con una teoría regional, formulada por autores de distintas nacionalidades. La TMD se inspira en la teoría del desarrollo desigual y combinado de León Trotski. Löwy (2015) considera que esta teoría fue la principal contribución del dirigente revolucionario para el marxismo, ya que el buscó romper con el evolucionismo, la perspectiva lineal de historia y el eurocentrismo. Trotski buscó comprender el capitalismo como un modo de producción que transformó el mundo en un único organismo económico y político. Un todo concreto y contradictorio, que no permitiría repeticiones de formas de producción. El ruso centró su análisis en su país antes de la Revolución de 1917, un país autoritario y retrasado, donde convivían lo arcaico con lo moderno.

Por considerar la burguesía nacional débil y dependiente, y el rápido crecimiento del proletariado, concluyó por la posibilidad de una revolución que combinara las tareas democráticas con las medidas socialistas, que se la llamó “revolución permanente”. Las sociedades menos desarrolladas tendrían la posibilidad de saltar etapas, aunque eso fuera limitado por las capacidades económicas y culturales de cada país. Löwy (2015) llamó esta situación de privilegio de los retardatarios, o sea, los países más retrasados podrían ser la vanguardia de la siguiente transformación social. Este autor polemizó con la perspectiva de los

PCs tradicionales, mencionando específicamente a Rodney Arismendi como importante teórico. En la perspectiva de estos PCs, España y Portugal habrían trasladado las relaciones feudales de producción para América Latina. Esta mirada somete la región a categorías explicativas europeas, y justo por esto piensa la revolución como agraria y antifeudal.

La TMD criticó esta concepción porque entendió que resultarían imposibles las revoluciones democrático-burguesas en América Latina, donde sus burguesías serían dependientes del imperialismo y, por lo tanto, reaccionarias. Intelectuales como Caio Prado Jr., Florestan Fernandes y Francisco de Oliveira denunciaron el carácter autocrático y reaccionario de las burguesías nacionales latinoamericanas, desmitificando la supuesta oposición entre progreso y retraso. Para estos pensadores, el retraso fue fundamental para imponer el progreso capitalista anhelado por los sectores más internacionalizados de la burguesía. (Demier, 2007).

Para Santos (1998) el golpe de Estado en Brasil evidenció la opción de la burguesía nacional por el desarrollo dependiente, en una composición cuya hegemonía pertenecía al capital financiero internacional, debido al proceso de endeudamiento creciente. Este autor explicó que la dependencia sería un condicionamiento de ciertas economías periféricas por la expansión de las centrales, y no resultado de condiciones precapitalistas o de falta de desarrollo e industrialización, como proponían los teóricos de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), respaldados por la mayoría de los PCs latinoamericanos.

Marini (1991) destacó que las burguesías nacionales latinoamericanas aceptaban su rol subalterno pues compensaban las pérdidas internacionales por la economía retrasada, improductiva y dependiente con la superexplotación de los trabajadores. Es decir, las burguesías latinoamericanas direccionaban la exportación de materias primas para satisfacer a la demanda de los trabajadores de las economías centrales, sin preocuparse por la demanda del mercado interno. Para los dependentistas, el vicio de origen que generaba las desigualdades era la propia división internacional del trabajo. Por ende, el desarrollo capitalista sólo produciría más subdesarrollo y desigualdad y la única revolución posible sería la socialista. Contrarios a los cepalinos que proponían la industrialización como solución, los dependentistas señalaban que ella generaría más dependencia y no ayudaría a romper con la división internacional del trabajo, pues los países centrales seguirían más adelantados que los periféricos.

La TMD también se hizo presente en el Uruguay, sea en términos académicos o literarios. La expresión académica más conocida del dependentismo uruguayo ocurrió cuando un grupo de investigadores del Instituto de Economía de la UdelaR (IEcon) publicarían el “Proceso Económico del Uruguay” (PEU), en 1969. Abordamos bastante este libro en el tercer capítulo, por toda polémica realizada contra las formulaciones desarrollistas de la CEPAL y

cómo esto impactó en la escena nacional. Dentro de la intelectualidad literaria, Eduardo Galeano (1971, p.15) introdujo su obra prima con una definición contundente

La división internacional del trabajo consiste en que unos países se especializan en ganar y otros en perder. Nuestra comarca del mundo, que hoy llamamos de América Latina, fue precoz: se especializó en perder desde los remotos tiempos en que los europeos del Renacimiento se abalanzaron a través del mar y le hundieron los dientes en la garganta

1.2.4) Otros autores marxistas

Porque investigamos a un PC nos pareció fundamental incluir la contribución de algunos autores clásicos del marxismo a determinados temas de nuestro trabajo, ya que un PC debe ser comprendido a partir de su cosmovisión. Entendemos a Marx como un autor que permanecerá fundamental mientras la sociedad siga capitalista. Destacamos su noción de historia no lineal y realizada por sujetos que actúan bajo circunstancias que no controlan totalmente. Su libro “El 18 Brumario de Luis Bonaparte” contribuyó decididamente para las reflexiones realizadas en el último capítulo, en especial en la construcción del Pachecato.

Lenin permanece importante por su doble rol, como principal dirigente e intelectual de la Revolución Rusa de 1917, primera revolución socialista en el mundo. Él reafirmó (1997) conceptos de Marx y Engels como el Estado como producto que refleja el desarrollo de una sociedad en un determinado momento histórico. Las tradiciones marxista y weberiana coinciden sobre el carácter violento del Estado. Empero, mientras esta considera que la sociedad legitima el ejercicio del monopolio de la violencia por el Estado, aquella entiende que él es un instrumento de la clase dominante para oprimir a las demás, de modo a garantizar la propiedad privada de los medios de producción. Por ende, Lenin (1997) lo consideró el administrador de los negocios de la burguesía, siendo los militares y la policía su brazo armado.

Por entender el Estado como una institución histórica, que tuvo un comienzo, Lenin afirmó (1997) que puede tener un fin. El ruso rescató a Marx y polemizó con otras corrientes socialistas. Rechazó la posibilidad de cambios graduales y subrayó la necesidad de una revolución violenta para que la clase trabajadora conquiste y destruya el Estado. En el último capítulo, traemos un poco de su teoría sobre la revolución, pensando las condiciones objetivas y subjetivas para ella, que polemizaron con perspectivas que él consideró románticas y voluntaristas de la revolución como un mero asalto al poder. Si bien Lenin es conocido por destacar el imperativo de una vanguardia en la revolución, ponderó (2003) que esta debe estar conectada con las necesidades reales de las masas, un paso adelante, pero no dos.

Presentamos a Trotski como contrapunto a la perspectiva del PCU dentro de la amplia y heterogénea tradición marxista. Si Marx no vivió la experiencia de la revolución socialista y Lenin falleció menos de siete años después de la toma del poder por los bolcheviques, Trotski vivió la situación de burocratización de la URSS y de su PC, no como mero espectador, sino como su más conocido crítico. Tras denunciar el estalinismo como nueva corriente dirigente y disputar el poder hasta los límites que consideró posibles, se exilió por diversos países hasta ser asesinado en México, en 1941, bajo orden de Stalin.

Trotski adquiere importancia para nuestro trabajo por algunos aspectos. El segundo se refiere a esta caracterización que hizo (2001) a la URSS como un Estado obrero degenerado gobernado por una burocracia bonapartista, en un entorno imperialista. Esa concepción es opuesta a la del PCU, entusiasta de la superpotencia, a quien consideraba el faro de la revolución mundial, como exponemos a lo largo de la tesis. Asimismo, en el último capítulo traemos sus reflexiones (2017) sobre el proceso de burocratización, tratando de pensar en qué aspectos esto puede haber afectado el partido y cómo esto impactó en su línea política.

De Rosa Luxemburgo (1970) extraemos un poco del clásico debate entre reforma o revolución, título de uno de sus libros más conocidos y que nombró nuestro cuarto capítulo. La autora consideró el reformismo una ideología burguesa y revisionista, que frena la lucha por el socialismo. Señaló que el socialismo no surgiría automáticamente, sino de la agudización de las contradicciones del capitalismo y a partir de la concientización de la clase trabajadora. Para ella, el reformismo representaría una concepción mecánica y antidialéctica de la historia, contraria a la tradición marxista. Tal cual hizo Lenin (1997), la autora planteó que los comunistas deberían buscar una línea justa entre el reformismo (desviación oportunista y de derecha) y el sectarismo (desviación sectaria de izquierda).

Luxemburgo (1970) también propuso debates sobre temas importantes para nuestra tesis. Por ejemplo, presentó la democracia burguesa como un medio necesario para la lucha de los trabajadores, y no como un fin en sí misma. Asimismo, planteó una importante reflexión sobre el sindicalismo. Él no nació revolucionario: al contrario, sería una parte del propio régimen burgués, pues, en última instancia, parten de luchas dentro de los límites de la dominación burguesa, como por mejores condiciones salariales, disminución de la jornada de trabajo y mejores condiciones laborales. Es decir, los comunistas tendrían la tarea de concientizar a los trabajadores sobre la imposibilidad de realizar plenamente sus demandas sindicales dentro de los marcos capitalistas y la consecuente necesidad de asumir una postura revolucionaria. Este debate nos resulta útil porque el Uruguay de los 60 tenía un fuerte y masivo sindicalismo, pero hegemonizado por una perspectiva reformista.

Las lecturas de Gramsci nos proporcionaron algunos conceptos importantes. En primer lugar, el de hegemonía: la dominación de clase se daría en múltiples aspectos, como lo económico, lo político, lo militar, y, sobre todo, lo sociocultural. El filósofo enriqueció la mirada de los primeros marxistas principalmente señalando el rol de la cultura. Inspirado en Machiavelo, presentó el Estado como un centauro: mitad bestia, mitad humano. Mientras la primera se asociaría a su carácter represivo, la coerción, la última representaría el convencimiento ideológico. En que pese siempre coexistan ambas características, en determinados momentos históricos una u otra predominan. En el periodo que investigamos, verificamos la transformación de un régimen basado en el convencimiento hacia uno autoritario y cada vez más militarizado.

Gramsci vivió en una sociedad más compleja que la de Marx. Si, por un lado, mantuvo la caracterización marxiana de la burguesía y el proletariado como las clases fundamentales del capitalismo, entendió que cada una de ellas lideraría un bloque histórico que incluiría a otras clases, grupos e instituciones. El bloque histórico burgués sería el hegemónico y el proletario el contrahegemónico. En el último capítulo, traemos un poco del comportamiento de sujetos históricos relevantes, como los estudiantes, la universidad, los militares y los sectores medios. Su acción no siempre fue constante, lo que confirma la percepción gramsciana del ser humano como un proceso, contraria a una mirada esencialista.

Otro autor marxista que nos aportó en el campo de la cultura política fue Thompson. Adoptamos su caracterización de una clase social como algo fluido, en permanente formación y construcción, cuya consciencia se relaciona directamente con su experiencia y relación de otredad con otras clases. A través de la experiencia, ella crearía costumbres, tradiciones y una cultura común, de modo a tornarse una clase para sí, y no sólo en sí. La definición thompsoniana resulta pertinente porque, como Gramsci, critica a algunas interpretaciones esencialistas que ignoraban las transformaciones históricas de cada clase. Entendemos que la conformación de la CNT constituyó una experiencia fundamental para la clase trabajadora uruguaya, de la cual trataremos algunas veces.

1.2.5) El Partido Comunista y el Estado

En que pese elegimos el marxismo como macroteoría, lo hacemos desde una perspectiva no dogmática y sesgada, lo que permite incorporar lecciones de otras tradiciones. Weber (1919) trajo reflexiones que nos interesan. Por ejemplo, coincidió con los marxistas al admitir que todo Estado se funda en la violencia y es una dominación de hombres sobre hombres. Afirmó también que quienes hacen política aspiran al poder. Sobre los modos de dominación, enfatizó

la carismática, ejercida por un caudillo, que tiene la política como vocación. Esto parece aplicarse al caso del liderazgo de Rodney Arismendi en el PCU.

Sobre los partidos políticos, el autor enfatizó su necesidad de conquistar cargos, lo que los confiere poder y presupuesto. Weber describió también la existencia de una máquina burocrática, construida a través de un aparato personal, que influiría decisivamente en las decisiones de la organización. Asimismo, sostuvo que todo partido necesita de una causa. Por ende, serían pecados políticos mortales la ausencia de finalidades objetivas y falta de responsabilidad, que casi siempre coincidirían. El reclutamiento para un partido se daría en parte por medio de la fe en esta causa.

De ahí, percibimos algunos importantes desafíos impuestos a los PCs. Pensamos que deben ser entendidos como partidos *sui generis* pues participan de un juego cuyas reglas quieren romper. Es decir, por un lado, forzosamente aceptan leyes electorales que consideran injustas y se postulan a cargos en el Estado burgués. Por otro lado, denuncian estas mismas leyes y prometen destruir este mismo Estado tras tomar el poder. Es decir, la causa de los PCS es hacer la revolución socialista. Si no la hacen ni la buscan, pierde su finalidad y responsabilidad, volviéndose sólo un partido más.

En que pese participar de la democracia capitalista aporte algunas ventajas, como la posibilidad de maximizar el poder y comunicarse con más gente, resulta difícil evitar cierta cooptación y acomodación al régimen que se pretende destruir. Esa tentación se volvía especialmente fuerte para el PCU, de considerable peso parlamentario comparado con la mayoría de sus pares latinoamericanos. Nos parece que esa inserción en el Legislativo ejerció presión burocrática en el partido. Vimos con Trotsky (2017) que esa presión viene desde personas que deseaban mantener sus privilegios, que crecen proporcionalmente al partido.

Sobre la fe del PCU en su cosmovisión, verificamos un interesante choque entre teoría y práctica. Al pesar de reivindicar una tradición materialista histórica, el partido no prescindió del reclutamiento carismático y de sus apelaciones subjetivas y pasionales. El autonombamiento de “vanguardia de la clase trabajadora”, la fe en el propio partido, en la inexorabilidad del socialismo y del liderazgo de la URSS fueron sistemáticamente repetidos como axiomas en el período investigado. Si el cristianismo tradicional promete el paraíso como utopía para quienes siguen sus principios, para el PCU se trataba de la revolución. Cuando ella es presentada como algo inevitable, su poder de atracción se agranda, ya que se minimizan los riesgos necesarios para conquistarla. Es posible que menos gente hubiera adherido al partido si la revolución fuera mostrada como una posibilidad. Tal vez justo por eso la revolución no fue presentada de tal modo.

Finalmente, de igual modo que matizamos las excepcionalidades uruguayas, también lo hacemos con las de los PCs. Ellos no surgen de la nada, ni de personas tan diferentes de las demás. Por ende, debe ser comprendido en su contexto histórico, con todas sus contradicciones. Por un lado, tenían un pie anclado en el futuro, en el anhelo de una sociedad socialista, con una moral alternativa, habitada el hombre y la mujer nuevos. Por otro lado, el sueño era construido a partir de los límites de la vivencia en la sociedad burguesa, cuyos valores afectan incluso a los que luchan en contra ellos.

1.3) Metodología

Acorde a nuestra percepción sobre la necesidad de trabajos interpretativos y macrohistóricos, elegimos utilizar el Análisis Crítico del Discurso (ACD) como nuestra principal herramienta metodológica, ya que nuestra fuente más importante es la revista Estudios, material producido por nuestro propio objeto de investigación, el PCU. Además, en algunas ocasiones comparamos la perspectiva del partido con la de organizaciones aliadas y rivales en el campo de la izquierda. Es más, el ACD nos facilita un buen diálogo con la historiografía, ayudando a ubicar y entender cada autor en su espacio-tiempo y su propia percepción como sujeto histórico.

Optamos por no realizar entrevistas por algunas razones: el propio abordaje macro sobre el partido, la situación pandémica que acompañó gran parte de nuestra investigación y la percepción que las entrevistas tornarían el trabajo irrealizable en el plazo deseado. Pensamos que la metodología debe servir al tipo de investigación que se plantea, y no el opuesto. Al fin y al cabo, el ACD aplicado en el análisis documental e historiográfico nos pareció el abordaje que más beneficios iba a traer a nuestra investigación, por algunas razones que expondremos.

A lo largo de nuestro trabajo, utilizamos como base el libro de Wodak y Meyer (2001) y en esta sección resumimos lo aprendido y cómo se lo aplicamos. Los autores que citamos escribieron capítulos de este mismo libro. Empezamos con la caracterización del lenguaje como una práctica social cuyo contexto es fundamental, principalmente por las relaciones entre lenguaje y poder. Por esto, siempre tratamos de ubicar las fuentes dentro del periodo que investigamos. Para la ciencia crítica hay interdependencia entre los intereses de la investigación y los compromisos políticos, pues la idea de crítica es justamente visibilizar esta interconexión, lo que aclaramos desde la introducción. Tal conceptualización por parte del ACD corrobora el cuestionamiento a la idea de neutralidad científica, que traemos en la introducción.

El ACD busca investigar críticamente la desigualdad social como es expresada y legitimada por el uso lingüístico. Para eso, es necesario pensar no sólo en el texto, sino también en su contexto social de producción. Hay que tener en cuenta tres conceptos fundamentales: poder, historia e ideología, ya que todos los discursos son históricamente producidos e interpretados. Las estructuras dominantes estabilizan convenciones y las naturalizan, es decir, el poder y la ideología los oscurecen. La ideología sirve para mantener las relaciones desiguales de poder. El rol de la resistencia es romper las convenciones y las prácticas discursivas estables de modo creativo.

Aunque el marxismo sea un discurso de resistencia, de los oprimidos, la interpretación adoptada por el PCU (inspirada en gran parte en el estalinismo) representó una perspectiva hegemónica en la interna de la izquierda occidental en los 60. Y la ACD busca justamente desmitificar discursos y descifrar ideologías a partir de la perspectiva de los que sufren. Para Wodak, ser crítico significa guardar distancia con relación a la información, asociarla a su contexto social, asumir una postura política explícita y enfocar en la autorreflexión mientras se desenvuelve la investigación. El ACD es más un abordaje que un método, que proporciona diferentes interrogantes y busca comprender la relación y las mediaciones entre lenguaje y sociedad. Él cuestiona el positivismo porque propone que toda investigación tiene valores preconcebidos basados en la experiencia, y no parte de la nada. Por lo tanto, la recolección de datos puede realizarse simultáneamente al análisis de ellos. Es lo que hicimos en nuestra tesis. Por ejemplo, mientras leíamos y fichábamos las fuentes, siempre escribíamos comentarios analíticos, tomando el debido cuidado para no mezclarlos con el texto.

Jäger propone que se empiece por un análisis estructural (grueso) para después realizar uno que sea más direccionado al lenguaje (fino). Hay que tener en cuenta aspectos como el modo y la estrategia de argumentación; la lógica y la composición de los textos; las implicaciones e insinuaciones implícitas; la simbología y los gráficos; el vocabulario y el estilo, las referencias y fuentes, entre otros. A partir de ahí, en diversos momentos de nuestra tesis investigamos el significado de algunas palabras, incluso recurriendo a la página de la Real Academia Española cuando fuera necesario. Cuando se aplica el ACD, un importante desafío es tornar la investigación intelectualmente rigurosa y crítica. Este autor demarca que la investigación debe buscar ser representativa, confiable, válida y completa, aunque se acepte que nunca se alcance la objetividad rígida, ya que ella no existe.

Wodak explicita algunas orientaciones sobre el uso del ACD. En primer lugar, el investigador debe preguntarse sobre qué herramientas conceptuales son relevantes para su

problema y su contexto. En nuestro caso, se las explicitamos en la sección anterior. Una gran teoría puede comportar muchas teorías menores, que se interrelacionan para explicar el objeto. Para nuestra investigación, esta gran teoría es el marxismo, que comporta la TMD y dialoga con la antropología y el propio ACD. La autora destaca el movimiento constante entre teoría e información y la necesidad de hacerse elecciones transparentes en diferentes puntos de la investigación, justificando teóricamente el porqué de estas interpretaciones. Los resultados deben ser accesibles a especialistas en diferentes campos del conocimiento y servir para cambiar ciertas prácticas discursivas y sociales. Al fin y al cabo, una investigación tiene un fuerte componente subjetivo, pues a cada vez que se elige estudiar a un determinado aspecto, inevitablemente otros son alejados, como expusimos en la introducción.

Fairclough propuso un esquema para el uso del ACD que nos resultó bastante útil. En una primera etapa, se destaca un problema social y la necesidad de aportar para que las personas lo solucionen de un modo emancipador. En seguida, se acerca del diagnóstico del problema de modo indirecto, preguntándose cuales obstáculos deben ser enfrentados. ¿Cómo la estructuración y organización de la vida social dificulta que se solucione el problema? En una tercera fase, se expone por qué la existencia del problema es útil a la manutención del orden social, su ideología, poder y dominación. En el cuarto, el análisis se mueve de una crítica negativa para una positiva: se identifican las posibilidades de cambio hasta el momento irrealizadas o poco realizadas. Esto puede ser un tema de exponer las contradicciones y brechas en el orden social. Al final, el análisis se vuelve a sí mismo, de modo autocrítico, cuestionando así su contribución para la emancipación social.

Aplicando el esquema propuesto, partimos del problema social que predomina una perspectiva bastante influenciada por las memorias del PCU, que enfoca el estudio sobre la resistencia heroica, romantizada, y convierte los luchadores sociales en mártires. Esta perspectiva no ayuda a comprender la derrota de la clase trabajadora para un proyecto autoritario, burgués y contrarrevolucionario. Para justificar sus acciones y omisiones a la época, el discurso del PCU, que se volvió hegemónico en la izquierda, es bastante reproducido. Este discurso, al limitarse a criticar lo que fue el golpe y la dictadura, se los torna inexorables. Consideramos que la naturalización acrítica de ese discurso sigue un obstáculo para la clase trabajadora hasta la contemporaneidad, pues dificulta el aprendizaje crítico sobre las experiencias del pasado. Pensar la derrota como una inevitabilidad histórica desestimula la lucha de las nuevas generaciones.

Sobre los obstáculos a ser enfrentados, en primer lugar, destacamos la evidente falta de interés de la clase dominante en facilitar que se cuestione su hegemonía. En tiempos de dictadura, pensar la revolución era prohibido por el terrorismo de Estado y la censura. En la democracia liberal representativa, este tipo de investigación es desestimulado, pues la producción de conocimiento es estructurada de modo positivista y dentro del productivismo capitalista, direccionado a servir al mercado, y no a la sociedad. La propia distribución de presupuesto de las universidades jerarquiza el conocimiento, priorizando las áreas de la salud y de las ciencias exactas sobre las humanidades. Además, sería bastante improbable recibir financiación de fundaciones privadas, que prefieren invertir millones en investigaciones que defiendan a sus intereses de clase.

Otro obstáculo con lo cual nos deparamos es la prevalencia de perspectivas reformistas en la izquierda académica, descomprometidas con un proyecto de emancipación de la clase trabajadora. Pensar de modo antisistema es un desafío incluso dentro de la izquierda. Asimismo, análisis más interpretativos, teóricos y globalizantes son menos apreciados en tiempos de modernidad líquida, fragmentación del saber y la supuesta crisis de los macromodelos. Por ende, la perduración del problema (predominio de perspectivas poco críticas a la acción del PCU en los 60) desarma a la clase trabajadora y contribuye para la conservación del orden social. Al fin y al cabo, el reformismo, intencionalmente o no, parece servir como un arma importante y elegante de la clase dominante, pues al paso que permite cuestionar aspectos de la dominación, no la cuestiona en sí misma.

Pensamos que nuestro tema resulta pertinente especialmente en un tiempo de crisis del capitalismo tal vez sin precedentes, sea por el aumento constante de la desigualdad, pobreza y miseria, por la crisis sanitaria provocada por la pandemia de la covid-19 o por la situación de catástrofe ambiental y agotamiento de recursos naturales, que se encuentra en un nivel muy superior a que se encontraba durante otras crisis, como la de 1929, por ejemplo. Esta combinación de factores amenaza de tal modo la economía capitalista que diversos gobiernos y economistas conservadores rápidamente asumen medidas contrarias a los dogmas neoliberales, como renta mínima básica, impuesto sobre grandes fortunas, suspensión de pago de la deuda pública, y estatizaciones de servicios esenciales.

Desde del inicio de la última redemocratización, en casi todos los países latinoamericanos, la mayoría de la izquierda apostó sus fichas en las elecciones, como posibilidad de gerenciar del Estado burgués para insertar la clase trabajadora en una sociedad de consumo, sin cuestionar el capitalismo como modelo económico. Se apostó a un proyecto

democrático-burgués y social-liberal, una especie de neoliberalismo con rostro humano. Muchas de las conquistas que ocurrieron durante los gobiernos progresistas están siendo o ya fueron eliminadas por los gobiernos neoliberales que los sucedieron. El fracaso del modelo neodesarrollista y de la democracia representativa abren brechas importantes.

En ese sentido, se fortalecen tanto los proyectos de extrema derecha, que culpan a la propia democracia, como el de una nueva izquierda, que vuelve a reivindicar el poder popular y plantea una democracia más viva y participativa. En la región, los Andes están particularmente movidos. Colombia y Ecuador son constantemente agitados por manifestaciones populares grandiosas. Bolivia en poco tiempo vivió un golpe de Estado (11/2019) estimulado por Bolsonaro. Pero la fuerza popular logró acortarlo y conquistar elecciones, vencidas por el izquierdista Luis Arce. Perú vive una polarización que se expresó también en las elecciones, con la victoria del profesor Pedro Castillo sobre Keiko Fujimori con menos de 0,5% de diferencia. Mientras el primero es un profesor de secundaria en área rural, un líder que surgió de las propias protestas, la otra, hija del dictador Alberto Fujimori, representa un proyecto de extrema derecha. Tras el estallido social de 2019, y la constituyente que entierra la constitución pinochetista, las encuestas presidenciales chilenas sugieren un balotaje entre la extrema izquierda y la extrema derecha.

Resulta difícil tener claridad sobre qué va a suceder en la región, pero lo que señalamos, y se conecta a menudo a nuestro trabajo, es que surge nuevamente la posibilidad histórica de pensar la revolución como una solución. La crisis antisistema expone el tamaño de la fractura existente en la dominación capitalista. No podemos prever si gana la revolución o la contrarrevolución en la región, pero sabemos que el futuro no se encuentra en las estrellas ni en las manos de dios. Exponer la posibilidad de superación del orden social por experiencias novedosas es justamente el penúltimo paso del esquema de Fairclough. Por ende, nuestro trabajo es una pequeña contribución sobre una experiencia del pasado, pero creemos que entenderla repercute directamente en el presente.

Todas las experiencias históricas de la clase trabajadora son importantes, sean exitosas o hayan terminado en fracaso. En el caso uruguayo, sugerimos el 1968 como un año clave para la memoria y el aprendizaje de la clase. Así que lo retomamos de modo crítico y autocrítico, intentando aprender sus logros y límites para poder superarlos. A pesar de todas nuestras aspiraciones, se hace necesario conocer sus límites, el último paso del esquema. Por ejemplo, la propia naturaleza de la maestría y su tiempo de realización conducen a un trabajo menos prolijo y visible que un doctorado. Asimismo, pensar la revolución es una tarea colectiva, que

no se agota en un trabajo. Sabemos que, si bien la academia es un importante espacio de disputa de hegemonía, no es el único. Así que no tenemos ilusiones voluntaristas de un cambio sistémico a través de los debates académicos, por veces ajenos a la mayoría de la clase trabajadora. No obstante, ofrecemos este trabajo como una pequeña contribución para la democratización del saber y el estímulo al buen debate.

2) 1964: El golpe se aproxima

El título del capítulo permite dos interpretaciones complementarias. Por golpe nos referimos al sufrido por Brasil y a la escalada golpista en América Latina. El propio Uruguay fue directamente afectado por algunas intentonas ese año. Por “aproximar”, aludimos al sentido geográfico, ya que el golpe ocurrió en un país vecino, y también al significado temporal, pues, aunque no haya prosperado en Uruguay en 1964, el golpe se tornaría un fantasma molesto. Empezamos por un debate teórico acerca del significado del 64 brasileño y presentamos la perspectiva del PCB sobre el hecho. En seguida, ubicamos el PCU en los tempranos 60 y su comprensión sobre tal fenómeno en el vecino. Por último, investigamos las distintas respuestas del partido y de la clase trabajadora.

2.1) La evolución del golpismo y de las dictaduras latinoamericanas

Los golpes de Estado y las dictaduras no eran novedosos en los 60. Desde las independencias, las élites criollas consolidaron la tradición de pronunciamientos, con distintas características. La inserción periférica, dependiente y tardía de la región en la economía-mundo desestabilizó sus frágiles instituciones y gobiernos. Los períodos estables en los países centrales no se extendieron a América Latina, donde no hubo años gloriosos del capitalismo y la Guerra Fría fue caliente. Los golpes en Guatemala y Paraguay en 1954 fueron anticomunistas y surgieron de las alianzas entre sectores de las FFAA, de las burguesías locales y el imperialismo estadounidense. El caso guatemalteco corresponde a la primera intervención militar directa estadounidense en la región. La dictadura paraguaya iniciada por Stroessner era arcaica y personalista, aunque netamente anticomunista (Cuya, 1993).

Sin embargo, fue el golpe en Brasil que inauguró las dictaduras de nuevo tipo. Al contrario de las anteriores, de trazos arcaizantes y rurales, las nuevas nacían de articulaciones más sofisticadas forjaban un nuevo tipo de Estado y de sociedad, razón porque fueron llamadas refundacionales, un proyecto con componentes económicos, políticos, y socioculturales (Ramírez, H, 2015). O'Donnell (1979) percibió el nuevo ciclo de golpes como una modernización contrarrevolucionaria y bautizó el Estado que surgía de burocrático autoritario (BA). El terrorismo de Estado servía fundamentalmente para desactivar a los sectores populares y crear un sistema político excluyente a servicio del imperialismo estadounidense, o sea, la violencia estatal era un método para que se alcanzaran los objetivos económicos. El sindicalismo era una fuerza política bastante relevante, cuyas demandas y organización eran consideradas una amenaza al capital. O'Donnell (1975, pp.295-296) explica que el BA sería

garante y organizador de la dominación ejercida a través de una estructura de clase subordinada a las fracciones superiores de una burguesía muy oligopolizada y transnacionalizada. Dicho de otro modo, la base social del estado BA es la alta burguesía

El régimen servía a un modelo de crecimiento económico transnacionalizado, que preservaba el capitalismo por el aumento de la desigualdad. Para eso, despolitizaba las cuestiones sociales enfrentándolas con un discurso de racionalidad técnica. Con excepción del Chile pinochetista, las nuevas dictaduras no eran personalistas, lo que las alejaba de la experiencia fascista, que negó la democracia como valor, hiperpolitizó y adoctrinó las masas alrededor de un partido. Por su turno, el BA tenía barniz democrático, que combinado con su práctica despolitizante y tecnocrática disimulaba su carácter autoritario, incluso para la comunidad internacional. H. Ramírez (2015) lo inserta en un proceso más amplio, gestado y planeado anteriormente y cuyas consecuencias sobrepasaron su existencia. El BA buscó (con más o menos éxito) controlar los procesos de transición hacia democracias tuteladas y de baja intensidad. Por lo tanto, serían contrarrevoluciones preventivas.

Es común que se nombre a estas dictaduras como cívico-militares. Sin embargo, el término “cívico” incluye todo lo no militar, razón porque parece demasiado amplio para explicar las clases sociales que dieron los golpes y se beneficiaron de ellos. El trabajo del historiador uruguayo René Dreifuss (1981) acerca del golpe en Brasil fue pionero porque expuso la conspiración empresarial que derrocó el gobierno. Estos sectores más internacionalizados de la burguesía conformarían la dirección del Estado. Su organización en instituciones como el Instituto de Pesquisas y Estudios Sociales y el Instituto Brasileño de Acción Democrática, formó intelectuales orgánicos de la clase dominante, financió a políticos de derecha, y se aproximó de las FFAA. Banqueros, industriales y otros empresarios componían un bloque histórico multinacional y asociado, opuesto al democrático popular. Se buscaba una modernización conservadora y desarrollista que excluyera a los subalternos.

Lemos (2016) resalta la continuidad histórica de la contrarrevolución democrática preventiva por parte de las clases dominantes desde la independencia y explica que, por la implantación hipertardía de la sociedad burguesa, la tarea de construir el orden capitalista se combinó con la de prevenir la revolución socialista. Así, la contrarrevolución se disocia de una revolución, por eso es preventiva. Lemos (2018, p.12) considera que la dictadura sería

la continuidad sin máscara del baile republicano de dominación burguesa en Brasil. Una dominación marcada por la respuesta preventiva – permanentemente presentada – a cualquiera amenaza sentida o presentada al poder de clase de los detentores del capital.

Melo (2016) se suma a esa historiografía crítica, que se opone a una mirada que él considera revisionista y politicista sobre el golpe. Los revisionistas son los que buscan comprender el golpe y la dictadura a partir de un supuesto déficit democrático en la sociedad brasileña. Contra el énfasis que confieren al supuesto apoyo social a la dictadura, él problematiza que los derrotados y opositores no podrían manifestarse debido al terrorismo de Estado. Además, trae una encuesta electoral realizada un mes antes del golpe de 1964 que demuestra el apoyo mayoritario del presidente João Goulart en las grandes ciudades de Brasil. En este momento, los analfabetos, constituían aproximadamente el 35% de la población (IBGE, 1960) pero no podían votar. Como la gran mayoría pertenecían a las clases dominadas, es probable que el apoyo subiera aún más si ellos hubieran sido considerados en la encuesta.

El debate sobre el significado de los golpes en el Cono Sur permanece en la historiografía de los demás países. En el Uruguay, el libro organizado por Bohoslavsky (2016) problematiza la alianza entre empresarios y militares, aunque la palabra “cómplices” en el título sugiere más un apoyo pasivo que una articulación. La relación entre empresarios y dictaduras es un campo abierto y con algunas dificultades en el camino, como la actitud más discreta de los empresarios uruguayos. Para nuestra investigación resaltamos la escalada autoritaria como una opción política de las clases dominantes, bajo el signo de la contrarrevolución preventiva, buscando frenar el fuerte movimiento sindical con una solución reaccionaria para la crisis. Pensamos que las dictaduras conosureñas tienen más similitudes que diferencias y que enfocar sólo los particularismos no ayuda a expandir la comprensión de ese fenómeno.

2.2) El Partido Comunista Brasileño (PCB) y el golpe de 1964

Arrancamos con una breve comparación entre el PCB y el PCU. Mientras el PCU fue ilegalizado por primera vez sólo en 1973, el PCB solamente lo había estado entre 1945 y 1947, cuando fue nuevamente prohibido. La excusa jurídica era considerar el partido como una sección del Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS), lo que era prohibido por la legislación electoral. En realidad, tal censura era coherente con el perfil radicalmente anticomunista del gobierno Dutra (1946-1951), que perseguía y clausuraba a los sindicatos combativos y se alinea con los EEUU sin demandar nada en retorno (Cervo y Bueno, 2002). La comparación señala la mayor fragilidad de la democracia brasileña.

En segundo término, tratamos del lugar ocupado por cada partido en su respectivo sistema político. En Uruguay había una consolidada partidocracia, marcada por la continuidad histórica de los partidos tradicionales (Rilla y Caetano, 1994). Mientras eso, el Brasil de los sesenta vivía bajo un orden partidario apenas iniciado en 1945. Entre las fuerzas reformistas,

el batllismo y el Partido Laborista Brasileño (PTB) guardaban similitudes como ser el policlasistas y democrático-burgueses. Sin embargo, el PTB disputaba directamente el movimiento sindical y popular con el PCB, al paso que el batllismo, como sector del Partido Colorado, tenía pequeña presencia organizada de masas, inconforme a su gran peso electoral, como la corriente más importante del Uruguay en el siglo XX.

Otra diferencia era que el PCU no había sufrido tantas escisiones como su correlato brasileño. Destacamos el surgimiento en 1961 de la Organización Revolucionaria Marxista Política Obrera (Polop), de orientación predominantemente trotskista, y la formación, en 1962, del Partido Comunista del Brasil (PC do B), maoísta y contrario al que revisionismo soviético a partir de Jrushev. A pesar de sus diferencias estratégicas, ambos grupos coincidían en criticar el pacifismo y la alianza con sectores de la burguesía. Inspirados en la Revolución Cubana, planteaban la necesidad de lucha armada y trabaron guerrillas rurales. Después del golpe de 1964 el PCB sufriría aún más escisiones. Hoy el partido es casi inexistente electoralmente.

En el inicio de la investigación nos llamó la atención que el PCU no tuvo el mismo destino de su hermano. El partido sería uno de los principales impulsores del FA en 1971 y mantiene bastante fuerza dentro de esta agrupación, la principal fuerza de izquierda uruguaya. El PCU se mantiene fuerte y ganó la interna del FA en Montevideo en 2019 con la candidatura de la aliada Carolina Cosse, que resultó electa intendenta. Por el peso demográfico y político de Montevideo y su máquina departamental, se vuelve una fuerte precandidata a la presidencia en 2024 y puede tornarse la primera presidenta del Uruguay. No pensamos evaluar el PCU y su programa político en la actualidad, sino destacar que sigue siendo relevante. La diferencia electoral entre ambos se refleja lo mismo en la academia. Mientras la línea del PCB en los sesenta se volvió una casi unanimidad negativa, la del PCU todavía tiene el apoyo y/o el respeto de importantes académicos. Sin embargo, ninguno de los dos partidos cumplió la promesa de liderar la clase trabajadora hacia la revolución, lo que nos hizo indagar por qué la memoria de la izquierda uruguaya sigue mayoritariamente positiva con relación al PCU.

El PCU tenía presencia de masas mucho más orgánica y expresiva que sus camaradas vecinos, siendo históricamente la principal fuerza sindical, puesto que mantiene. En contrapartida, el PCB tuvo que disputar espacio con el varguismo, incluso después de la muerte de Getúlio Vargas, una situación que próxima al caso ~~argentino~~ del Partido Comunista Argentino (PCA) y el peronismo. Las diferencias entre los partidos también reflejan las existentes entre los países. En los 60, Uruguay era más urbanizado que Brasil, y tenía una situación de macrocefalia por el peso demográfico de Montevideo, única metrópoli y que concentraba más de un tercio de la población nacional. Si bien Sao Paulo y Río de Janeiro

crecían a ritmos acelerados, ya había metrópolis en todas las cinco regiones del país, y un porcentual considerable de brasileños todavía vivía en el campo o en ciudades menores.

Presentadas las diferencias, analizamos la línea del PCB, cuyo V Congreso, de 1958, fue el último antes del golpe. La propia existencia de pocos congresos en un partido fundado en 1922 confirma su casi permanente clandestinidad, lo que impone desafíos y facilita la burocratización del partido, por los largos intervalos intercongresuales. En 1958, el comité central (CC) publicó una declaración bastante optimista. En este período, bajo el gobierno de Juscelino Kubitschek (JK), el entusiasmo no era exclusivo del partido. JK fue el símbolo de un período de crecimiento y modernización capitalista brasileña. En su gobierno (1956-1961) el país creció bastante y se proyectó hacia el mundo también en términos culturales, pero aumentó la dependencia y el endeudamiento. El PCB partido afirmó (1958) que habría surgido una burguesía interesada en el desarrollo independiente y progresista de la economía brasileña, aunque admitía la dependencia estructural con relación al imperialismo.

Serían los resabios feudales que restringían la expansión del mercado interno. El PCB opinó que el desarrollo nacional se oponía a la explotación capitalista, y consideraba el capitalismo de Estado progresista. Curiosamente, a pesar de ilegal, el PCB confiaba que el país se democratizaba permanentemente. La contradicción entre el proletariado y la burguesía no exigiría una solución radical en la etapa que se vivía: la revolución brasileña todavía no sería socialista, sino antiimperialista, antifeudal, nacional y democrática. El frente policlasista incluiría hasta sectores de los terratenientes opuestos al imperialismo yanqui, aunque se conectarán a otros monopolios rivales. Tocaría a la burguesía nacional la dirección política. Mauricio Grabois (1960), que sería uno de los principales fundadores del PCB, escribió una dura crítica a esa declaración. Él la consideró oportunista de derecha, porque embellecía el capitalismo y sobrestimaba la contradicción entre la burguesía nacional y el capitalismo. Cuestionó también la amplitud del frente, la renuncia del proletariado a la dirección, y la vía supuestamente pacífica de la revolución, que consideró gradualista, evolucionista y no marxista.

En setiembre 1961, tras renuncia del presidente derechista Janio Quadros, asumiría el vice progresista Joao Goulart (Jango), que era parte de otra fórmula, una característica peculiar de la política brasileña del período. Elementos de las FFAA apoyados en sectores conservadores buscaron impedirlo, incluso con planes de asesinar a Jango, que volaba de retorno de una misión diplomática en China. Aprovechándose de tal episodio en un período clave de la guerra fría latinoamericana, la no muy original argumentación fue tildar al presidente de comunista e inventar que él implementaría una república sindicalista en Brasil.

La asunción de Jango a la Presidencia sólo fue posible por un fuerte movimiento popular y militar, la Campaña de la Legalidad, liderada por Leonel Brizola (PTB), que era gobernador del Rio Grande del Sur, aliado y cuñado del presidente. Con un proyecto político más a la izquierda, Brizola movilizó la población y el III Ejército por medio de la toma de la Radio Guaíba para denunciar a los planes “gorilas”² y garantizar la legalidad. Sin embargo, a pesar de la fuerte y exitosa campaña, Jango retrocedió y aceptó un golpe blando: asumía como presidente, pero con poderes limitados por un parlamentarismo aprobado en 24h por el Congreso, sin cualquier consulta popular. Goulart sólo recuperaría los poderes de jefe de gobierno en 1963, después de un plebiscito que rechazó el parlamentarismo por amplios 80% de los votos y retornó el tradicional presidencialismo.

El PCB apoyó críticamente a Goulart: respaldó sus medidas populares, pero denunció su conciliación y capitulaciones. El partido deseaba que el presidente dejara de transar y fuera el revolucionario que nunca buscó serlo. En octubre 1963, por ejemplo, el PCB defendió un nuevo gobierno nacionalista, democrático y popular, en lo cual el presidente alteraría su composición ministerial hacia la izquierda (Carone, 1982), reclamo mantenido hasta el golpe. La perspectiva frentista no pudo combinar con la burguesía nacional cómo esta debería actuar. El partido confió en las instituciones y en el dispositivo militar defensivo de Jango, fue sorprendido por el golpe y no pudo organizar cualquier resistencia relevante. La rapidez de la ejecución del golpe del primer abril prescindió del apoyo militar prometido por los EEUU con la operación Brother Sam. Menos de tres meses después, fueron elaboradas por el partido dos tesis para el debate interno, que fueron detenidas por el Servicio Nacional de Investigación y se encuentran en el Archivo Nacional, en Río de Janeiro, bajo la ubicación: anexo E, 79-E2/64.

La primera venía de la mayoría del CC y consideró el imperialismo yanqui la fuerza preponderante en el golpe. Los golpistas fueron tildados de “traidores a la Patria” y el golpe de “fascista”. Si bien es innegable la importancia de los EEUU para el éxito de la subversión, identificarlos como “la” fuerza preponderante subestima la articulación de los grupos empresariales nacionales, tratados como meros peones. Además, considerar a estos grupos “traidores” desvela la expectativa que el PCB depositada en ellos. La significación positiva de “patria” y opción por escribirla en mayúsculas exponen como el partido valoraba el nacionalismo. La caracterización de la dictadura como fascista desvela el desconocimiento del

² El término gorila, creado en Argentina, se expandió para otros países latinoamericanos con el significado de reaccionario, derechista y anticomunista, en un contexto de Guerra Fría.

régimen que surgía, razón por la cual eran encajadas en una categoría conocida. Este coyunto interpretativo confería a la burguesía nacional un rol de alentadora del golpe, y no su coautora.

Aún en la primera tesis, se preguntó: ¿por qué el proletariado no reaccionó? Por el hecho que el PCB se entendía como la vanguardia de la clase, se propuso una autocrítica admitía ilusiones en la vía pacífica y una evaluación incorrecta de la correlación de fuerzas. Sin embargo, en ningún momento se cuestionó ni la naturaleza ni la composición de la revolución. A pesar de la autocrítica parcial, seguía la previsión optimista de que la dictadura sería breve, puesto que no resolvería las contradicciones entre el imperialismo y la burguesía nacional. La respuesta para la nueva coyuntura tampoco se alteró: la solución sería un frente amplio con todos los partidos considerados patriotas y demócratas y la defensa de la Constitución de 1946. De igual modo que la Iglesia Católica durante la Reforma Protestante, que en lugar de ajustar algunas prácticas y elaboraciones y buscar calmar la disidencia, el PCB realizó su Concilio de Trento, reafirmó a sus dogmas y condenó las “herejías”. Igual táctica llevó a resultados similares: el aumento de las disidencias.

Eso se expresó en la segunda tesis del documento apresado, elaborada por sectores descontentos del partido. La propia existencia de tal crítica en el interior de un partido tan centralizado sugiere el alto grado de desacuerdo interno. Esta antítesis tildó la tesis del CC de idealista, subjetivista, voluntarista y no marxista. El documento señaló las diferencias entre 1961 y 1964. Mientras el primero fue valorado por la Campaña de la Legalidad y por la unión de todas las clases interesadas en la liberación nacional, el último es comprendido como un periodo de aislamiento del proletariado y del campesinado. Esta caracterización nos planteó una importante reflexión para el caso uruguayo: no necesariamente el momento perdido para las fuerzas progresistas coincide con lo del golpe. Es decir, si en el caso brasileño fue el 1961 el periodo prerrevolucionario (Lemos, 2016), o sea, el que mejores posibilidades dio para una ruptura por abajo, en el caso uruguayo, tal *momentum* parece corresponder al 1968.

La caracterización del PCB sobre la revolución era cuestionada incluso por intelectuales próximos, como Caio Prado Jr., quien investigaba y debatía la compleja formación social brasileña, es decir, el desarrollo propio y no clásico del capitalismo como modo de producción dominante en el país (Rocha, 2016). Básicamente, Prado Jr. cuestionó el supuesto carácter progresista del capitalismo brasileño imaginado por el PCB. Él señaló la continuidad histórica de cierta dependencia colonial y el convivio entre formas modernas y arcaicas de dominación, sin que eso caracterice a la existencia de resabios feudales o semif feudales. Por ejemplo, fue el sector rural, arcaico y retrasado, quien acumuló las divisas que promoverían de la industria. Tras el golpe, las críticas al PCB proliferaron en la historiografía, principalmente respecto a su

perspectiva etapista de la revolución. Otros exdirigentes del partido, como Mário Alves y Carlos Marighela criticaron lo que consideraban la subalternización de la clase obrera en la dirección del movimiento nacionalista (Costa, 2005). De acuerdo con Rocha (2016, p. 115), el golpe de 1964 ocurrió sin grandes resistencias porque

el referido evento expuso la fragilidad de las estructuras sindicales y populares, la actuación de remolque y de cumbre de los comunistas y los límites del reformismo sincero de Goulart y sectores del PTB. El PCB no estaba preparado para enfrentar el golpe, aunque analizara con alguna precisión las posibilidades reales en curso y tuviera gran influencia en el movimiento obrero y campesino. El Comité Central de ese partido ha apostado en regateos y acuerdos ‘por arriba’, su gran plan de defensa sería el llamado dispositivo militar que, no obstante, falló. Lamentablemente, en lo que se refiere a conspiraciones y acuerdos de cumbre, la derecha se muestra habilidosa y sagaz.

Para Anita Prestes (2014), historiadora e hija del líder comunista Luíz Carlos Prestes, criticar la política del PCB se volvió un axioma después del golpe. La autora también coincide en criticar la estrategia nacional-libertadora y su capitulación al reformismo burgués, pero advierte que, en las vísperas del golpe, sería suicidio para el PCB intentar reaccionar a través de la lucha armada. Los errores del partido no ocurrieron sólo cuando el golpe: son la consecuencia de una línea política que se probó equivocada por todas las razones expuestas y que costó al partido la hegemonía en la interna la izquierda (Karepovs, 2019). Su falta de política para combatir el golpismo y preparar la revolución aceleró el surgimiento de la nueva izquierda en el país. El desangre del partido aumentó a lo largo de la dictadura, cuando el PCB planteaba la necesidad de aislarla y conquistar a un gobierno ampliamente representativo. El partido no proponía derribarla y apostaba entusiasmadamente en las cuestionables elecciones estatales de 1965. La ilusión se deshizo con la declaración del Acto Institucional nº2, que liquidó los sueños de una apertura inmediata. Lo que expusimos sobre el PCB y el golpe de 1964 nos ayuda a comprender que elementos el PCU tenía sobre la realidad brasileña.

2.3) El PCU en los tempranos 60 como punto de partida

Los tempranos 60 son escasamente estudiados por la historiografía, pues son entendidos como una especie de Edad Media entre el Uruguay batllista y el Uruguay autoritario. El país pasó a compartir los mismos problemas estructurales regionales, como la economía dependiente, la desigualdad social, la inestabilidad política y el recrudecimiento de la violencia anticomunista Estatal y paraestatal (Rodríguez, J., 2015). Hasta este momento, el país se consideraba una isla democrática en medio de una región marcada por la inestabilidad, el

golpismo y se autonombraba la Suiza de las Américas, una percepción bastante extendida entre los ciudadanos (Markarian, 2012). Este mito algo chauvinista e ingenuo se contrabalanceaba con destacado internacionalismo, fruto de la combinación de elementos como la posición geoestratégica del país, su tradición diplomática de mediación de conflictos regionales, de concesión de asilo político y los frecuentes intercambios transnacionales (García y Girona, 2020). El PCU no estuvo ajeno a ese conjunto contradictorio de trazos culturales.

El año 1955 fue fundamental para el partido pues una disputa interna cambió su dirección. El secretario general Eugenio Gómez, abiertamente estalinista, fue destituido por Rodney Arismendi, simpático al proceso de desestalinización, promovido por el soviético Nikita Jruschev. La memoria partidaria y la mayoría de la historiografía coinciden en valorar este viraje como la sustitución de una línea equivocada y sectaria por una exitosa y popular. El PCU se afirmaba como un partido de cuadros y de masas y fundaría dos vehículos de prensa que permanecen: la revista Estudios, de vanguardia, y el periódico El Popular, para un público más amplio (Leibner, 2011). A pesar de los cambios, destacamos continuidades poco estudiadas. Por ejemplo, el partido mantenía fuertes lazos con Moscú y la mirada esquemática y etapista acerca de la revolución continental, formulación inspirada en las orientaciones de la III Internacional, de naturaleza estalinista. Esa implantación algo grosera, descontextualizada y no científica de categorías explicativas europeas del siglo XIX fue criticada incluso por Leibner (2011), quien coincide con las posiciones del partido. Él destacó el sobreuso de conceptos como “resabios feudales” para referirse a las relaciones sociales en el agro uruguayo.

El exdirigente J. Martínez (2003) problematizó que, si bien se alejaba del autoritarismo y de las depuraciones de la Era Gómez, el PCU seguía una especie de estalinismo sin Stalin. Por ejemplo, proseguían prácticas como el culto a la personalidad del líder, algo que comprobamos por la frecuencia que distintos autores citan a Arismendi en Estudios, como claro argumento de autoridad. No buscamos crear un antimito sobre Arismendi ni presentarlo como un hombre particularmente autoritario, lo que no corresponde, sino destacar a ciertas continuidades estructurales. O sea, el culto a la personalidad no surgía de un plan consciente, era una característica de la cultura de los PCs en los 60. Arismendi era un intelectual respetado incluso por sus adversarios políticos de dentro y fuera del Uruguay. Otra continuidad señalada una línea estática y algo sesgada, modificada sólo en los congresos, en intervalos más largos que los cambios sociales. Tal estructura sobredimensionaba y burocratizaba el CC.

Permanecía también las relaciones subalternas con el PCUS. Sonaría exagerado reducir el PCU a la condición de simple títere soviético, como explica Garcé (2014). Principalmente en 1967, el partido buscó un punto medio entre Cuba y la URSS, algo raro a los PCs

latinoamericanos y que traemos en el cuarto capítulo. El hecho que el lema del partido en las elecciones de 1962 y 1966 se llamaba F.I. de L. (Frente Izquierda de Liberación) demuestra las buenas relaciones con Habana y Fidel Castro. Sin embargo, eso no anuló la asimetría en las relaciones con los soviéticos, que incluyeron culto a sus líderes. El PCU apoyaba a la política externa de la URSS, cuyo objetivo estratégico era la defensa del propio país, aunque se sacrificara procesos revolucionarios en otros países. El apoyo a las impopulares invasiones a Hungría (1956) y Checoslovaquia (1968) costó bastante caro al partido en la interna de la izquierda, principalmente la última, que ocurrió en un año emblemático.

Las continuidades entre las eras Gómez y Arismendi todavía no fueron tan relevadas. Por ejemplo, Leibner (2011, p.478), planteó que

la “desviación nacional-reformista” había sido básicamente corregida a partir del XVI Congreso, al colocar como tarea estratégica la construcción del Frente Democrático de Liberación Nacional mediante el desarrollo de las fuerzas productivas necesarias para la revolución agraria radical y antiimperialista

Para él, sólo después de la dictadura hubo cierto reacomodo legalista del PCU. Martínez F. (2002) destacó la división dentro del partido entre reformadores y ortodoxos que culminaría en la crisis después de la caída del Muro de Berlín (1989). Esta división nos parece mucho más táctica que estratégica. Los dichos ortodoxos lo eran con relación al estalinismo, y no al marxismo revolucionario. Mientras tanto, la crítica de los renovadores era por la derecha. Su idea de renovación se inserta en un contexto de crisis terminal del socialismo soviético y buscaba acomodarse de modo más orgánico a la democracia burguesa. Prácticamente todos los PCs vivieron esta supuesta división. Los ortodoxos tildaban a los renovadores de reformistas y liquidacionistas. Estos contrarrestaban caracterizando a sus oponentes de arcaicos, dogmáticos, e incapaces de comprender los cambios del mundo. En que pese esta disputa, no se notan diferencias estratégicas fundamentales entre ambos. Por eso, la ortodoxia estalinista y la renovación no parecen guardar relación de oposición, sino de causa y consecuencia.

En el emblemático caso brasileño, en 1992, los renovadores transformaron el PCB en el Partido Popular Socialista (PPS)³, que en poco tiempo se tornaría un partido de centroderecha, que incluso integraría la base parlamentaria del gobierno burgués y neoliberal de Michel Temer (2016-2018), mientras los ortodoxos refundaron un nuevo PCB, que carece de expresión de masas o electoral en la actualidad. En países que vivieron el socialismo

³ En marzo de 2019 se renombró “Ciudadanía”

soviético hay conocidos ejemplos de elementos del régimen que se tornarían políticos tradicionales de derecha, como Angela Merkel, que militó en la juventud comunista en la República Democrática Alemana y Vladimir Putin, que fue miembro de la KGB en la URSS.

El primero documento del PCU que analizamos fueron las resoluciones de su XVIII Congreso, realizado en junio de 1962, o sea, posterior al inicio de la Revolución Cubana, pero cuatro meses antes de la Crisis de los misiles⁴. A pesar de las simpatías por la Habana, el partido consideraba Moscú la vanguardia del movimiento comunista internacional. Predominó en las resoluciones un tono bastante triunfalista: el partido se consideraba invencible, la coexistencia pacífica⁵ fue exaltada como una señal de la victoria de los pueblos socialistas, y la URSS ya estaría en la etapa comunista de la revolución. El optimismo se basaba también en el hecho de que el bloque socialista crecía más que el capitalista en términos económicos. Si bien la información era verdadera, desconsideraba que el bloque socialista partía de niveles económicos mucho más bajos, lo que permitía un crecimiento porcentualmente superior. Se afirmó la modificación “permanente” de la correlación de fuerzas y la instauración del socialismo como una realidad “invencible”. Las dos palabras que destacamos expresan una percepción idealista, determinista, liberal y teleológica de la Historia, que se aleja del marxismo. Sobre la región, el congreso consideró (p.82) a Cuba un ejemplo luminoso y que

América Latina está de pie y avanza hacia su liberación, mientras el imperialismo yanqui pasa a una nueva etapa de violencia y crimen contra los pueblos, de golpes de Estado, de financiación del terrorismo, de aventuras fascistas y de estímulo a la represión en todo el continente

El partido ya imaginaba vivir en un periodo continentalmente radicalizado, pero desconocía las capacidades, armas y objetivos de las fuerzas reaccionarias. Nos detenemos en la expresión “aventura”, que remite a un lance extraño o de empresa de resultado incierto (RAE, 2014). Tal caracterización revela como el optimismo llevó a que se menospreciaran los planes de la superpotencia capitalista. Asimismo, la generalización del término “fascista” común a los

⁴ La crisis duró del 10/1962 hasta el 01/1963 y se refiere al descubrimiento de misiles nucleares soviéticos en Cuba por los EEUU, que podrían atingirlos. Las dos superpotencias estuvieron al borde de una guerra que podría haber destruido al planeta. El conflicto se solucionó diplomáticamente con la retirada de los misiles soviéticos de Cuba y de los misiles estadounidenses de Turquía. Además, los EE.UU. se comprometieron a no invadir ni apoyar cualquier invasión en Cuba. No obstante, Fidel Castro rechazó que Cuba fue excluida de la negociación secreta.

⁵ Término acuñado por Nikita Jruschev para referirse a las relaciones que deberían mantener las superpotencias. La doctrina presuponía el convivio entre países socialistas y capitalistas y la renuncia a la guerra como instrumento de resolución de conflictos. Para los soviéticos, el periodo corresponde a 1955-1984.

PCs en este período, corrobora la incomprensión acerca de los objetivos estratégicos contrarrevolucionarios.

El PCU caracterizó el momento uruguayo como deterioro económico e institucional, impulsado por la derechización del gobierno. Señaló el carácter dependiente y agroexportador de la economía uruguaya, calificó el capitalismo uruguayo como “deforme”. Tal caracterización supone que él no seguía su curso natural. El partido afirmó la necesidad de desenvolver ampliamente las fuerzas productivas a través de la conquista de un gobierno democrático-nacional, de modo similar a las formulaciones del PCB ya analizadas. En ese sentido, en la resolución (p.90) se planteó ser necesario

un gran frente que agrupe a la mayoría de la población: la clase obrera, los campesinos, las grandes masas trabajadoras, la pequeña burguesía urbana, la intelectualidad, la burguesía nacional. La unidad de estas capas y clases en un gran bloque dirigido por la clase obrera en alianza con los campesinos es el Frente de Liberación Nacional

Según esta perspectiva, la revolución sería agraria y antiimperialista. El partido incluso polemizó con los trotskistas por el escepticismo que tenían en conquistar a la burguesía nacional. Esta caracterización de la revolución fue justificada por la interpretación del PCU sobre la Revolución Cubana, que desconsideraba que la isla tenía una burguesía nacional débil y dependiente, bien como el propio Estado, lo que posibilitó la ruptura de tipo socialista. Tampoco se admitió que quien lideró el proceso no fue el Partido Socialista Popular (PSP)⁶, ya que la revolución estalló a partir de las experiencias concretas de los revolucionarios, sin seguir a ningún esquema predeterminado (Fernandes, 2007).

El partido pensaba que se vivía un proceso de acumulación de fuerzas, pero que las oportunidades de cambiar la realidad llegarían si las tareas del periodo fueran resueltas. No obstante, el PCU se diferenció del PCB cuando afirmó que el proletariado debería dirigir el frente, aspecto central de la crítica de los uruguayos a los brasileños, como veremos en la próxima sección. El PCU evaluó que se aproximaba la transición del momento de acumulación de fuerzas para el periodo revolucionario, a pesar de no concebir tal revolución como socialista.

La línea aprobada debería ser seguida en los próximos cuatro años. Saltamos para 1964, punto en que empezamos el análisis de la revista Estudios. En la edición n°27, de enero, Carlos Arizaga escribió el artículo “Estados Unidos y los golpes militares en el continente”. El título

⁶ Equivalente al PC cubano prosoviético antes de la revolución

refuerza la caracterización de los golpes como conspiraciones castrenses dirigidas por los EEUU, tal cual también hacía el PCB. El autor (p.39) advirtió que

se ha deformado totalmente la misión de esos ejércitos: en lugar de eventuales defensores de la soberanía y el territorio nacional están encaminados al macartismo, a la represión interna y, en algunos casos, a la represión en países vecinos o a la pretendida acción multilateral

Persiste la idea de deformación, que presupone el alejamiento de una forma pura. Ese pensamiento buscaba adaptar la realidad a los modelos, y no lo contrario. Tal valoración positiva del ejército como institución se difiere de la perspectiva de Lenin (2004), quien lo consideraba el brazo armado de la clase dominante. Como el PCB, el PCU se mostraba idealista y optimista que las dictaduras tendrían vida corta.

2.4) El golpe de 1964 y la izquierda uruguaya

El PCU desconsideró la posibilidad de un golpe en un vecino que vivía días polarizados y tensos. El hecho también fue sorprendente para otros sectores de izquierda, optimistas sobre el proceso brasileño, bien como lo fue para la propia izquierda en el vecino. Por ejemplo, la edición de 20/03 de Marcha trajo en la portada una foto de Jango con la frase “El pueblo impone la revolución”. El artículo principal, de Julio Castro valoró la supuesta paz interna de Brasil y manifestó confianza en la correlación de fuerzas para que se aprobara a las Reformas de Base⁷, suponiendo que el pueblo y las FFAA apoyarían al presidente, quien tendría la oposición sólo del Legislativo. En la misma edición, la pregunta semanal también se refería a Brasil: “¿Es la actual política de Goulart un ejemplo para el Uruguay?” Casi todas las respuestas son afirmativas (Carlos M. Seoane, Glauco Segovia, Zelmar Michelini, Francisco Ubillos, José P. Cardoso), con excepción de Felipe Gil, quien no supo contestarla.

En la siguiente edición de Marcha, de 03/04, ya dos días después del golpe, nuevamente Brasil ganó la portada. El tono combinó lamento, solidaridad con el pueblo brasileño y esperanza de que la dictadura no se perpetuaría, pues Brasil “un día u otro, inevitablemente, se sacudirá con furia”. El artículo “Cuando los Generales Traicionan”, de Juan José López Silveira, si bien resalte el aspecto militar en el título, reprodujo las declaraciones de dos diputados brasileños que denunciaron la existencia de una conspiración empresarial articulada, tal cual sería comprobado por Dreifuss (1981). El autor reconstruyó los hechos y destacó la

⁷ Dichas reformas sociales propuestas por Goulart tenían carácter progresista, lo que generó fuerte reacción conservadora, en especial por la principal de ellas, la reforma agraria

complejidad del golpe, como una reacción a las medidas del presidente contra los terratenientes y los bancos. Sin embargo, también apostó en una rápida y decisiva respuesta popular.

La edición de 10/04 de *Marcha* nuevamente trajo el tema en la portada, con la frase “La derrota del Brasil”, seguida por una foto de Carlos Lacerda, gobernador de la Guanabara (ciudad de Río de Janeiro) y conspirador. La pregunta de la semana fue “¿por qué cayó Goulart?”. Destacamos la respuesta del general Oscar Gestido, quien dos años después sería electo presidente. Él contestó de modo ambiguo, cauteloso y tibio, que justificó por ser miembro del Consejo Nacional de Gobierno. Él defendió la necesidad de una mirada latinoamericana. Criticó a la derecha por egoísta, ciega y descalificó a los izquierdistas por profesionales y millonarios, pretendiendo cierta neutralidad. Sostuvo que América Latina estaría cansada de ser un campo de batalla de ideologías foráneas.

La expresión “foránea” es utilizada de un modo bastante habilidoso. Por un lado, fue opuesta a una retórica presuntamente latinoamericanista que podría dialogar con los lectores de una revista de izquierda. De igual modo, el general criticó tanto la izquierda como la derecha, buscando construirse como un político diferente. Sin embargo, la elección de tal palabra también remite a un nacionalismo conservador y anticomunista, que busca rescatar a lo que considera la verdadera orientalidad⁸, en oposición al comunismo, considerado extranjero porque sus ideólogos eran europeos. En un contexto de guerra fría, fue común a la derecha latinoamericana la práctica de alardear que la izquierda deseaba someter sus propios países al yugo soviético. Tal construcción parece aportar para la Doctrina de Seguridad Nacional, que empezó a ser más propagada justamente a partir de su futuro gobierno (1967).

Mientras *Marcha* obtenía informaciones de sus periodistas corresponsales en distintos países, Estudios se lo hacía a partir de los PCs aliados. En la edición n°29, de junio de 1964, dos artículos abordaron el golpe. En el primero, Arismendi se lo consideró un factor nuevo y negativo dentro de la correlación de fuerzas continental, pero alertó que la línea partidaria no debería ser alterada. Enseguida, polemizó (p.2): “era evidente que allí existían condiciones para aislar a los conspiradores, para enfrentarlos y aplastarlos en caso de que gobierno y pueblo se hubieran aprestado para ello”.

Arismendi fue asertivo sobre la posibilidad perdida de resistencia, sin que nombrara a quien pensaba que le tocaría organizarla, limitándose a utilizar la imprecisa palabra “pueblo”. Tal uso podría parecer un simple descuido si nos olvidamos de una tradición de los PCs: la

⁸ Sentimiento nacionalista uruguayo, que busca en el proceso de independencia la identidad nacional de la República Oriental de Uruguay. La palabra oriental se explica por el hecho de que el país se ubica en la margen derecha del río de la Plata.

autoproclama como vanguardia de la clase obrera. Es decir, dentro de la cosmovisión de Arismendi, tal tarea era del PCB. Sin embargo, hay que considerar otra tradición: evitar abrir fuego contra otros partidos hermanos, en nombre de la unidad del movimiento. Leibner (2011) también interpretó que se trataba de una crítica oculta al PCB, pues si había posibilidad de resistencia, él objetivamente fracasó. No obstante, Arismendi no opinó sobre cómo pensaría una eventual resistencia. El uso del término “apresado”, sugiere que él atribuyó la falla a un tema de tiempo. El secretario general también criticó la no resistencia de Jango y de los sectores patrióticos, por no haber encarado ciertas medidas, que supuestamente alterarían la correlación de fuerzas en las FFAA en favor de la democracia.

No debatiremos sobre las posibilidades o no de resistencia al golpe. Lo que nos interesa es verificar como se mantuvo la apuesta en el frente policlasista sin mucha argumentación. Por ejemplo, no se investigaba la correlación de fuerzas en los cuarteles. No obstante, Arismendi prestó atención a las divisiones internas castrenses y a la necesidad de no tratarlas como un bloque rígido. Empero, el partido sólo apostó en rupturas verticales, que esperaba surgieran del sentimiento espontáneo de patriotismo. No se consideraron las rupturas horizontales, por demandas concretas de los suboficiales y oficiales de bajos rangos. Se opuso el carácter patriótico y democrático de la revolución a las “corrompidas oligarquías antinacionales”. El autor se apropió de conceptos burgueses, como nación y patria, para apelar a sectores más amplios que la clase trabajadora, una construcción común a los PCs en los 60.

El PCU miró al golpe con preocupación, seguramente presionaría al Uruguay, representaba una provocación anticubana y atendía a los intereses del imperialismo estadounidense. Arismendi defendió la resistencia y movilización de masas dentro del frente de liberación nacional para “aislar” a las fuerzas reaccionarias. Esta palabra merece destaque pues es bastante repetida en muchos de los documentos del PCU y del PCB que analizamos. El plan de dividir la burguesía alejando a sus sectores más retrógrados obedece la lógica de convencimiento ideológico esencialmente retórico, a partir del anhelado sentimiento patriótico.

El *wishful thinking*⁹ prosiguió. En que pese reconoció el golpe como victoria imperialista, Arismendi matizó que el hecho no sería “un síntoma de vigor ni una muestra de la salud de la política imperial de EEUU en América Latina. El imperialismo yanqui paga por este éxito momentáneo” (Estudios, 29, p.7). El golpe sería una demostración de debilidad del imperialismo. Tal sentimiento reflejaba la fe que el PCU depositaba en la inexorabilidad del

⁹ Proyección de la realidad a partir del deseo

socialismo y en la URSS. Además, al adecuar la realidad a los deseos, el partido idealizó el rol de la burguesía nacional. Por ejemplo, entendía la Alianza para el Progreso como un intento de “corromper o entretener a ciertos sectores de la burguesía nacional” (p.9). En ambos casos se verifica el rol pasivo atribuido a esta clase, que carecería de voluntad propia.

El otro artículo, de Alfredo Aragona, se intitulaba “Brasil: nueva etapa en su inevitable proceso revolucionario”. La palabra “inevitable” mantiene la mirada determinista y optimista. El autor realizó un análisis prolijo sobre los sucesos en Brasil, pero atrapó el vecino en la fórmula “país dependiente del imperialismo y con supervivencias del latifundio semifeudal” (p.23). En algunos momentos, se acercó a un pensamiento más heterodoxo, cuando, por ejemplo, afirmó que el desarrollo capitalista había agudizado la explotación de los trabajadores y planteó una alianza obrero-campesina. No obstante, retrocedió e incluyó a la burguesía nacional. En seguida, criticó a Goulart y a esta clase por no haber adherido al frente de liberación nacional. Al fin, no se presentaron pistas sobre cualquier voluntad de estos sectores burgueses en adherir al proyecto frentista. ¿La contradicción de la burguesía nacional con el imperialismo sería suficiente para que ella aceptara ser dirigida por el proletariado?

El caso brasileño responde negativamente. Cuando el PCU criticaba la vacilación de la burguesía nacional, esperaba que ella actuara de modo revolucionario, como lo hicieron las burguesías europeas en los siglos XVIII y XIX, cuando la clase dominante todavía era la nobleza, y el capitalismo no se había consolidado. Tal expectativa desconsideró la coyuntura latinoamericana, en la cual el capitalismo ya se había consolidado como modo de producción hegemónico, con la burguesía como clase dominante, aunque subalterna y dependiente del imperialismo. Al fin, el autor concluyó (p.35) que:

para haber impedido el estallido del golpe el gobierno Goulart tendría que haber decidido resueltamente la formación de un ministerio nacionalista y democrático apoyado en un sólido Frente Popular. Y para esto, hubiera sido necesario que los sectores representativos de las fuerzas patrióticas hubieran presionado con más energía, decisión y tiempo para erradicar las últimas tendencias conciliatorias del presidente

De igual modo el PCU Aragona criticaba a Goulart y su carácter conciliador, relacionándolo a su origen burgués. El autor cuestionó la demora o falta de compromiso del presidente con un proyecto que superaba sus aspiraciones, como reformista burgués que era. La minoría democrática de la clase dominante tampoco tuvo energía y voluntad de resistir, pues prefería esperar por un nuevo reacomodo electoral, que evaluaban que ocurriría pronto. El propio Jango no imaginaba la larga duración de la dictadura. Se exiliaría en el Uruguay, después en Argentina. Dos años después del golpe construiría un frente amplio en defensa de la

democracia con JK y Carlos Lacerda, que ni se popularizó ni frenó la dictadura. Incluso, los tres fallecerían en 1976, en un intervalo de nueve meses, en circunstancias sospechosas, que alimentan especulaciones de haber sido asesinados por el Plan Condor (Cony y Lee, 2003).

El fracaso del proceso brasileño presionó al PCU a quien se le planteó dilemas de difícil solución. Criticar la falta de energía de Goulart no resulta difícil, pero ¿cómo proceder con relación al PCB? Cuestionar abiertamente el partido hermano iría contra la moral y la tradición comunista. En contrapartida, omitirse completamente podría abrir espacio para cuestionamientos más profundos desde la base. La fórmula encontrada por Aragona (Estudios 29, p.36) fue similar a la de Arismendi: una crítica sutil, al conjunto del movimiento, sin mención al PCB

El golpe pudo haber sido enfrentado, y aun vencido, si las organizaciones obreras y populares hubieran estado en condiciones de tomar la contraofensiva apoyadas además como lo estaban, en algunos sectores de las fuerzas armadas

El artículo terminó muy triunfalista, al afirmar que Brasil vivía un proceso revolucionario, que la dictadura tendría vida corta y que se debía tener profunda fe en las masas. En el segundo semestre de 1964 ya había más elementos sobre el golpe y los planes de la dictadura. El PCB se encontraba bastante cuestionado en la izquierda brasileña y resultaba difícil su defensa. La revista Estudios n°30, escrita en julio y agosto, fue encabezada por un artículo de Arismendi con gran destaque al proceso en el vecino. Al analizar a las amenazas golpistas en el Uruguay, el secretario general afirmó la importancia de la independencia política de la clase trabajadora, el talón de Aquiles del PCB. Para Arismendi (p.2)

las fuerzas de vanguardia no deben jamás delegar esa iniciativa en otras clases sociales, en otros grupos políticos, y menos aún en la tesitura de un gobierno corroído por contradicciones insanables, de extrema debilidad, y con una mínima voluntad combativa

Aquí notamos un cambio importante en el análisis. Al contrario de los dos artículos anteriores, ahora se evaluaba que las tendencias conciliatorias del gobierno ya no podrían más haber sido erradicadas por insanables. Este cambio de análisis se distanció de la perspectiva del PCB, que apostó bastante en la capacidad contrainsurgente del gobierno. Como en Brasil, se buscaba constituir una plataforma de reivindicaciones económicas y políticas, pero que estuviera bajo la hegemonía del proletariado. Arismendi seguía argumentando la táctica frentista oponiéndola a lo que consideraba infantilismo fraseologista y seudorevolucionario de izquierda, una crítica a organizaciones más radicalizadas.

El golpe en Brasil afectó bastante el PCU por distintas razones. Era percibido como una respuesta de las fuerzas reaccionarias a la Revolución Cubana, con el adicional de haber ocurrido en el país más populoso de la región. El golpe aumentó las presiones reaccionarias internas y externas sobre el Uruguay. Por lo tanto, se volvía cada vez más difícil ocultar el fracaso de la política del PCB delante del resto de la izquierda. Aunque sin mencionar el aliado partido, Arismendi subió el tono de la crítica: “el triunfo del enemigo sin lucha sería significa un factor de desmoralización, que hará luego muy dura la labor política de una vanguardia no sólo golpeada sino afectada en su prestigio” (p.8). Eso empujaba el PCU hacia una postura más activa. Si bien seguía caracterizando el momento como de acumulación de fuerzas, planteaba la necesidad de acelerarlo y estar preparado para desenvolver distintas formas de lucha.

2.5) Hacia una política de cuadros y de masas

La caracterización del PCU como partido de cuadros y masas imponía un desafío: pensar simultáneamente dos tipos de política, a veces opuestas. Los cuadros (la vanguardia) son individuos más críticos, con más iniciativa, cuestionamientos y demandas más complejas. Suelen leer materiales de otras corrientes políticas y tener una mirada más internacionalista y de largo plazo. Justo por eso, hay en la izquierda la tradición de disputar la vanguardia de otras corrientes, pues estos individuos son más persuasivos, experimentados, disciplinados y organizados, lo que los capacita a “ganar” más personas para sus organizaciones. Pero a su vez, históricamente, las grandes masas, buscan consignas simples y directas, que resuelvan sus demandas más inmediatas rápidamente. El caso más estudiado en la izquierda sigue la Revolución Rusa de 1917, que inmortalizó el slogan “pan, paz y tierra”. Estas simples palabras movilizaron las masas hacia la revolución.

2.5.1) La vanguardia y el aparato armado

En el periodo que investigamos, el PCU disputaba la vanguardia con distintas organizaciones, como el Partido Socialista (PS), el MLN-T, el Movimiento Revolucionario Oriental (MRO), pequeños grupos trotskistas, anarquistas, y la Tendencia Combativa. En este momento, nos interesa particularmente el MLN-T, pues el grupo se formaba reivindicando la Revolución Cubana y de modo crítico a los PCs prosoviéticos, a quienes consideraban reformistas y traidores. Los tupamaros eran un grupo pequeño y con peso principalmente en la clase media. Conquistarían la simpatía de importantes intelectuales, como Mario Benedetti y Eduardo Galeano, pero no tenían una inserción sindical para nada comparable al PCU. Los “tupas” tenían una política insurreccional, de defensa de la lucha armada y de total escepticismo

con relación al régimen vigente. Por lo tanto, desalentaban cualquier posibilidad de lucha legal. Fue justamente en el segundo semestre de 1964, que hicieron su primera aparición pública, en una convención universitaria. Distribuyeron volantes con la explosiva frase “Tupamaros no transamos” (TNT), una crítica directa al PCU y su tradición de negociación dentro del régimen (Markarian, 2012).

Si bien sólo en 1968 los tupas se tornarían más conocidos, ya en la segunda mitad de 1964 crecieron en la vanguardia corrientes insurreccionales, que no disputaban codo a codo con el PCU, pero tensionaban su vanguardia con una línea combativa y una estética novedosa. El partido necesitaba contrarrestar esa presión y dialogar con los grupos juveniles más radicalizados, aproximándolos de la Unión de las Juventudes Comunistas (UJC). La respuesta fue la creación de un aparato armado. Por secreto e ilegal no es mencionado en Estudios, pero la historiografía sabe de su existencia. Para Leibner (2011) el golpe en Brasil y las amenazas golpistas en Uruguay afectaron el PCU, y el aparato armado sería una respuesta a la nueva izquierda, aunque no sólo eso. Sin embargo, el PCU pensaba su nuevo aparato en términos defensivos, específicamente de resistencia en caso de un golpe de Estado. Turiansky (2010) relató que sólo el CC y algunas personas sabían de su existencia. El aparato jamás fue utilizado. J. Martínez (2003), opinó que jamás sabríamos si en el caso que se hubiera optado por usarlo si se llevaría a un baño de sangre o a la toma del poder. No obstante, las pistas dejadas y el hecho de jamás haber sido accionado nos aproximan de la idea que el aparato surgió a partir de presiones, pero nunca se tornó central para la estrategia del partido.

Tal vez justo porque nunca fue usado, predomina en la historiografía una perspectiva que defiende la línea del PCU y su compromiso con la democracia contra los ataques de sectores de extrema-derecha, que legitiman o matizan la dictadura con base a la llamada “teoría” de los dos demonios, que equipara la violencia de las dictaduras a la de las guerrillas en los 60 y 70. Con eso, se encuentra un justificativo moral y político para el terrorismo de Estado y su lógica contrarrevolucionaria preventiva. Tal formulación carece de valor académico, pero sigue siendo repetida en la actualidad en discursos de líderes de extrema derecha, como Guido Manini Ríos. En el Uruguay el blanco elegido fue el MLN-T.

Tal perspectiva no se sostiene porque ninguna organización de izquierda logró combinar política insurreccional e inserción de masas. Además, se sabe que el proceso de escalada autoritaria empezó dentro de los marcos legales, con un notable crecimiento de las Medidas de Pronta Seguridad (MPS) a partir de fines de los cincuenta. En términos estructurales, nos parece que la principal carta de triunfo de la izquierda uruguaya era su fuerte y unificado sindicalismo,

pero en lo cual predominaba una línea reformista. Es decir, exagerar el poder de la guerrilla, que jamás estuvo próxima de tomar el poder, sirve a la creación de un “chivo expiatorio” utilizado para conquistar el apoyo de sectores más conservadores que tienen conflictos morales con el uso de la violencia. La guerrilla era un blanco más fácil de ser atacado que el tradicional, masivo y legal sindicalismo uruguayo.

Notamos que se mantiene la preocupación en polarizar con quienes ya se ven derrotados en la cátedra, aunque socialmente crezcan. Esta polarización defensiva, acaba por respaldar el régimen democrático burgués de los 60, que ya se deterioraba. Muchos autores valoran el compromiso del PCU con las reglas del juego. Leibner (2011, pp. 479-480, destaque propio), por ejemplo, no oculta su posición

por un lado, un reconocimiento formal que las vías más probables de la revolución en América Latina incluirían la lucha armada y por el otro, una posición **sensata** que aconsejaba utilizar y defender las libertades democráticas en el Uruguay

Yaffé (2018, p.218, destaque propio) coincide y opone el legalismo del PCU al PS

Al igual que el Partido Socialista (PS) en el mismo periodo, la ideología marxista-leninista llevó al PCU hacia una postura crítica de la democracia liberal como régimen político. Sin embargo, en contraste con los socialistas, los comunistas exhibieron un comportamiento **leal**

El ACD nos ayuda a reflexionar sobre el significado del adjetivo *leal*. Empezando por el significado lingüístico, la palabra expresa la idea de fidelidad a algo (RAE, 2014), un valor fuerte. El contexto de utilización del término remite a 2018, el penúltimo del llamado periodo progresista en el Uruguay, cuando buena parte de la intelectualidad valoraba la democracia existente. No obstante, en los 60, la situación era diferente: era mucho más cuestionable el carácter democrático del régimen. Son debatibles las ventajas de la lealtad a las reglas del juego. Desde una perspectiva marxista, defender la democracia burguesa y sus instituciones parece un tema más táctico y coyuntural que estratégico y ético. El concepto de lealtad de un partido político remite a Linz (1991). A partir de una perspectiva liberal y anticomunista, este autor defendió las reglas de juego y agrupó en la misma bolsa de gatos tradiciones completamente distintas como anarquistas, comunistas, nacionalistas separatistas y fascistas, reduciendo todos a extremistas. Equiparó también las aspiraciones revolucionarias a las golpistas. Además, al elegir el criterio del uso de la violencia para clasificar a un partido, no problematizó si la violencia proviene de grupos opresores u oprimidos.

Garcé (2014) también escribió sobre el aparato, relacionó su formación al golpe en Brasil y aclaró que la iniciativa no se pretendía una estructura pronta para un largo enfrentamiento militar. Al contrario, serviría para una coyuntura específica, necesariamente breve. Además de la función defensiva, su efectividad dependería de la captación de una parte del ejército para la revolución. Aunque limitada, la iniciativa del PCU para la vanguardia demostraba un buen nivel de preparación, organización y de iniciativa, principalmente si comparado a otros PCs latinoamericanos. En un primer momento la tragedia brasileña y las presiones golpistas en el Uruguay lanzaron el partido hacia una línea más combativa. Eso también ocurrió en su política de masas.

2.5.2) Las masas y la respuesta sindical

El golpe no fue únicamente en Brasil en 1964. Bolivia lo sufrió en noviembre, cuando la derecha derrumbó el gobierno nacionalista de Paz Estenssoro, en un contexto de radicalización del movimiento obrero y minero. En Uruguay, son poco conocidos y estudiados algunos intentos fallidos. La escalada golpista fue parte de una articulada estrategia contrarrevolucionaria preventiva por parte de una derecha militante, con miembros civiles y militares. El sindicalismo fue uno de los principales blancos: muchos de sus miembros fueron tildados de desleales, acusados de ser fuertemente influenciados por ideas foráneas y llamados de agitadores profesionales (Broquetas, 2014).

El primer intento golpista de 1964 en Uruguay ocurrió en enero, en Treinta y Tres. La Operación Sorpresa, deseaba apresar y enjuiciar a los miembros del Ejecutivo y del Legislativo, realizando una reforma constitucional que agrandaría los poderes del Ejecutivo e ilegalizaría a los comunistas. Fracasó antes de salir del papel y no recibió apoyo decisivo interno ni externo, ya que los EEUU evaluaban que no había golpistas aceptables en el Uruguay (Aldrichi, 2012). Sin embargo, algunos elementos se fortalecerían rápidamente, como el anticomunismo, la búsqueda por agrandar el Ejecutivo y el combate al sindicalismo. Este espíritu autoritario y centralizador inspiraría la reforma constitucional de dos años después. Salta a los ojos la inquietud de ciertos sectores de la ultraderecha acerca del gobierno, a quien consideraban demasiado permisivo, pese a ser conservador. Por ejemplo, las relaciones con Cuba todavía no habían sido rotas, sólo lo serían en setiembre. Parte de los golpistas no esperaron la bendición de los EEUU para actuar, aunque de modo desordenado y anecdótico. El episodio refuerza la necesidad de pensar una Guerra Fría latinoamericana, que cuestione la reducción de los conservadores de la región a meros títeres.

No hay mención al episodio en Estudios, tal vez por su poca repercusión. En junio hubo otro intento, este abordado en la edición N°30. Diferentemente de la anterior, muy quijotesca, ahora la articulación presionaba directamente el gobierno. Delante de la promesa de una fuerte huelga del funcionariado público, el jefe de policía de Montevideo exigió al Consejo de Gobierno que nombrara ministro de la Defensa Nacional a un general retirado, lo que fue rechazado. Circularon rumores de un golpe de derecha, que no se concretó. Si comparamos los dos episodios, notamos cierta evolución táctica. Mientras en enero se buscaba derribar a los poderes constituidos, ahora la conspiración incluía a miembros del gobierno, una muestra más clásica de golpe de Estado (Bobbio, 2007) Similar articulación ocurrió en el 1964 brasileño, apoyado por sectores mayoritarios del Legislativo, de las FFAA y por ministros militares. Asimismo, eso ocurrió en el golpe de 1973 en Uruguay, encabezado por el propio presidente de turno, Juan María Bordaberry, también con apoyo militar y parlamentario.

En cinco meses el golpismo se sofisticó, alentado por la experiencia brasileña, como imaginaba el propio Arismendi. Lo que tal vez no tenía en cuenta es que la dictadura vecina iba a intervenir en los asuntos uruguayos de un modo aún más agresivo que los propios EEUU. Los documentos expuestos por Aldrighi (2012) revelan que esta dictadura apoyó el golpismo en Uruguay pronto después de tomar el poder en Brasil, y se basaba en el principio de las fronteras ideológicas¹⁰. La superpotencia, por su vez, todavía prefería doblegar el Uruguay a partir del dominio económico y de la concertación entre los partidos tradicionales. La autora destaca el 1964 como punto de cesura en la historia de las relaciones exteriores uruguayas y que a partir de ahí el país sufriría diversos intentos de golpe de Estado. Es más, relaciona la ruptura de relaciones diplomáticas con Cuba a la presión brasileña.

No en balde, el sindicalismo y el movimiento estudiantil respondieron tanto al golpe en Brasil como al intento de junio, lo que comprueba el internacionalismo de la izquierda uruguaya. Arismendi (Estudios N°30, p.2) se lo describió:

En resonante acto – que se transmitió por radio a todo el país – y desde la tribuna parlamentaria, el F.I. de L. alertó al pueblo llamándolo a enfrentar el golpe por todos los medios. En menos de una semana se efectuaron centenares de asambleas de obreros, empleados, maestros, profesores y estudiantes. Estas se fueron pronunciando por sus reivindicaciones específicas, por una plataforma de postulados económicos y sociales de carácter general y en defensa de las libertades democráticas. Al grito de “¡Soluciones, sí, golpes, no!” las asambleas de los trabajadores y estudiantes votaron de pie, clamorosamente, resoluciones de lucha – en todos los terrenos a su alcance –

¹⁰ Este concepto relativizaba las fronteras geográficas en nombre del capitalismo y del sistema interamericano. El propio canciller brasileño usaba el supuesto peligro comunista como justificativa para la violación de la soberanía de otro país. Para más informaciones, consultar Aldrighi, 2012, p. LXXX

contra un posible golpe gorila. Días después, una gran manifestación y una huelga general por 24 horas que abarcó a medio millón de personas, ofrecieron el espectáculo formidable de la combatividad de los trabajadores y estudiantes y de su aguzada sensibilidad política

La fuerte respuesta confirma la gran capacidad de movilización y resistencia popular. Sobre el sindicalismo, si los datos brindados por Arismendi están correctos, el medio millón de personas que adhirió a la huelga, en 1964 representaba casi el 19% de la población uruguaya (Datosmacro, 2020). En el mismo año, el multitudinario mitin de la Central do Brasil en defensa de las Reformas de Base de Goulart reunió doscientas mil personas, sólo el 40% de la huelga uruguaya. Se podría matizar que asistir a un mitin es más difícil y demandante que simplemente no ir a trabajar, pero los números no dejan de impresionar, pues la población de la ciudad de Río de Janeiro a la época era de aproximadamente 3.74 millones (IBGE, 1960), es decir, la asistencia al mitin fue de unos 5%, casi cuatro veces menos, y en un momento mucho más polarizado.

Más que numérica, la victoria política de la clase trabajadora también significó un salto cualitativo, por la búsqueda por un proyecto contrahegemónico, con soluciones concretas. La plataforma de lucha se gestó con un rápido proceso de unificación sindical alrededor de la CNT, compuesta por diversas corrientes. La relación del PCU con los otros sectores de izquierda fue bastante contradictoria. Por un lado, el partido siempre defendió la idea de unidad de la izquierda y de un frente de liberación nacional, por otro, constantemente descalificó a sus adversarios con posiciones más radicalizadas, tildándolos de seudorrevolucionarios. De todo modo, no se puede negar la participación fundamental del partido en los sucesos de junio por su fuerte influencia en el sindicalismo y en el movimiento estudiantil.

2.6) La fuerza del proletariado uruguayo

Algunas consideraciones geográficas ilustran la magnitud de la movilización. En primer lugar, se debe considerar la creciente concentración demográfica en Montevideo, que saltó del 29,7% en 1908 para 43,4% en 1957. La población montevideana creció a lo largo del siglo XX, en términos relativos (al menos hasta comienzos de los 60) y absolutos (Porrini, 2005), un cuadro de macrocefalia urbana jamás revertido. Los datos nos permiten matizar interpretaciones que exageran los límites de la acción del PCU por su escasa fuerza en el agro. Leibner (2011), atribuye el éxito del golpismo en 1973 al “coro que faltó al concierto”, el campesinado. A pesar de la diferencia entre la presencia del partido en la capital y en el interior,

no hay elementos que confirmen esta demasiada importancia política y social del agro, cuya producción estaba estancada desde 1930. Asimismo, el sector ganadero dependía de los capitales, transportes y puerto de Montevideo (IEcon, 1972). Más allá de la concentración económica, la capital concentraba los servicios y la producción de conocimiento científico, afirmándose así el espacio privilegiado de disputa del poder.

Un desafío que nos parece más importante y continua escasamente problematizado es la pequeña participación de las mujeres en la fuerza de trabajo. Del 17% en 1908, alcanzó menos del 21% en 1954 (Porrini, 2005). La clase trabajadora uruguaya seguía con fuerte predominio masculino, lo que revela una sociedad todavía bastante patriarcal y desigual. No tenemos elementos ni posibilidad de profundizar sobre este tema tan rico, importante y complejo, pero nos toca destacar este nudo histórico. Nos parece razonable suponer que la subrepresentación femenina en la clase trabajadora y el machismo estructural dificultaron la acción de masas del PCU, que tenía una escasa representación femenina. Por ejemplo, Verónica Valdivia (2010) explicó como la dictadura pinochetista utilizó de esa desigualdad, presente en la propia izquierda, para instrumentalizar las mujeres hacia su política neoliberal.

La clase trabajadora uruguaya tuvo sus principales conquistas económicas en los cuarenta. No obstante, eso ocurrió bajo la tutela de un Estado benefactor y regulador, que permitía la conquista de derechos sociales hasta ciertos límites al paso que tutelaba y disciplinaba a la clase trabajadora (Porrini, 2005). Diferentes gobiernos latinoamericanos de conciliación de clases tomaron medidas parecidas en el mismo periodo histórico, como Vargas en Brasil, Perón en Argentina y Cárdenas en México.

En el Uruguay, el principal instrumento de esa política fue la creación del Consejo de Salarios, durante el gobierno de Alfredo Baldomir (1938-1943). La medida fue aprobada por el PCU, lo que ilustra que el partido constituía la columna vertebral del movimiento sindical. El sindicalismo acumulaba una larga tradición de luchas, en especial de fuertes huelgas, aunque bajo el predominio de la negociación por conquistas inmediatas, dentro de un marco reformista. De todo modo, el movimiento era heterogéneo y con un fuerte debate ideológico, una señal de vitalidad (Ídem). El panorama de un sindicalismo combativo, pero hegemonizado por una concepción reformista remite a las reflexiones realizadas por Rosa Luxemburgo (1970) y Thompson (2004) que traemos en el primer capítulo. Ambos cuestionaron la caracterización de la clase trabajadora como naturalmente revolucionaria.

Delante de la agudización de la lucha de clases, se imponía la necesidad de unificación sindical. Entre fines de junio y setiembre de 1964 se fue conformando la CNT, como organismo permanente de coordinación y de lucha. En agosto se aprobó una plataforma reivindicativa y en setiembre su Mesa Representativa, que culminaría en el Congreso del Pueblo, tema del próximo capítulo. En la CNT fue aprobado un formato de convención, que permitía bastante libertad para los diferentes sindicatos en la toma de decisiones. Para Héctor Rodríguez, que se tornaría el principal nombre de la tendencia combativa (oposición de izquierda a la dirección mayoritaria), la CNT surgía desde una construcción masiva y de la base, movida por las demandas concretas de la coyuntura; no nacía arraigada en la experiencia anterior, o sea, traía aspectos novedosos (Demasi, 2006).

La resolución más concreta y conocida del sindicalismo fue la de una huelga general por tiempo indeterminado en caso de un golpe gorila en Uruguay, aprobada justo después del caso brasileño. Eso respaldaría a la famosa huelga general de 1973. El movimiento sindical uruguayo se mostró alerta y con disposición de lucha contra las amenazas golpistas. Su línea estaba en construcción y el PCU era la principal fuerza política. Le tocaría probarse la vanguardia del movimiento, como se reivindicaba. La resolución aprobada ilustra el internacionalismo de la clase trabajadora, atenta a lo que ocurría en la región, no como mera espectadora, sino de modo activo, tratando de comprender los impactos de esos fenómenos en su vida. Otro ejemplo en 1964 fue la ruptura diplomática con Cuba. El episodio provocó amplias discusiones en distintos sectores de la sociedad, más allá de la izquierda. El tema dividía los dos partidos tradicionales. En mayo, cuando Fidel Castro visitó el Uruguay, cerca de 40.000 personas asistieron a una manifestación, que fue duramente reprimida por la policía. Solidarios a Cuba, los manifestantes marcharon hacia lugares relacionados a los EEUU y a Brasil, por comprender el rol de gendarme de la dictadura vecina (García y Girona, 2020).

3) El Plata entre un golpe gorila y la ilusión democrática

En este capítulo destacamos los años 1965 y 1966 como un período de transición en la región del Río de la Plata e investigamos como eso afectó al PCU. Empezamos con la crisis económica, que avanzaba a pasos largos en Uruguay. En seguida, analizamos el Congreso del Pueblo como la principal respuesta de masas, en la cual el partido cumplió un rol fundamental. Después nos detenemos sobre como el partido se apropió de la plataforma aprobada en el congreso, convirtiéndola en programa electoral. Seguimos con un panorama sobre las elecciones de 1966, las distintas reformas propuestas, los resultados y el balance partidario. Por último, cruzamos el Plata para investigar el golpe de Estado en Argentina como otro suceso contrarrevolucionario. De modo análogo al capítulo anterior, traemos la interpretación del PCA e investigamos de qué modo influyó el PCU.

3.1) La crisis sistémica

Abrimos este capítulo con el tema más debatido en la Estudios en el segundo semestre de 1964 y a lo largo del 1965. No restaban dudas acerca de la existencia de una fuerte crisis económica, aunque no hubiera consenso ni sobre sus orígenes ni sobre el modo de resolverla. El gobierno del PN atendía al agronegocio, su principal base social, y devaluaba el peso para proteger a las exportaciones. Sin embargo, tal medida no era acompañada ni por la expansión de la oferta ni por más inversiones tecnológicas. Por ende, la devaluación monetaria traía la inflación como efecto secundario. Ella atacaba principalmente a los trabajadores, pues los precios se ajustaban más rápidamente que los salarios. Más allá de la pérdida del poder de compra, el proletariado sufría con la carestía y el desempleo. Se iniciaba un proceso de emigración masiva, algo que llamaba bastante atención principalmente en un país acostumbrado a recibir inmigrantes (Markarian, 2012).

Vinculado a su construcción de una revolución democrática, policlasista, agraria y antimperialista, el PCU se apoyaba en las soluciones desarrollistas propuestas por la CEPAL, como típico PC latinoamericano. El hecho que este organismo era parte de la ONU podría ser utilizado como argumento de autoridad delante de sectores más amplios que la clase trabajadora. La mirada cepalina, de inspiración keynesiana, entendía las políticas anticíclicas como capaces de resolver la crisis, por el estímulo a la demanda agregada, situación inspirada en la postcrisis de 1929. Este tipo de política económica, utilizada por distintos gobiernos burgueses, jamás buscó un porvenir socialista; al contrario, sirvió para salvar el capitalismo.

El componente político de la crisis se agudizaba por la impopularidad del gobierno colegiado y la muerte de muchos políticos tradicionales en el periodo, como Luis Alberto Herrera en 1959 el expresidente Luis Batlle Berres, en julio 1964. Tan importante como el cargo que ocupó era su primer apellido, tal vez el más importante de la historia contemporánea del Uruguay. Su gobierno (1947-1951) representó el punto álgido del neobatllismo y produjo una memoria positiva en la clase trabajadora y el PCU (Porrini, 2005), pues rescató cierta tradición batllista de Estado benefactor, inspirado en la socialdemocracia europea. Tal modelo de conciliación de clases fue respaldado por un expresivo crecimiento económico, que incluía a los trabajadores en la sociedad de consumo, permitiendo la conquista de derechos, pero actuando como freno a perspectivas revolucionarias. La combinación entre un gobierno impopular y la muerte de antiguos líderes traía incertidumbre para la burguesía y erosionaba la partidocracia.

La crisis también era sociocultural, pues la constante caída del salario real, el aumento del desempleo y de la dependencia empobrecían el país, que se percibía más latinoamericano. Todo había cambiado rápido. En los tempranos 50, se diseminaba una autopercepción optimista, por distintos factores. La sociedad uruguaya presentaba algunas características similares a Europa, como buena escolaridad, poca desigualdad social y altos salarios para los estándares latinoamericanos. Culturalmente, el país se proyectó al mundo tras la conquista del mundial de fútbol de 1950. Todo eso contribuyó para que se difundiera el sentimiento de “como el Uruguay no hay”, cuestionado en los 60 tras la profundización de la crisis. Como respuesta, crecían las movilizaciones sociales, cuya expresión más importante fue el Congreso del Pueblo.

En la edición N°31 de Estudios, de octubre 1964, Arismendi afirmó el carácter estructural de la crisis, por el descenso de la producción industrial uruguaya y estancamiento de la industria latinoamericana desde 1963. Es importante acordar la histórica interdependencia entre el desarrollo industrial uruguayo y su principal producto de exportación, la carne vacuna. Es decir, la producción ganadera depende de los frigoríficos, de la producción de insumos agrícolas y del transporte de carne y otros productos finales hacia Montevideo, principalmente, para la exportación. La pradera, el puerto y la frontera son tres importantes elementos de la economía uruguaya y su inserción en el capitalismo mundial (Reyes, 1966). En gran medida, estos espacios geográficos marcan la identidad nacional: un país pequeño, rioplatense y atlántico, rodeado por los gigantes Brasil y Argentina, con un suelo perfecto para la ganadería.

En la misma edición, Jaime Pérez afirmó la necesidad de crear la fuerza social de la revolución uruguaya para llegar a un periodo revolucionario. El partido comprendió que la crisis podría generar las condiciones necesarias. Pérez señaló el aumento del endeudamiento,

la sangría del oro, la devaluación del peso, la caída del producto interno real, el estancamiento y retroceso de la agropecuaria, y el monopolio de la tierra como señales de la gravedad de la crisis. Asimismo, el autor denunció el impacto de esos factores en la vida de los trabajadores, como la carestía y el aumento de índices como inflación, desempleo, pauperización, miseria, desigualdad, delincuencia, informalización y precio de las viviendas. Todo el pernicioso proceso promovía el aumento de las ganancias y de la participación de la banca privada, principalmente extranjera, acompañada por la descapitalización del Banco de la República Oriental de Uruguay (BROU).

El autor constató la alianza entre capital financiero, latifundio y empresariado: se la consideró el verdadero rostro del capitalismo. En la actualidad la conclusión parece obvia. Sin embargo, su contexto de producción sugiere cierto cambio de perspectiva del PCU sobre el capitalismo uruguayo, aunque el discurso partidario nunca se lo admita. En lugar del maniqueísmo común a los PCs latinoamericanos que oponía sectores “patrióticos” de la burguesía a otros “vendepatrias”, el autor observó la unión de ellos alrededor de un proyecto que se alejaba del neobatllismo y buscaba aumentar la explotación de la clase trabajadora para garantizar las ganancias, similar a lo que Marini (1991) propondría años después.

Políticamente, Pérez criticó la falta de iniciativa de la oposición batllista, de modo similar a las críticas direccionadas a Goulart vistas en el capítulo anterior. Por un lado, observamos la permanencia de la expectativa de redención del batllismo, fuerza históricamente aliada. Por otro, la percepción de la inercia de los supuestos aliados podría abrir espacio para el cuestionamiento de sus proyectos. No obstante, el autor no conectó la infraestructura y la superestructura, o sea, lo económico y lo político. Es decir, si la oposición batllista, era la representación política de los sectores de la burguesía nacional que el partido consideraba progresistas y ella se encontraba inerte, ¿por qué esperar otro comportamiento de sus representados? Tal actitud del batllismo no corroboraba el carácter supuestamente progresista que se venía atribuyendo.

El año 1964 trajo muchos cambios en la correlación de fuerzas regional. La propia realidad uruguaya también se alteraba rápidamente. El sindicalismo se unificaba y avanzaba, lo que expresaba también el crecimiento cuantitativo y cualitativo de la clase trabajadora. De acuerdo con Pérez, había una concentración proletaria muy elevada en Montevideo, de 260 mil, en una población de 1,2 millón. Los datos que presentamos en la sección 2.6 presentaron el Uruguay como un país de población relativamente estable ya en los sesenta, lo que conceptualmente corresponde a un promedio de 2,1 hijos por pareja. En la misma sesión, también verificamos que en 1954 las mujeres eran el 21% del proletariado. Si cruzamos los

datos con las informaciones cotejadas por Pérez, concluimos que las familias proletarias sobrepasaban el rubro de 800.000 personas. Si los números del autor están correctos, confirman la fuerza del proletariado capitalino y su potencial capacidad de lucha.

En la edición N°32 de Estudios Leonel Linoil analizó la crisis de modo más próximo a la CEPAL, sin muchas innovaciones. Criticó el monetarismo del gobierno y la dilapidación de las reservas de oro, pero concluyó que la crisis era nacional y causada por la “incompatibilidad del régimen latifundista con el desarrollo y progreso nacionales” (p.55) La mirada cepalina prosiguió la edición N°35. Eduardo Viera destacó (p.5) la hipertrofia del sector bancario privado. Mirando el capitalismo de los países centrales, afirmó que

la tendencia con el desarrollo del capitalismo es el decrecimiento de la tasa de interés. Pero no es eso precisamente lo que ha sucedido en el Uruguay en los últimos años, en que los bancos, saltando por encima de la ley y a través de supuestas “comisiones” llegan hasta cobrar el 40% y más aún las financieras a ellos subordinadas. La usura es una forma precapitalista incrustada en el desarrollo deforme del capitalismo en Uruguay

El autor identificó el fortalecimiento del sector más transnacional, dinámico, pero improductivo de la economía: la banca. La formación de monopolios, que obtienen ganancias arriba de la plusvalía es especialmente común en países de economía débil y dependiente, en donde no hay suficiente capital nacional acumulado para competir con las corporaciones transnacionales. Sin embargo, consideró “precapitalista” el sector más fuerte de la economía en términos de generación, acumulación y circulación de capital. Una vez más, se recurrió a la expresión “capitalismo deforme” para explicar el rumbo diferente de las economías centrales.

En la misma edición, Nico Schvarz comparó la actuación parlamentaria del F.I. de L. con la de los partidos tradicionales respecto a la crisis bancaria. La bancada fidelista propuso la nacionalización de la banca privada, defendió a los bancarios y demás trabajadores, propuso la creación de un banco estatal para fomentar la industria y los pequeños productores rurales. La bancada afirmó la necesidad de romper con el Fondo Monetario Internacional (FMI), de declarar la moratoria de la deuda, de controlar efectivamente el comercio exterior y promover el intercambio con todos los países. El programa defendido planteaba una solución keynesiana, que buscaba acercarse a los sectores de la burguesía nacional considerados aliados. No obstante, sus principales representantes, las listas 15 y 99 del Partido Colorado, poco acompañaron el programa propuesto. El autor admitió la capitulación de estos sectores frente al gobierno blanco.

La CEPAL consideraba América Latina una región retrasada y poco desarrollada, así, proponía la industrialización por sustitución de importaciones. Economistas como Raúl

Prebitsch y Celso Furtado centraban sus análisis en lo que llamaban “deterioro de los términos de intercambio”. En esa perspectiva, el retraso sería consecuencia de la devaluación de las materias primas con relación a los productos industrializados a lo largo plazo. Así que economías exportadoras de *commodities*, como las latinoamericanas, aumentarían el déficit en la balanza comercial, generando aún más endeudamiento y dependencia. Si bien la devaluación monetaria tornaba sus productos más competitivos, esto traía amargos efectos secundarios, como el aumento de la deuda (en dólares) y de las presiones del capitalismo financiero internacional. El FMI y el Banco Mundial demandaban medidas impopulares para salvar los acreedores. Para la CEPAL la industrialización podría romper con la dependencia.

El PCU mantenía la apuesta en esta perspectiva desarrollista, lo que explica la caracterización del capitalismo nacional como “deforme” y de los grandes productores rurales como retrógrados y precapitalistas. Se mantenía el uso y el abuso de la expresión “resabios feudales” para explicar el agro uruguayo, que ya problematizamos anteriormente. Justo en este periodo, académicos del IEcon realizaban una investigación que culminaría en 1969 en el PEU. Tras un prolijo análisis histórico, constataron el carácter estructural de la crisis. Sin embargo, se alejaron del desarrollismo e inauguraron la tradición dependentista en Uruguay.

Los autores del PEU observaron que en 1930 empezó el estancamiento agropecuario y el desplazamiento del eje económico hacia la industria. Sin embargo, esta seguía conectada con la ganadería, debido a la formación de un complejo agroindustrial de fuerte influencia del capital financiero internacional. Por ende, en lugar de romper con la dependencia, la industrialización se la profundizó (FCEA, 2019). Al contrario del partido, los investigadores afirmaron el carácter capitalista del agro uruguayo, basado en la ley de la oferta y demanda para la toma de decisiones. Tal constatación surgió del análisis sobre la posibilidad de uso de praderas artificiales. Su rechazo no ocurrió por ignorancia e irracionalidad de los grandes productores rurales, sino por la comprobada baja rentabilidad y los altos riesgos de la medida. Al contrario de la CEPAL, el PEU rechazó la posibilidad de superar la dependencia dentro del capitalismo.

La crisis iniciada en 1965 fue considerada peor que la de la ganadería, pues generaba transferencia de plusvalía al exterior y financerización de la economía, debido a la falta de posibilidades de inversión en el sector productivo uruguayo. Fue novedosa la investigación sobre la conexión entre los distintos sectores burgueses, no sólo ideológica, sino también económica y estructural. Esto permite cuestionar la concepción dualista que pintaba un sector como nacionalista y el otro como testaferrero del imperialismo. Es importante aclarar que en 1965 el IEcon todavía no había dado su giro dependentista. El instituto había participado de la

elaboración de la Comisión de Inversiones y Desarrollo Económico, de carácter desarrollista, e incluso había asesorado al Congreso del Pueblo. La TMD todavía no existía de modo sistematizado, pero crecían las inquietudes teóricas y políticas con el desarrollismo.

Mientras avanzaba la crisis, la burguesía y el FMI demandaban un ajuste económico ortodoxo sobre los trabajadores y funcionarios y el recorte de inversiones estatales, medidas que más tarde serían llamadas neoliberales. La inflación no se resolvió con la reducción de la demanda. La especulación y la desconfianza con relación al peso uruguayo generaban más endeudamiento y dilapidación de las reservas internacionales. Para garantizar su poder político y económico, la clase dominante se volvía más autoritaria y recurría cada vez más a las cuestionadas MPS. La lucha de clases agudizaba y los trabajadores no silenciaban.

3.2) El Congreso del Pueblo

El Congreso del Pueblo, realizado en 1965, fue organizado horizontalmente por distintos sindicatos y movimientos populares, representando una respuesta masiva cuya preocupación por aglutinar a lo conjunto de sectores sociales afectados por la crisis, lo situó como un evento concreto en el movimiento estratégico de aproximación de los trabajadores, con el conjunto de las capas medias y sectores populares, como fuerzas sociales capaces de asumir el proceso de transformación profunda del Uruguay capitalista y dependiente.

Asistieron 1378 delegados, representando a 707 organizaciones obreras y populares, que reunían cerca de 800.000 personas, un número imponente para la demografía uruguaya. Cualitativamente, se avanzaba hacia la deseada unidad de acción entre la clase trabajadora, el estudiantado, los sectores medios y la intelectualidad. Si bien la CNT nació en 1964, fue el Congreso del Pueblo su primera prueba de fuego. Tras tantas disputas político-ideológicas, se caminaba hacia una amplia unificación sindical, que incluía a diversos sectores, algo poco común en el mundo. La unificación no pretendía finalizar las disputas ideológicas, que expresaban la multiplicidad de la clase y sus distintas perspectivas, pero buscaba conquistar acuerdos mínimos y amplio consenso alrededor de una plataforma de luchas.

En la edición de N°35 de Estudios, J. Martínez informó sobre el congreso con bastante entusiasmo y destacó la politización de los funcionarios públicos, un sector que consideraba relativamente retrasado. Él subrayó el carácter popular del congreso, más allá de lo sindical. No obstante, sostuvo que todavía no se vivía en un periodo revolucionario. Consideró que la tarea de la vanguardia sería “tomar en sus manos esa preciosa herramienta que es el programa del Congreso del Pueblo y con ella trabajen titánicamente, día y noche, para lograr implementar verticalmente esa asimilación” (p.17). Nos parece que los términos “verticalmente” y

“asimilación” sugieren una mirada autoritaria y hegemónica, distinta del espíritu horizontal, democrático y participativo del congreso. Curiosamente, el propio J. Martínez (2003) criticaría este aspecto autoritario del partido en su libro de crónicas, como ya vimos anteriormente.

El programa aprobado traía consignas que combinaban las tareas democráticas - como la defensa de la educación pública y laica, de los salarios y de los derechos laborales - con otras que atacaban más directamente al régimen: reforma agraria integral, nacionalización de la banca privada, del comercio exterior y de las industrias de exportación, moratoria de la deuda externa y suspensión de las remesas al exterior por concepto de ganancias de empresas extranjeras. Si bien en muchos países capitalistas y desarrollados estas reformas se realizaron sin amenazar el capitalismo, la burguesía de un país latinoamericano, dependiente y en crisis, temía que las fuertes movilizaciones de los de abajo, podrían cuestionar su hegemonía. En un periodo recesivo, ceder a los trabajadores podría significar la pérdida de competitividad para otras burguesías en el mercado internacional.

Además, había que tener en cuenta que países como Brasil, Bolivia y Paraguay ya se encontraban bajo dictaduras: ellos tenían menos trabas legales para practicar rebajas salariales, despidos y precarización del trabajo. Por ende, no sólo el proletariado uruguayo se encontraba en una encrucijada, sino que también la burguesía. De cierto modo, ambos se tornaban huérfanos del neobatllismo, que permitió un periodo de “vacas gordas” para la clase trabajadora sin que se amenazara a la dominación burguesa. No en balde, la dictadura brasileña se mostraba bastante preocupada por la crisis uruguaya y recelosa de que la izquierda pudiera tomar el poder. Como Brasil, los EEUU consideraban el sindicalismo como el caballo de Troya del comunismo (Aldrighi, 2012). El imperialismo y su principal socio constataban la fuerza del sindicalismo, aunque siempre exageraban para justificar la contrarrevolución preventiva.

El programa aprobado por las masas planteaba un importante desafío al PCU: era más radical que la concepción del partido sobre una revolución democrática, policlasista y antiimperialista. No parece coincidencia que, en la última edición de Estudios de 1965, Massera escribió “Un nuevo giro hacia la izquierda”. El balance partidario anual fue bastante positivo y destacó la capacidad de resistencia de la clase trabajadora, que logró que el gobierno levantara las MPS. Adherir al programa del Congreso del Pueblo se volvía un imperativo para seguir conectado con las masas. Admitir virajes en la línea partidaria contrariaba la tradición, pero se podría afirmar el giro a la izquierda de la clase trabajadora y los posibles cambios en la correlación de fuerzas sin que se afectara a la credibilidad del partido.

Había amplio consenso popular y de distintas organizaciones de izquierda acerca del programa, pero no sobre cómo implementarlo. A fines de 1965, el PCU ya empezaba a

preocuparse por las elecciones del año siguiente, en las cuales se elegiría el próximo presidente y se votarían distintas reformas constitucionales. El partido buscó transformar la plataforma aprobada en el programa electoral, por medio del proyecto de reforma constitucional conocido como reforma popular, de los sindicatos, o amarilla (por el color de la papeleta correspondiente en la elección). Tal actitud fue criticada por sectores más a la izquierda. En la edición de 20 de agosto de Marcha, Héctor Rodríguez (p.6) escribió sobre las consecuencias del congreso. Él celebró la aprobación del documento, pero advirtió que la etapa más difícil estaría por llegar, en lo que sería la lucha por implementarlo.

En la sexta comisión (Coordinación y plan de lucha) se discutió extensa e intensamente el quehacer futuro del Congreso del Pueblo y las formas de coordinación (y organización) más adecuados a sus fines, antes definidos. Era natural que surgieran diversas opiniones sobre un tema que la Mesa Organizadora – en el afán de oír primero a las participantes del mismo Congreso – apenas si había esbozado. Pero si se analizan las diversas posiciones sostenidas, y se dejan los detalles aparte, tal vez sea posible distinguir dos grandes matices: uno, que considera el Congreso del Pueblo la única forma posible de reagrupamiento popular para la acción positiva que este momento requiere y para la que el futuro pueda reclamar y los participantes del congreso pueden entender que es necesario; otra que admite la posibilidad de otros reagrupamientos del pueblo, incluso en formas de frentes electorales, y aun, sin deslegitimar el Congreso del Pueblo, estima más la urgencia de los requerimientos electorales

Contrario a la retórica defensiva de las libertades democráticas, Rodríguez afirmó la necesidad de una “acción positiva”. El autor tenía una estrategia distinta de la del PCU, que consideraba electoralista. Afirmó la riqueza y el carácter novedoso del movimiento y advirtió que “meter este movimiento en un frente, un partido o un lema de los actuales me parece tan difícil como guardar un elefante en una caja de fósforos” (Ídem, p.6) No obstante, el PCU seguiría con la denuncia de la crisis y opondría el programa como una respuesta electoral, llamándola “reforma de los sindicatos”.

3.3) Una breve digresión sobre la democracia uruguaya

Para comprender el proyecto de reforma constitucional votado en 1966 se debe tener en cuenta algunas características de la democracia uruguaya. Si usted lector(a) es uruguayo/a o conoce bien al país, puede saltar esta parte, que tal vez resulte le demasiado obvia. Sin embargo, por nuestro compromiso con la difusión del conocimiento, conviene señalar algunos elementos para los que no lo son. Uruguay es un país cuya solidez y tradición partidarias se encuentran arriba del promedio latinoamericano, razón por la cual se utiliza el término partidocracia. Los

dos partidos tradicionales comenzaron a definirse después de la independencia, ambos dotados de fuerza caudillesca. Explican Caetano y Rilla (1994, p.43) que

lo colorado comenzó desde entonces a ser sinónimo de: una relación privilegiada con el poder institucionalizado como instancia de construcción sociopolítica; un estilo de hacer política más contractual; la defensa de un modelo modernizador básicamente imitativo, en que se partía del reconocimiento del “afuera” – principalmente Europa – como “imagen constitutiva” y “mirada constituyente”; la adscripción por último a una identidad más ciudadana e inmigrante. Por su parte, en una perspectiva similar, “lo blanco” podría identificarse desde entonces con: la desconfianza frente al poder institucionalizado y una mayor adhesión al “llano” como ámbito desde donde “hacer” la política; un estilo político más agonal y romántico; la defensa de un modelo modernizador más selectivo y autorregulado, proclive a la afirmación de fronteras sólidas entre el “adentro” y el “afuera”; la asociación privilegiada con el mundo rural y sus símbolos, de índole más localista que cosmopolita

Dicho eso, conviene señalar otras características históricas. El Partido Colorado, se volvió el partido del poder a lo largo de casi toda la historia uruguaya, un hecho comparable al caso del Partido Revolucionario Institucional mexicano en el siglo XX. El Partido Nacional casi siempre estuvo en la oposición. Mientras los colorados históricamente tuvieron más fuerza en Montevideo, los blancos fueron (y siguen siendo) la fuerza hegemónica en la mayoría de los departamentos del interior del país, el llamado Uruguay profundo. Otro elemento importante es que los partidos reúnen distintas ideologías. Por ejemplo, al mismo Partido Colorado pertenecen el batllismo y las dos dictaduras del siglo XX.

El principal caudillo del PN del siglo XX fue Luis Alberto de Herrera (abuelo del expresidente Luis Alberto Lacalle y bisabuelo del actual mandatario Luis Lacalle Pou). Herrera fue bastante hostilizado por la izquierda por su apoyo a la dictadura del colorado Gabriel Terra y por su posición neutralista en la segunda guerra mundial. No obstante, tal neutralismo también significó una postura más independiente con relación a los EEUU que los colorados, por la defensa del principio de la no intervención. En fines de los 60 ascendió en el PN el liderazgo de Wilson Ferreira Aldunate, un senador desarrollista, que disputó las elecciones de 1971 como un candidato de centro y se volvió un fuerte hombre de oposición a la última dictadura. Fue perseguido, exiliado y encarcelado luego de su regreso.

La disputa interna abierta también ocurría en la izquierda, aunque no en el PCU, un partido marcado por el centralismo democrático. De 1910 hasta 1921, el PCU y el PS conformaban un sólo partido, cuando se realizó un congreso extraordinario. Cerca del 90% de los afiliados aprobaron el cambio de nombre para Partido Comunista del Uruguay y ratificaron su adhesión a la III Internacional. La minoría, liderada por Emilio Frugoni, de perfil

socialdemócrata y anticomunista, rompió y fundó el nuevo PS. Hasta fines de los 60, la relación entre ambos partidos no era buena. Por ejemplo, en las elecciones de 1962, el PS prefirió aliarse a disidentes blancos a componer con el PCU, que conformó el F.I. de L (Leibner, 2011). Tras los resultados desalentadores de 1966, el PS se redujo. Algunos de los que permanecieron arrastraron el partido a un giro hacia la izquierda. También en los 60, el Partido Demócrata Cristiano asumiría una postura reformista de centroizquierda, y se volvería uno de los fundadores del FA.

No nos alcanzaría a profundizar más sobre las identidades de cada sector partidario, sino exponer un poco de su complejidad. De modo a simultáneamente permitir cierta alternancia en el poder entre las élites y dificultar el crecimiento de partidos de izquierda, algunas importantes leyes electorales fueron promulgadas. La primera de ellas fue la ley del doble voto simultáneo (Ley N°3640 de 1910), que obligaba al elector a votar simultáneamente por el partido y por el candidato. La ley permitía que cada partido presentara más de un candidato a la presidencia: así, primero se contaban los votos de cada partido y luego, en el partido mayoritario: quien tuvo la mayoría de los votos en el partido victorioso resultaría elegido. La medida favorecía a las oligarquías, pues muchas veces se votaba en un candidato más progresista, pero eso favorecía a un conservador, y el elector compraba gato por liebre. Por ejemplo, en las elecciones de 1971, los casi 3% de votos en el colorado más moderado y desarrollista Amílcar Vasconcellos fueron fundamentales para la victoria de la fórmula colorada conservadora encabezada por el futuro dictador Juan María Bordaberry.

La constitución de 1934 dificultaría aún más la posibilidad de romper el bipartidismo con la unificación del voto a presidente y al parlamento en la misma fecha. Cuando el voto es separado, es común que electores voten en partidos de su predilección para el Legislativo, aunque pequeños, y realicen un voto más pragmático para el Ejecutivo. La unificación de los votos favorece a los grandes partidos, que pueden conquistar votos para el Legislativo que no lograrían, ya que la elección presidencial despierta más atención a la ciudadanía. Por último, en 1939 se promulgó la ley de lemas, que definía el propietario del lema, es decir, quién puede presentar listas con el nombre del partido. Es común que popularmente se refiera a todo este sistema legal como ley de lemas, como verificaremos en algunos materiales del PCU.

Tal régimen electoral dificultó bastante que la izquierda se organizara por fuera de esos partidos con chances reales de llegar a la presidencia, pues la máquina clientelar de los partidos tradicionales impulsaba a muchos candidatos. Por eso la legislación fue históricamente denunciada por la izquierda, ya que por veces sus electores menos seguros se rindieran al

partido tradicional que consideraban el menos malo para derrotar al otro. El dominio histórico de los partidos tradicionales uruguayos hasta los 70 se compara a los dos estadounidenses hasta la actualidad. En ambos casos, la legislación imponía severas dificultades a partidos alternativos. En Uruguay, sólo en 1971 se formó el FA, que fue clausurado dos años después por la dictadura. Recién en el 2005 el partido ganó la presidencia, tras una combinación entre presión popular, crisis económica, modificaciones electorales¹¹ y moderación programática.

3.4) Los debates acerca de una reforma electoral

En 1966 el PN cumplía ocho años en el poder, bajo la forma de consejo de Gobierno, es decir, un gobierno colegiado, con representación de la minoría mayor. Como vimos, la crisis atacaba la popularidad del gobierno. Parte de la opinión pública, acostumbrada con el histórico presidencialismo, culpaba al Colegiado por su presunta incapacidad de solucionar la crisis (Eluruguayo.com, 2010). Más allá de amenazar al gobierno, las críticas ponían en jaque el propio régimen. Por eso, el establishment blanquicolorado necesitaba contrarrestar. Con la fundamental mediación de la embajada de los EEUU, se recurriría a un expediente común a la tradición uruguaya: plebiscitar una reforma constitucional junto a las elecciones presidenciales.

Nuevamente se percibe cierta diferencia procedimental entre el imperialismo estadounidense y la dictadura brasileña. Mientras la última conspiraba por un golpe de Estado clásico, los EEUU preferían actuar en los bastidores para bajar la intensidad de la democracia uruguaya, agrandando el poder del Ejecutivo de modo de facilitar la imposición de medidas económicas ortodoxas e impopulares (Aldrighi, 2012). En la mayoría de las veces, las reformas constitucionales resultaban rechazadas, pero la crisis se las transformó en bandera de algunos políticos tradicionales. No obstante, la situación escapó a su control y cuatro proyectos distintos de reforma serían propuestos (Demasi, 2003).

La muerte en 1964 del principal líder colorado, el expresidente Luis Batlle Berres, generó una disputa en el partido y en su sector. Su hijo, Jorge Batlle, un político de segunda fila, no tenía suficiente capital político para reivindicarse heredero más fiel del batllismo y unificar al sector. Por lo tanto, utilizó la defensa del fin del gobierno colegiado como su causa (Ídem). La situación general del país se podría resumir del siguiente modo: el gobierno de turno era simultáneamente cuestionado por los de abajo y presionado por los de arriba; estos demandaban soluciones más enérgicas contra el empoderamiento de la clase trabajadora. La burguesía se dividía sobre cómo resolver la crisis y salvaguardar a sus intereses.

¹¹ La ley del doble voto simultáneo fue restringida por la reforma constitucional de 1996. A partir de ahí, no se aplicaría más a la fórmula presidencial.

El camino encabezado por Jorge Batlle era una reforma que retornaría el presidencialismo y ampliaría los poderes del Ejecutivo, tal cual propuesto por los EEUU. Eso daba pistas sobre sus inspiraciones autoritarias y conservadoras, distantes del histórico de su apellido. En un primer momento, los partidos tradicionales no se entendieron y propusieron tres proyectos de reforma. La situación cambió cuando algunos sindicatos apoyados por el PCU impulsaron otra alternativa que analizamos en la próxima sesión. La movilización del PCU y de los sindicatos permitió recolectar firmas para “la reforma popular” antes de los partidos tradicionales. Fue la bancada del F.I de L. quien presentó el primer proyecto en la Asamblea General, en 24 de marzo de 1966. La clase dominante se uniría contra la reforma popular, contraria a sus intereses. Explica Demasi (2003, p. 43) que

entonces comenzó a hacerse evidente el peligro implícito en la proliferación de reformas. ¿Qué ocurriría si la suma del total de votos por las reformas fuera la mayoría absoluta de sufragios y superara el 35% de inscriptos, pero ninguno de los proyectos en separado cumpliera esas condiciones? En ese caso la constitución vigente quedaría derogada, pero no habría ningún texto constitucional en condiciones de sustituirla, por lo tanto, el país quedaría sin constitución. Las perspectivas en ese caso eran sombrías; era difícil que hubiera tiempo para “reunir una constituyente” como proponía Michelini, sino que parecía más probable que antes de eso los militares darían un golpe de Estado. Por entonces, la expresión “reforma o golpe” comenzó a correr en el ambiente

El eventual vacío de poder generaba incertidumbre en la burguesía. La combinación entre la tradición institucionalista, la influencia de los EEUU y la evaluación de que la dominación burguesa no estaba amenazada todavía no pudo crear una mayoría golpista. La dominación por medio de una democracia liberal representativa ha sido la opción preferida de la clase dominante desde el inicio del capitalismo. Es menos costoso dominar por el consentimiento que por la coerción, en términos gramscianos. Sin embargo, permitir una constituyente en el medio de una crisis sistemática podría generar resultados amenazantes. Para impedirlos, los parlamentarios burgueses alcanzaron la conciliación desde arriba. El episodio refuerza la percepción que la opción de la burguesía por la legalidad o por el golpe se relaciona mucho más a la coyuntura que a valores éticos.

De la conciliación entre amplios sectores de los partidos tradicionales surgió el proyecto de reforma que recibiría la papeleta naranja y vaciaba a los otros dos proyectos individuales de estos partidos. La reforma naranja (que sería aprobada) era conservadora y contrarrevolucionaria preventiva. Paradójicamente, proponía salvar a la democracia, reduciendo su alcance. La reforma aprobada facilitaría la promulgación de MPS cada vez más

duras y amplias. El batllismo como fuerza progresista dejaba la vida para existir solamente en la memoria y en los libros de Historia. Se achicaban las diferencias entre los partidos tradicionales. Sus máquinas se movían para favorecer a candidatos conservadores.

3.5) La reforma amarilla: buscando la victoria en la cancha de la burguesía

Nos referimos al parlamento como un terreno burgués por ser parte del Estado, institución entendida como a servicio de la clase dominante por la tradición marxista. En que pese Lenin (1997) admitió que una democracia proletaria debería tener órganos representativos, estos no vendrían de las instituciones burguesas existentes, que él insistió que deberían ser destruidas. ¿Qué expectativas hacia las elecciones tenía el PCU? Nuevamente, un partido de cuadros y masas tendría que pensar dos tácticas. Por un lado, como partido que se entendía marxista, no consideraba a las elecciones un fin en sí mismas, más bien un medio para disputar la conciencia de las masas hacia la revolución. Por otro, su buena inserción institucional y sus escaños en ambas casas del Parlamento presionaban al partido a la caza de cargos y presupuesto, tal cual expuso Weber (1919). Lenin (1997), por su vez, planteó la necesidad de desenvolver la democracia burguesa al límite de sus posibilidades, pero encontrarlo no resulta una tarea obvia.

En el primer artículo de Estudios en 1966 (edición N°39), Suarez afirmó la necesidad de unidad de las izquierdas alrededor de la reforma popular. Él proyectó la derrota de los blancos y denunció el carácter conservador de los proyectos de los partidos tradicionales. Sin embargo, tal vez el partido no haya considerado la posibilidad de conciliación del bipartidismo. Si bien había descontento hacia los partidos tradicionales, se jugaría un partido en su cancha: las elecciones. Esta cancha era cuidadosamente preparada por clubs centenarios, que conocían cada agujero. Nos parece que la principal escotilla, el triunfo de los anfitriones, era la ley de lemas. El proyecto de reforma popular derogaba la ley de lemas, pero ¿cómo aprobarlo bajo la vigencia de la propia ley? ¿Cómo ganar un partido con un árbitro parcial?

Un ejemplo distinto y actual ocurre en Chile. Las fuerzas progresistas obtuvieron una victoria sin precedentes en la votación de la nueva constituyente, que promete romper con el legado pinochetista e inaugurar un nuevo régimen, más abierto y participativo. Aparentemente, el éxito fue posible porque las constantes y multitudinarias movilizaciones de más de un año, conquistaron nuevas reglas electorales para la constituyente, que derrotaron las intenciones del gobierno de Sebastián Piñera. El proceso político y electoral chileno sigue abierto y polarizado, con un balotaje entre la nueva izquierda y la ultraderecha para la presidencia. Los historiadores somos mejores para ver el pasado que el futuro, pero nos preguntamos si habría sido posible

una victoria tan contundente de la izquierda en la constituyente si esa hubiera sido votada bajo las reglas de la antigua constitución pinochetista

En el próximo capítulo verificamos que, en el 1966, el PCU ensayaba un giro a la izquierda, impulsado por factores nacionales e internacionales. De hecho, el programa aprobado en el Congreso del Pueblo podría unir a casi todas las fuerzas progresistas. Lo que estaba lejos del consenso era el modo como el programa debería ser defendido. En las ediciones 40 y 41, de Estudios, Cesar Reyes celebró que la reforma ya reunía 230 mil firmas y que el pacto blanquicolorado que se costuraba sería la expresión de la crisis de esos partidos.

La primera edición de Estudios de 1967 trajo algunos textos escritos aún en el 1966. El de Enrique Rodríguez, un discurso realizado en el congreso partidario, se intituló “Por un triunfo electoral, por un gran avance de la izquierda”, y expresó la confianza en una buena votación de la reforma popular, aunque reconociera las dificultades de las elecciones. La reforma era el centro de la política del PCU, considerada una alternativa real para el pueblo, que enfrentaría el bipartidismo y la legislación electoral restrictiva. El autor no aclaró cuál era su proyección de votos en el partido y en la reforma, como tampoco hicieron los demás autores. Resulta desafiante imaginar un número mágico que exprese qué sería una “alternativa real”. El concepto de “alternativa” nos remite a “opción” (RAE, 2014). El adjetivo “real” cumple una función de énfasis. Es decir, nos parece que por “alternativa real” se entendía una votación que fuera electoral y matemáticamente capaz de disputar los rumbos de la sociedad y romper la polarización bipartidista.

Esta expectativa parece haber sido la del autor, que demarcó la “polarización” entre la reforma popular y la reaccionaria. Esta palabra nos sugiere una división más o menos equitativa de la sociedad, que expone la alta expectativa del PCU hacia la votación de la reforma popular. El autor también planteó la necesidad de superar a las otras fuerzas de izquierda para que se probara la necesidad de unidad sin exclusiones e hizo duras críticas al PS por su sectarismo, movido por sus divisiones internas. Enseguida, expuso la diferencia con relación a las elecciones anteriores por la consolidación del F.I. de L y reivindicó la reforma popular como elemento novedoso. Tal era el optimismo que antes del resultado, el autor consideró que el método emprendido en la campaña “se ha probado triunfante” (p.81). Por último, el autor proyectó la posibilidad de superar en mucho los resultados de 1962.

Los resultados electorales estuvieron muy por debajo de los planteos. No obstante, el balance partidario seguiría con el habitual tono triunfalista. De hecho, la ciudadanía castigó al impopular gobierno blanco, como imaginó el PCU. Sin embargo, el bipartidismo no se rompió. Resultó elegida una fórmula colorada. Tal vez lo más diferente es que la más votada haya sido

la encabezada por el General Óscar Gestido, con Pacheco Areco como vice, que no era la favorita en las internas. Con la suma de todas sus listas, el partido colorado obtuvo unos casi 50% de los votos, en la cual la fórmula vencedora alcanzó el 21,27%, el sublema de Jorge Batlle obtuvo el 17,51%, mientras los sectores considerados más a la izquierda conquistaron poco más de 10%. La elección confirmaba la tendencia de derechización colorada. En el piso de arriba, el PN fue el gran derrotado: sus votos alcanzaban poco más de 40% y el partido volvería a su habitual lugar de oposición.

En el piso de abajo el PCU salió victorioso, alcanzando su máximo histórico de 5,66%. El partido celebró bastante el resultado. Sin embargo, entendemos que esos resultados deben ser matizados. Ellos no se alejaron mucho de los 4,88% obtenidos en 1946, todavía en la Era Gómez. Asimismo, tal cual había analizado Solari (1962) en las elecciones anteriores, ese crecimiento tuvo características “canibalísticas”, ya que se dio principalmente sobre el resto de la izquierda, muy mal votada. Los demás partidos progresistas no alcanzaron el 4% de los votos, de los cuales casi 3% pertenecían a la democracia cristiana. El PS fue el gran derrotado: no alcanzó ni siquiera el 1%, lo que profundizaría su crisis interna e impulsaría un importante giro hacia la izquierda en los años posteriores.

Los documentos del PCU sugieren que más estratégico que el senador y los cinco diputados obtenidos era la votación de la reforma. En ese sentido, los resultados no fueron alentadores. La conciliación blanquicolorada funcionó y la reforma naranja fue la aprobada con el 47,51%. Las demás fueron rechazadas. La también conservadora reforma gris alcanzó el 10,57% y la amarilla, del PCU, obtuvo solamente el 5,21% de los votos, mientras la abandonada reforma rosada obtuvo el irrelevante 0,1%.

Tal resultado invita el cuestionamiento a la táctica utilizada por el PCU ya que la reforma amarilla obtuvo aún menos votos que el propio partido, lo que indica que no logró expandirse más allá de su burbuja. Llama la atención que el proyecto haya sido firmado por 230.000 y votado por sólo 86.000, o sea, menos de la mitad de los firmantes. La reforma naranja salvó el régimen y sus reglas electorales, en especial la posibilidad que los partidos tradicionales tenían de diluirse en muchas fórmulas. Eso dificultaba la vida de la izquierda y favorecía a un voto más pragmático en quien el elector considerara el mal menor para punir el otro partido tradicional.

El método de campaña que fue considerado triunfante por Enrique Rodríguez consistía en visitas a las casas de los electores y los distintos pueblos. Tal modelo nos remitió a un tipo de abordaje común a las fuerzas oligárquicas. En contrapartida, las campañas de izquierda suelen movilizar en las calles, en los lugares de trabajo y de estudio. Es cierto que 146.000

electores firmaron por la reforma amarilla y cambiaron de opinión. Independientemente de su motivación, tal comportamiento sugiere que no estaban suficientemente convencidos de lo que habían firmado. Parece razonable imaginar que la campaña no fue tan politizada, debido al fracaso numérico expuesto por los resultados.

¿Podría el PCU considerarse una fuerza política real? La pregunta puede admitir distintas respuestas, de acuerdo con los aspectos analizados. Electoralmente, la respuesta es negativa. El logro de superar el resto de la izquierda no se probó suficiente para romper el bipartidismo y ni siquiera amenazarlo. En términos de presencia de masas, la respuesta parece más positiva. Vimos en el capítulo anterior que la fuerza sindical del partido provocaba pánico en la burguesía nacional, en la dictadura brasileña y en los EEUU. La contradicción entre bajos resultados electorales y fuerte presencia sindical se explica porque parcela significativa de la clase trabajadora votaba al PCU en los sindicatos y en los partidos tradicionales en las elecciones generales.

Acerca de la correlación de fuerzas postelectoral, nos parecería demasiado pesimista reducirla a los resultados de las urnas. Por otro lado, sería demasiado optimista subestimar a las elecciones y evaluar solamente el aumento de las jornadas de lucha de los últimos años, lo que subestimaría el poder de contraataque de la clase dominante y sus instrumentos de manutención del status quo. Vimos que para Lenin (1997) ambas miradas serían desviaciones, la primera oportunista y la segunda sectaria. Si buscamos el punto medio, podríamos pensar que, en el juego de la lucha de clases, los de abajo ganaron el partido en casa (en las calles), mientras los de arriba también convirtieron el partido en su casa, el parlamento. En el agregado, había una situación de empate, que oponía la creciente fuerza de la clase trabajadora a la experiencia histórica de la burguesía en mantener su dominación. El lugar donde se jugaría el desempate sería una pista para lo que se viviría en los próximos años.

No hubo en Estudios un balance específico sobre las elecciones. Sin embargo, en la edición 43, de 1967, Massera escribió una nota política que trató de abordar a las elecciones y a otros temas. Persistió el triunfalismo, que afirmó la victoria electoral del partido por el aumento del 70% de los votos de su lema, en especial en algunas zonas obreras. Para él, eso confirmaría el PCU como una fuerza política real. El autor también opinó que los colorados ganaron en gran parte por el voto pragmático. Además, consideró que el aspecto más negativo de la elección fue la aprobación de la reforma naranja, de carácter regresivo. El autor admitió que la movilización por la reforma amarilla no fue suficiente para frenar al poder oligárquico. Una vez más no hubo autocrítica en el balance. Empero, el descompaso entre la elección y la

lucha popular contribuyó para direccionar el partido hacia una línea menos electoralista, como observamos en el siguiente tramo (p.7, destaque nuestro)

El triunfo de la reforma pactista aumenta, naturalmente, las dificultades jurídicas de las luchas futuras, **obliga a la revisión de ciertos métodos**, ya tradicionales, de lucha de masas. Pero sería erróneo sacar conclusiones fatalistas: la Constitución, por su sola virtualidad formal, no puede ser determinante de una regresión política; en última instancia, la correlación de las fuerzas políticas la decide la acción de las masas, la lucha de clases

El triunfalismo idealista acerca de las posibilidades electorales era sustituido por una percepción más realista y crítica. Percibimos cierto viraje en la línea política, que prosiguió con la afirmación de la acción de masas y la lucha de clase como determinantes de la correlación de fuerzas. Es más, el autor afirmó la necesidad de tareas superiores y que la importancia del F.I. de L. trascendería las elecciones. No obstante, el partido no admitía el viraje y seguía afirmando su línea política como un todo coherente a lo largo del tiempo. Mientras el Uruguay vivió las elecciones, en la otra orilla del Plata la clase dominante había optado por otro camino más rápido y amenazante.

3.6) El golpe de 1966 en Argentina

Si la estabilidad política era una característica uruguaya, Argentina vivió una situación opuesta desde los 30, presentándose como una sociedad más compleja, plural, inestable y católica. Al contrario de la partidocracia uruguaya, los partidos políticos argentinos son históricamente menos ideológicos, las elecciones más sospechosas y muchas veces las disputas entre distintos sectores de la clase dominante no se resolvieron en la urna. No en balde, Argentina vivenció por lo menos seis golpes de Estado en el siglo XX (1930, 1943, 1955, 1962, 1966 y 1976). Mientras los cuatro primeros inauguraron dictaduras provisionales, los dos últimos implantaron BAs. El golpe de 1966 repercutió directamente en la dinámica política del Uruguay, pues lo dejó circunscrito entre dos dictaduras, que usarían su poder geopolítico y económico para tensionar a la ya frágil democracia uruguaya y neutralizar todo lo que consideraban peligroso (Aldrighi, 2012).

Antes del golpe de 1966 ya había presiones antidemocráticas sobre el Uruguay. Por ejemplo, en la revista Estudios N°35, de 1965, (p.12), Viera denunció que

pocos días después que Estados Unidos agredía a República Dominicana¹², la dictadura brasileña y sobre todo el grupo llamado de la “línea dura”¹³ - tomando a su cargo la doctrina Johnson¹⁴ - comenzó una presión escandalosa sobre nuestro país, hablando del peligro que representaba para el Brasil la existencia de libertades democráticas en el Uruguay: movimiento de tropas en la frontera, declaraciones amenazantes fueron la expresión completa de esa presión. Entre otras finalidades se perseguía hacer desandar al gobierno de su posición contraria a la intervención yanqui en República Dominicana - sostenida, aunque con vacilaciones ante la presión popular, - y de su negativa ante la formación de una fuerza militar interamericana. Junto con la dictadura brasileña, el gobierno norteamericano hizo llegar una protesta por la realización en Montevideo del Congreso Continental de Solidaridad con Cuba y por la autodeterminación de los pueblos. Los consejeros nacionalistas y Gestido con el ministro Tejera a la cabeza, cedieron al diktat¹⁵ yanqui y a las amenazas gorilas.

El tramo arriba contiene un *spoiler* sobre los próximos años: la aproximación de importantes sectores de los partidos tradicionales a una política abiertamente golpista. En el caso de los blancos, destacamos el alejamiento de la política de no intervención, valorada por el herrerismo, así como también había sido verificada en la ruptura de relaciones con Cuba. Asimismo, el comportamiento del futuro presidente Gestido una vez más nos dio pistas sobre su tendencia autoritaria. Viera interpretó el episodio como una concesión realizada por los blancos y el general colorado. Tal interpretación refuerza una caracterización por parte del PCU que observamos a lo largo del trabajo: las fuerzas reaccionarias nacionales como títeres.

En la edición N°36, el PCU denunció el pacto entre los generales Costa e Silva y Onganía, futuros presidentes de facto de Brasil y Argentina. En dicho acuerdo, las fronteras ideológicas eran afirmadas sobre las nacionales. El partido vinculó el ataque a la soberanía a la amenaza a las conquistas sociales, económicas y políticas, con el objetivo de mantener la dependencia del Uruguay. Observó también la falta de consenso en el colegiado uruguayo sobre la adhesión a la fuerza interamericana. Tal división sugiere que las soluciones autoritarias y un golpe de Estado no estaban desechados. Nos parece que, para el establishment, la elección entre democracia o dictadura era fundamentalmente táctica. Tampoco había consenso en las

¹² La invasión estadounidense en República Dominicana ocurrió entre 1965-1966. Fue una intervención militar directa, respaldada por la OEA, Brasil, Paraguay, El Salvador, Costa Rica, Nicaragua y Honduras.

¹³ La historiografía tradicional plantea la división de los militares golpistas brasileños entre moderados (liberales conservadores) y línea dura (nacionalistas autoritarios). Lemos (2018) matiza esa postura señalando su fragilidad y conveniencia en respaldar a los moderados.

¹⁴ La doctrina Johnson fue anunciada por el presidente estadounidense homónimo tras la invasión a República Dominicana y violó al derecho internacional. Los EE.UU justificaban la posibilidad de intervención directa en cualquier país del Occidente que consideraban amenazados por el supuesto peligro comunista. La doctrina fue un viraje con relación al gobierno de Kennedy, que intervenía de modo más indirecto.

¹⁵ dictado, imposición, em alemán

FFAA. Por ejemplo, el PCU destacó la protesta realizada por siete coroneles contra la invitación a Álvez Bastos (general golpista brasileño) para visitar el Uruguay.

Como en el 64 brasileño, la mirada del PCU sobre el golpe argentino derivó de su partido hermano, el PCA. En Argentina, los partidos burgueses eran más frágiles y había el elemento del peronismo, un fenómeno bastante complejo y contradictorio. A pesar de su origen burgués, fundado por un general católico y anticomunista, el peronismo históricamente se mostró personalista y popular, principalmente por el simbolismo de Eva Perón. Al contrario del batllismo, que se institucionalizó como fuerza política sin mayores dificultades, el peronismo fue perseguido por el establishment argentino en diversas ocasiones. Casi como religión, fue interpretado y resignificado de distintas maneras y generó simultáneamente movimientos conservadores y anticomunistas y la guerrilla de los montoneros.

La principal consecuencia de ese fenómeno para nuestra investigación es que mientras el PCU se volvió un relevante partido de cuadro y masas, el PCA no tuvo rol protagónico en la lucha de clases, ya que era muy minoritario con relación al peronismo en el sindicalismo. El PCA tenía una composición de clase predominantemente pequeño burguesa. Pese a la dirección reformista, el sindicalismo era bastante relevante en una de las sociedades más urbanizadas e industrializadas de la región. Sus demandas y capacidad de lucha eran consideradas una amenaza al capital. El golpe derribó el gobierno de Arturo Illia (1963-1966), que combinaba elementos aparentemente antagónicos. Mientras levantaba medidas electorales contra comunistas y peronistas, reprimía violentamente sus aglomeraciones. El gobierno promovía una política externa más independiente. Para eso, no prescindía de un Estado fuerte y regulador. La principal polémica del periodo fue la anulación de contratos petroleros favorables al imperialismo (Míguez, 2013).

La adhesión de la mayoría de la burguesía al golpe se explica en parte por el hecho que las amenazas a su dominio no se originaban en el gobierno sino en las fuerzas populares. En 1964, por ejemplo, los trabajadores habían ocupado 11.000 fábricas. El miedo de la burguesía con relación al comunismo y a la radicalización del peronismo unificó a la mayoría de la clase, cada vez más crítica a un gobierno que consideraba frágil (Ídem). Las FFAA cambiaron su postura mediadora para una directamente intervencionista (O'Donnell, 1979). La unidad fue política y económica. Las principales fracciones burguesas, como el capital financiero, el empresariado urbano y los terratenientes, en especial los ganaderos pampeanos construyeron el golpe (Cerbino, 2015). Como en el Uruguay, la renta de la tierra, que antes había generado

cierto acúmulo de capital, disminuía desde los 50 y la clase dominante necesitaba un ajuste ortodoxo para mantener sus ganancias.

La devaluación del peso argentino era común en una coyuntura de crisis, pero generaba inflación a largo plazo, como ocurría en Uruguay. Distintas clases sociales presionaban al ejecutivo, recelosas de perder su poder de compra, lo que desmoralizaba la frágil democracia (O'Donnell, 1979). Nos parece que la incapacidad del régimen frente a la crisis ayuda a explicar por qué el proletariado no defendió la democracia. Incluso, mayoritariamente apoyó el golpe, situación diferente a las de otros países conosureños. Al buscar conciliar capital y trabajo, Illia desagradaba a ambos: ni atendía a las demandas punitivas de los empresarios ni a las salariales del proletariado. Este fenómeno representó el colapso de un régimen político, aprovechado por la derecha. Fue lo que ocurrió, pero no hay evidencias de que fuera la única posibilidad. Por ejemplo, Cerbino (2015) acuerda la existencia de fuertes huelgas generales escalonadas y ocupaciones que movilizaron a cuatro millones de obreros, un número que permanecería expresivo en 2021.

3.6.1) El Partido Comunista Argentino (PCA) frente el golpe

Uno de PCs latinoamericanos más duros y prosoviéticos, el PCA también apostaba en los frentes populares y en la transformación por etapas (Bonvillani, 2013). Su secretario general imaginaba un giro a la izquierda de las masas trabajadoras peronistas, que “llevaría inevitablemente a la asimilación paulatina de la doctrina marxista-leninista” (Cordovilla, 1962, p.20). Tal cual el PCU y el PCB, el PCA pensaba de modo optimista y determinista. Destacamos también la palabra “asimilación”, que presupone la aceptación pasiva del conocimiento, una práctica política autoritaria. No obstante, la base social comunista se radicalizaba, fenómeno típico de los 60 en distintos países. Influida por la nueva izquierda, la rebeldía se relacionaba al escepticismo frente a la propia democracia argentina y a la posibilidad legal de que se cambiara el carácter de clase del Estado. La relación con el peronismo era ambigua, pues el PCA se lo consideraba un aliado, pero disputaba a su base, buscando alejarla de Perón (Bonvillani, 2013).

Cerca del golpe, el partido llamó a la unidad de los sectores democráticos. La defensa abstracta de la democracia no movilizó, tal vez porque no dialogaba con las demandas populares. Aunque importantes sectores populares hayan apoyado el golpe, no fueron sus autores. La intervención tuvo una impronta empresarial-militar, tal cual el caso brasileño. Una encuesta realizada en Buenos Aires en el periodo demuestra que los trabajadores caracterizaban el gobierno de Illia como favorable a los patrones y a los militares; asimismo, consideraban el

costo de vida y el desempleo como los principales problemas (O'Donnell, 1979). Tal percepción, combinada con las huelgas y movilizaciones del periodo, nos sugiere que ellos tenían poca esperanza en el régimen y exigían mejoras inmediatas para sus vidas. Por ende, el apoyo al golpe se había dado más como punición a Illia que una hoja en blanco a los golpistas.

El PCA denunció el carácter reaccionario de la dictadura, pero su legalismo y débil presencia de masas impidieron construir una respuesta real. Su línea llamaba a la construcción de un gobierno de amplia coalición democrática y de una asamblea constituyente (Bonvillani, 2013). O sea, el partido redobló sus apuestas en la institucionalidad a pesar del golpe. Incluso, su coalición democrática imaginaba una alianza con sectores de la burguesía que eran base de la dictadura. Las caracterizaciones del PCA se asemejan a las del PCB en 1964, incluso por la caracterización de la dictadura como fascista. El PCA se alejó de las masas que enfrentarían a la dictadura, cuya principal expresión sería el Cordobazo (1969). A largo plazo, decisiones como el apoyo crítico al dictador Rafael Videla en el golpe de 1976 condenaron el PCA a un ostracismo político y electoral similar al PCB.

3.6.2) El gorilazo porteño visto desde el Uruguay

Probablemente por las elecciones, en 1966 hubo menos ediciones de Estudios que lo habitual. Sólo un artículo, de Rita Ibarburu, en la N°40, trató el golpe argentino. En las ediciones anteriores, no se evaluó la posibilidad, aunque el vecino ya vivía una atmosfera golpista hacía algunos meses. El XIX Congreso del PCU, de 1966, también abordó rápidamente el tema. En ambos documentos se nota la constante ambigüedad entre el optimismo idealista por la victoria “inexorable” del socialismo y cierto realismo político acerca del poder de la contrarrevolución. Ellos profundizaron mucho menos los sucesos en Argentina en comparación a las atenciones dadas al 64 brasileño.

En el artículo de Ibarburu se mantuvo el énfasis en el aspecto militar del golpe. La autora etiquetó al nuevo régimen en la fórmula “dictadura militar proyanqui, fascista” y se la comparó a la de Castello Branco en Brasil. Los empresarios argentinos apenas fueron mencionados, reducidos a la condición de aficionados. Básicamente, el PCU reprodujo la mirada del PCA, ignorando el pequeño peso y las debilidades del aliado. La explicación sobre el golpe pareció confusa. Se afirmó que el hecho sólo fue posible por una situación de doble poder: el cívico, elegido, constitucional, y el otro militar, paralelo y real.

Tal construcción nos pareció problemática por algunos aspectos. En primer lugar, la expresión “doble poder” remite a la caracterización de Lenin (2009) acerca de la Revolución de Febrero en Rusia, cuando se oponían el poder burgués de la Duma (parlamento) y el

obrerocampesino, de los soviets. Tal situación ocurrió en un periodo revolucionario e impulsó la Revolución Socialista de Octubre. No se presentaron similitudes con el caso argentino, en el cual la duplicidad mencionada se restringió a la burguesía y su modo preferido de ejercer la dominación. El golpe unificó esa clase alrededor de un gobierno que aplicaría la modernización contrarrevolucionaria, que Illia no pudo.

La autora hizo duras críticas al peronismo por no haber denunciado el golpe ni haber armado a las masas para impedirlo, lo que consideró que paralizó la voluntad del proletariado y del pueblo argentino. Las críticas repetían el patrón de las del PCB hacia Jango y la burguesía nacional, tal cual las del PCU hacia las vacilaciones de esa clase en distintos episodios que mencionamos. En todas estas situaciones, se proyectaban expectativas progresistas en una clase que no daba señales de cumplirlas. Enseguida, se frustraba por la supuesta traición de aquellos que jamás se probaron aliados.

A diferencia del Uruguay, donde el PCU era bastante fuerte en el movimiento sindical, en Argentina el peronismo estaba más presente en el piso de las fábricas y dirigía a la mayoría de los sindicatos. Se oponía una base proletaria radicalizada a una dirección conciliadora y reformista. Ibarbaru celebró que el PCA fue el único partido que se levantó contra el golpe. Aunque verdadero, eso poco representó para la realidad argentina por la pequeña expresión del partido. La defensa del hermano agitó a la hinchada, pero poco aportó al aprendizaje histórico. Es probable que comunicar otra victoria contrarrevolucionaria a la base partidaria se tornaba más fácil si se eximiera de culpa a los camaradas porteños. Así que sus debilidades y errores fueron simplemente omitidos. Ese tipo de práctica nos remite a las formulaciones de Weber (1919) sobre la necesidad que tienen los partidos políticos de reafirmar la fe en su causa y cohesionar a la base se sobrepone a la búsqueda por comprender la realidad.

Al fin del artículo, Ibarbaru (p.6) reconoció la gravedad del golpe para el Uruguay y afirmó que el pueblo uruguayo, “redoblará la vigilancia y montará guardia en defensa de la soberanía nacional y la democracia”. No obstante, se repitió el mantra de que el imperialismo estaría “perdiendo su base de apoyo”. Resulta intrigante el uso del futuro simple para referirse a acciones hipotéticas del pueblo, lo que no parece un detalle estilístico. Por ejemplo, si fuera utilizado el condicional simple o el imperativo, se demarcaría con más nitidez que se trataba de un deseo de la autora, ya que las acciones del pueblo dependen de él mismo. Al elegirse el futuro simple, se alimentó el *wishful thinking*.

Tal construcción lingüística se repitió en el balance del XIX congreso, realizado un par de meses después del artículo. Utilizamos la técnica propuesta por Jägger (Wodak, 2001), en la cual se empieza por el análisis grueso (estructural) y se sigue con el análisis fino (lingüístico).

Los congresos partidarios tienen como principal objetivo cohesionar a la base alrededor de una línea política que exprese la acumulación existente y que se la movilice hacia el cumplimiento de las tareas necesarias. La fe en el partido y en el sistema socialista, se verifica en el tramo final del balance (pp.121-122, destaques nuestros).

La brutalidad beligerante del imperialismo yanqui no modifica, ni **puede** modificar **ya**, la correlación de fuerzas en escala internacional. Menos aún, la dirección del desarrollo histórico de nuestra época; pero sería peligrosamente errónea toda subestimación de los riesgos

Destacamos el significado del verbo “poder”, que denota la facultad o potencia de hacer algo (RAE, 2014). Subrayamos también el uso del adverbio “ya”, que, en este contexto, significa “en el tiempo presente”, de modo distinto del pasado. O sea, se entiende que el imperialismo no disponía más de la facultad de modificar la correlación de fuerzas, es decir, el campo socialista habría ganado la batalla. ¿No sería una paradoja advertir contra la subestimación de los riesgos cuando se afirma que la victoria ya está garantizada? La declaración tildó a la agresividad imperialista estadounidense de aventurera, alocada y criminal, y se la comparó al nazismo.

Imaginamos que los apodos utilizados probablemente hayan entusiasmado a la militancia por su fuerza retórica, pero entendemos que su uso puede haber causado algunos problemas. Por ejemplo, los dos primeros descalificaron y subestimaron la fuerza del imperialismo, práctica que no cambió después del golpe en Brasil. Sin embargo, mientras el gorilazo brasileño fue novedoso, el argentino ocurrió en un momento que las dictaduras de Brasil y Bolivia ya estaban consolidadas. Tal vez tal optimismo hubiera sido inspirado por la victoria de la contraofensiva internacional del campo socialista en la Guerra del Vietnam. Sin embargo, es importante acordar que la URSS no valoraba América Latina como se lo hacía con relación a Asia. Bajo la lógica de la coexistencia pacífica, no convenía interferir demasiado en el “patio trasero” yanqui para que los EEUU no contrarrestaran en Europa del Este.

Una vez más, se concluyó que el imperialismo estaría “restringiendo el campo de sus aliados y servidores y cavando su propia fosa” (p.123), mientras el número de dictaduras proimperialistas crecía rápidamente. Tal construcción parece tratar a la base de apoyo como un tema fundamentalmente ideológico, surgido del convencimiento retórico. Si bien sectores de la clase trabajadora y de las capas medias pueden tornarse más críticos a los EEUU tras las agresiones imperialistas, no nos parece que la superpotencia dependa de aprobación mayoritaria para actuar. Por ejemplo, no hay evidencias que los golpes contra los gobiernos progresistas obtuvieron tal respaldo, e igualmente ocurrieron. El imperialismo estadounidense no es una

persona. En el sentido utilizado, se refiere a los intereses de los sectores hegemónicos y más internacionalizados de la burguesía. Y para que ellos sean atendidos, la superpotencia recurrió a expedientes más fuertes como contribuir para sabotear, asfixiar y desmoralizar a gobiernos considerados hostiles, produciéndose así el caos social necesario al golpe. Eso facilitaría la despolitización y la búsqueda por soluciones autoritarias, que revindiquen la defensa de la orden contra el caos.

Al contrario de Estudios, Marcha alertó sobre la posibilidad de golpe en Argentina. En el titular de 17 de junio, once días antes del hecho, se leía: “Argentina: la ola golpista vuelve a subir”. Ismael Viñas, un corresponsal argentino, relacionó la posibilidad de golpe tanto a la creciente movilización obrera como a la posibilidad de victoria electoral del peronismo. Tras diferenciar la conspiración golpista de las anteriores, el autor afirmó que el ingrediente que faltaba sería el nacionalismo burgués. Él consideró que el desarrollismo sería la presentación local del neo-imperialismo. Esta perspectiva se mostró bastante distinta a los PCs prosoviéticos, pues criticó los límites del desarrollismo, afirmando la ruptura con relación a las posibilidades de expansión capitalista con inclusión social que existieron en el pasado, ya que casi no había burguesía nacionalista ni independiente.

En la edición siguiente, del 24 de junio, nuevamente el golpe era previsto. El titular traía: “Illia entre dos fuegos: ¿golpe 1 o golpe 2?”. Carlos Antonio Vidal supuso que había dos posibilidades golpistas, la primera reaccionaria y más autoritaria, y la segunda progresista, desarrollista y con apoyo de sectores peronistas, como el vandomismo¹⁶. Al contrario del artículo de Viñas, Vidal centró su análisis en las conspiraciones políticas, defendió una solución desarrollista y peronista para la crisis. En el primero de julio, ya tres días después del golpe, Carlos Núñez escribió “El golpe argentino: los gorilas ambiguos”. Destacó el histórico rol conspirador del general Onganía¹⁷ y criticó la expectativa que sectores peronistas tenían de que el golpe se pareciera al de 1943. El autor opinó que el golpe inauguraría un nuevo régimen.

Se perciben diferencias entre las interpretaciones de Marcha y del PCU. En primer lugar, había pluralidad de opiniones en Marcha, al contrario del discurso único predominante en Estudios. En segundo lugar, en Marcha predominaba la función periodística, mientras Estudios servía fundamentalmente a la propaganda. En tercer lugar, es nítido que el evento recibió más atención en Marcha, que por diversas veces ganó el titular, mientras Estudios sólo se lo confirió dos páginas y algunas observaciones en el congreso de 1966. Por último,

¹⁶ El término se refiere a los seguidores del sindicalista Augusto Timoteo Vandor, que lideró un importante sector del peronismo, que pactaba con los gobiernos de facto y proponía un peronismo sin Perón.

¹⁷ Lideró el golpe de 1966, tornándose dictador

interpretamos que el PCU subvaloró una importante victoria de la reacción y apostó en la corta duración de la dictadura, mientras los autores de Marcha demostraron más cautela y aprensión, en especial Carlos Núñez, quien percibió el surgimiento de un fenómeno novedoso.

En la segunda mitad de 1966, Paraguay, Brasil, Bolivia y Argentina eran gobernados por dictaduras. El movimiento social uruguayo repetía la consigna “¡Soluciones Sí, golpes No!”. Había amplio consenso acerca de la criticidad del momento y de la necesidad de luchar por la plataforma aprobada en el Congreso del Pueblo. No obstante, lo mismo no se podría decir sobre los planes concretos de lucha. Para el PCU estas soluciones todavía se encontraban dentro de la democracia burguesa. Sin embargo, la derrota electoral, el golpe argentino y las presiones de una base más radicalizada e influenciada por Cuba facilitaron un viraje en la línea partidaria. De eso trata el próximo capítulo.

4) ¿Reforma o revolución? El PCU entre Moscú y la Habana

El título del capítulo es una referencia directa al conocido libro homónimo de la revolucionaria Rosa Luxemburgo (1970), escrito en 1900. En esa obra, la autora polemizó con un representante del sector reformista de la socialdemocracia alemana. La autora cuestionó la idea de un supuesto crecimiento virtuoso del capitalismo por medio de reformas que culminaría en el socialismo. Al contrario, rescató la tradición revolucionaria del marxismo y afirmó la necesidad histórica de construir una ruptura de tipo socialista. El dilema entre reforma y revolución es histórico en las internas de la izquierda.

A fines de los 60, y en especial a partir de 1966, este debate se tornó particularmente vivo, por el fortalecimiento de la línea cubana, que publicitaba sus diferencias con la soviética. La principal expresión internacional fue la Conferencia Tricontinental (1966), mientras su derivación regional fue la OLAS, en 1967, ambas en la Habana. Nos interesa investigar como ese debate incidió en la formulación de la revolución uruguaya por el PCU. Empezamos por el congreso de 1966, que aprobó las directrices para los próximos años. En seguida, analizamos como el creciente protagonismo cubano en los sesenta influyó en las formulaciones del partido. Después buscamos entender como algunas experiencias internacionales, en especial latinoamericanas, reflejaron en la línea del partido. Por último, suele ser importante la comprensión del impacto de la muerte de Che Guevara como el cierre de un ciclo político.

4.1) El Congreso de 1966

Había pasado cuatro años del último congreso del PCU. En ese periodo, el Uruguay, América Latina y el mundo vivieron transformaciones tan intensas que generaban una sensación de aceleración del espacio-tiempo. Si para la física tal aceleración tiene que ver con la fuerza gravitacional, para la historia esta fuerza vendría de la entrada en escena de nuevos sujetos históricos, individuales y colectivos. Nos parece importante por lo menos mencionar que la izquierda mundial se volvía más plural con los aportes de: las luchas anticolonialistas afroasiáticas; la profundización de la Revolución Cubana y las guerrillas latinoamericanas; el crecimiento del movimiento obrero y estudiantil en el mundo; las luchas existenciales de las mujeres, las personas sexodiversas, los afros y los pueblos originarios; los distintos movimientos contraculturales pacifistas y antiprohibicionistas; y las luchas antiburocráticas en los países del socialismo real, entre otros.

El PCU no estuvo ajeno a esos fenómenos. Muchos de ellos impactaron directamente en la línea del partido y en su órbita, afectando su fe y su centro gravitacional. Los

revolucionarios ya no eran los mismos de 1917. La clase trabajadora ya no podría ser representada por el personaje inglés Andy Capp, hombre blanco, europeo, heterosexual, trabajador fabril, que usaba una boina. Cada vez más personas (y países) ya no veían a la URSS como la estrella de la revolución mundial: su política de coexistencia pacífica con los EEUU, en la cual se aceptaba que América Latina fuera reducida a la condición de patio trasero generaba desconfianza en distintas organizaciones. La falta de apoyo brindado a una región cada vez más sometida a dictaduras promovía escisiones dentro la izquierda y facilitaba la formación de nuevas organizaciones y movimientos.

Si en el Congreso de 1962 el PCU consideró que la URSS era la vanguardia del movimiento socialista internacional, en 1966, miró a la coyuntura de modo más plural. Si bien mantuvo el alineamiento con la superpotencia, el partido destacó la consolidación de la Revolución Cubana. Nos detenemos en dos tendencias que se repiten y combinan: el reconocimiento del rol internacional de Cuba y el intento de borrar las diferencias estratégicas entre ella y la URSS. El PCU mantuvo la defensa de la coexistencia pacífica, pero también reivindicando la Conferencia Tricontinental, realizada en 1966, rechazando la contraposición entre ambas.

Para el PCU, la Revolución Cubana había inaugurado una fase en la redención de los pueblos. Se viviría una transición hacia las más fuertes batallas revolucionarias, que admitirían a distintas formas de lucha. En lo esencial, el partido compartía la hipótesis que la ventana de la revolución pronto se abriría y se debería actuar para aprovecharla. El congreso también destacó aspectos novedosos en la política nacional: el Uruguay caminaría hacia una situación cualitativamente nueva. Las modificaciones en la línea política eran entendidas como derivaciones naturales y teleológicas. El viraje de 1955 seguía reivindicado como piedra fundamental: se permitía la crítica a la Era Gómez, pero no contra nada relevante posterior. Se admitieron pequeños errores, que para el partido eran fruto de la aplicación parcial de la línea política, de la apreciación unilateral hecha por algunos cuadros y de insuficiencias internas para cumplir la línea. Tal argumentación, que individualizaba la culpa y preservaba la institución nos remitió a la religión. Si, para el cristianismo el Evangelio es infalible y los equívocos vienen de la incomprensión humana, el PCU entendía la corrección de la línea como un dogma.

El principal cambio que observamos entre los dos congresos fue la perspectiva sobre la burguesía nacional. En 1962, se afirmaba la necesidad de conquistar un gobierno democrático nacional, formulación similar a las del PCB y PCA antes de los golpes (p.90).

Para conquistar este gobierno es necesario un gran frente que agrupe a la mayoría de la población: la clase obrera, los campesinos, las grandes masas trabajadoras, la pequeña burguesía urbana, la intelectualidad, la burguesía nacional. La unidad de estas capas y clases en un gran bloque dirigido por la clase obrera en alianza con los campesinos es el Frente de Liberación Nacional

Para el PCU, en 1966 la burguesía nacional se desviaba del camino anhelado (p.129)

La combatividad obrera y popular contrastó con la postura vacilante hasta la complicidad, propia de la gran burguesía conciliadora, que adoptaban los grupos más importantes del batllismo, conducta timbrada por un receloso temor al despertar multitudinario del pueblo

Otro cambio (o relativización) conceptual ocurrió sobre el agro. El gobierno blanco fue caracterizado como “hombres representativos del latifundio ganadero de más alta inversión capitalista (junkers) como típicos exponentes de la gran burguesía” (p.130). Aunque *junkers* también haya sido importado de otro contexto histórico distinto (Prusia a fines del siglo XIX), su uso en fin atribuyó al latifundio una identidad capitalista y el partido matizó la división de la burguesía entre “patriotas” y “vendepatrias” (p.142)

Es posible distinguir dos líneas principales dentro de las clases dominantes: una de los grupos más regresivos y aventureros que desearían precipitar nuestro país en el abismo de una dictadura abierta; otra, predominante hoy en las direcciones de los viejos partidos que procura adecuar la estructura constitucional a las condiciones de ascenso del movimiento obrero-popular, con vistas a cerrarle el paso por la restricción de las libertades e instituciones democráticas. No debemos confundir ambas tendencias, pero tampoco perder de vista que la segunda facilita la primera y puede ser su prólogo (p.142)

El partido admitió que la división burguesa era más táctica que ética. Nos parece que ambas líneas eran contrarrevolucionarias: una democrática y preventiva, otra terrorista. Mientras se pudo dominar por el convencimiento predominó la primera. Conforme aumentaba la presión popular, la burguesía se aproximaba de la última. Los partidos tradicionales ofrecían la reforma pactista como alternativa al golpe que ellos podrían dar. El PCU entendió la reforma pactista y el golpe como dos variantes burguesas. La reforma popular había sido la apuesta contra ambas. Empero, su derrota dificultó la resistencia legal. La izquierda latinoamericana entendía que pronto llegaría el momento de actuar. No había consenso sobre cómo hacerlo. En su océano de disputas había un territorio común: una isla caribeña.

4.2) La revolución cubana y el guevarismo

Entre otros factores, esta revolución ganó importancia internacional porque ocurrió a sólo 145Km de los EEUU e introdujo nuevas tácticas, teorías, ética y estética (Sweig, 2002). La revolución ahora se volvía tropical y hablaba el español, lo que facilitó su popularidad en

América Latina. Hasta la actualidad, permanece un objeto de mucha relevancia historiográfica y de múltiples pasiones. Curiosamente, fuera de la academia, muchos de sus defensores y detractores coinciden en una simplificación dudosa: mirar a Cuba socialista como un mero satélite soviético. Algunos de los primeros reducen el éxito de la revolución al apoyo militar y estratégico soviético, perspectiva común a la mayoría de los PCs, incluso al PCU. En contrapartida, hay los que justifican o matizan la reacción imperialista basándose en la “teoría de los dos demonios”: presentan a Cuba como un peón soviético que estimulaba la “subversión” en América Latina.

Entendemos que ambas miradas son dualistas, menosprecian el rol de los revolucionarios cubanos y no ayudan a comprender la complejidad del proceso, con sus avances y retrocesos, objetividades y subjetividades, coherencias y contradicciones.

Otro aspecto que se debe matizar sobre Cuba es su supuesto absoluto retraso en relación con América Latina. De hecho, Cuba fue el penúltimo país en el mundo a abolir la esclavitud y buena parte de sus trabajadores vivían en condiciones muy precarias. Sin embargo, la propia naturaleza de superexplotación del trabajo, la dependencia de los ciclos del azúcar y sus variaciones en el mercado internacional crearon una tradición de resistencia y organización obrera superior a la mayoría de la región en la primera mitad del siglo XX (Zanetti, 2008). Si bien bastante desigual, la sociedad cubana tenía una reducida y poderosa pequeña burguesía educada, que por veces se radicalizaba a la izquierda, como hizo el joven abogado Fidel Castro.

Experiencias históricas como la Guerra de Independencia, la Revolución de 1940 y las diversas huelgas obreras forjaron una tradición de lucha antiimperialista y antidictatorial. Para Florestán Fernandes (2007), la combinación de esos factores con la debilidad y dependencia de la burguesía nacional y del propio Estado cubano posibilitaron la ruptura socialista. Este autor destacó el carácter abierto de la revolución cubana, pensada por los revolucionarios, a partir de sus experiencias, sin seguir a ningún esquema predeterminado. La imposibilidad de una revolución democrático-burguesa y antiimperialista por el colapso de la dominación colonial había contribuido para la radicalización del proceso. Al contrario de los bolcheviques, los cubanos no eran revolucionarios profesionales, sino jóvenes amantes de la revolución.

Si analizamos al proceso cubano desde 1953 constatamos la heterogeneidad de los revolucionarios, sus clases y proyectos. Más allá de su magnetismo político, la legitimidad de Fidel Castro se relaciona con su capacidad de diálogo con todos ellos: el llano y la sierra, los más radicales y los más moderados, los jóvenes y los políticos tradicionales disidentes, los que vivían en Cuba y los exiliados, los obreros, los campesinos y los sectores de la clase media, entre otros. Las alianzas cambiaron conforme la correlación de fuerzas. El PSP, por ejemplo,

era un típico partido comunista prosoviético, que apostaba en las elecciones de 1954 mientras Fidel intentaba la toma de los cuarteles enemigos (Rojas, 2015). Las contradicciones entre los revolucionarios se profundizaron con la conquista del poder. El PSP pasó a ocupar más cargos en el gobierno y a defender la aproximación a la URSS (Domínguez, R., 2013).

Se necesitaba de una política exterior que solucionara a los enormes desafíos económicos sin traicionar a la revolución. Ella surgió a partir de la síntesis entre idealismo revolucionario y realismo. El primero tuvo un célebre argentino como símbolo. Nacido en 1928 en una familia burguesa, Ernesto Guevara, de apodo “Che”¹⁸, dejó la facultad de medicina con apenas dos asignaturas de graduarse para viajar como mochilero por América Latina. La desigualdad y la pobreza que observó influyeron en la perspectiva revolucionaria, internacionalista, no dogmática y algo voluntarista que construyó. Testigo del golpe en Guatemala en 1954, Guevara se trasladó a México, donde ingresó en el Movimiento 26 de julio (M-26-7) y conoció a los hermanos Fidel y Raúl Castro. Guevara se tornaría uno de los principales líderes guerrilleros y políticos de la Revolución y del Estado socialista que surgía. Contrario a la coexistencia pacífica soviética, el Che militaba por la expansión de la revolución mundial e incluso dejó a Cuba en 1965 para dedicarse hasta la muerte a esta tarea.

La otra cara de la política exterior cubana, el realismo, era estimulado por la razón de Estado, que tenía necesidades concretas e independientes de la ideología del gobierno. Esas necesidades surgen de la ausencia de algunos recursos naturales. Así, ningún país se sostiene sólo, menos aún una isla caribeña de economía periférica, dependiente, en crisis y de industrialización incompleta. Eso imponía la necesidad de buscarse aliados estratégicos. Único país socialista de la región, Cuba luchaba contra el aislamiento por el embargo económico estadounidense e intentó mantener buenas relaciones con gobiernos de distintas ideologías. La exclusión de Cuba del sistema interamericano empujó el país hacia la URSS (Domínguez, J., 2004). Por un lado, la superpotencia ayudaba en la supervivencia militar de la isla, por otro, no estimulaba que Cuba tuviera una siderurgia propia, capaz de explorar a sus recursos.

Las relaciones entre los países eran complejas y ambiguas. En lo público, la isla tensionaba con la superpotencia y disputaba la influencia sobre otros países socialistas o tercermundistas. En lo privado, trataba de preservar los lazos con la URSS. En los 60, Cuba intentó mantener buenas relaciones diplomáticas con casi todos los países, en marcos tradicionales, en los cuales respetaba el principio de la autodeterminación de los pueblos: jamás

¹⁸ conocida interjección rioplatense equivalente a “oye” o “hey”. También se utiliza en el sur de Brasil.

apoyó guerrillas en países con que cultivaba relaciones. Igualmente, Cuba fue excluida de la OEA en 1962 y casi todos los países americanos romperían relaciones con la isla a lo largo de los 60. Cuba respondió estimulando guerrillas y movimientos de liberación nacional en países con los cuales no tenía relaciones diplomáticas. El internacionalismo militante del Che era un arma que demostraba las capacidades de su política exterior y presionaba a la URSS, como en esta intervención, en 1962 (Domínguez, R., 2013, p.78).

La actitud de Latinoamérica está muy cerca a nuestro destino futuro y al destino de nuestra Revolución en sus afanes de expansión ideológica, porque las revoluciones tienen esa característica, se expanden ideológicamente, no quedan circunstancias a un país

La perspectiva guevariana recuperaba el pensamiento revolucionario de Lenin y Trotsky (Gaido y Valera, 2016) y se oponía al pragmatismo soviético de la coexistencia pacífica. Como buen ajedrecista, el Che miraba a todo el tablero global y concluía que la mejor defensa sería el ataque. Para él, defender a la revolución significaba expandirla, para cambiar la correlación de fuerzas geopolítica, conquistar más aliados internacionales y romper el aislamiento. En la misma intervención, Guevara analizó las posibilidades de lucha en varios países latinoamericanos. Sobre el Uruguay, polemizó que “la situación creada por los golpes derechistas y la filosofía de la toma del poder mediante frentes populares y elecciones provoca apatía frente a la revolución cubana” (p.81). Parece evidente que las críticas se dirigen al PCU. Rescatamos ese discurso para cuestionar el mito que él “desautorizó” la revolución en Uruguay.

Leibner (2011, p.396), por ejemplo, remite al discurso del Che en el paraninfo de la UdelaR en 1961, cuando dijo que “no había que malograr la oportunidad de disponer de medios democráticos y pacíficos de expresión y de lucha política mientras estos estaban abiertos a las fuerzas revolucionarias”. El historiador opinó que el mensaje a los uruguayos del Che parecía corroborar la estrategia de sus anfitriones del PCU. Entendemos que esa conclusión descontextualiza elementos importantes del discurso. Uno de ellos es el contexto. El discurso fue proferido en agosto 1961, cuando hacía cuatro meses que Cuba enfrentara la invasión a Playa Girón¹⁹, pero todavía no se había dado ni la segunda declaración de la Habana²⁰, ni la expansión del embargo económico sobre alimentos y medicaciones ni la crisis de los misiles. En Uruguay, la crisis económica todavía no se había profundizado ni se había realizado el

¹⁹ La invasión a Playa Girón fue un intento fallido de invasión a Cuba por parte de los EEUU en abril de 1961. La superpotencia buscaba dominar a una parte del territorio cubano, formar un gobierno provisional que remplazara a Fidel Castro y sería reconocido por la OEA. El fracaso produjo un resultado opuesto: fortaleció la Revolución Cubana, Fidel Castro y la alianza estratégica entre Cuba y la URSS.

²⁰ En dicha declaración, del 04 febrero de 1962, Fidel Castro públicamente afirmó el carácter socialista de la revolución,

Congreso del Pueblo. Cuba todavía apostaba a la coexistencia pacífica puesto que mantenía relaciones diplomáticas con muchos países latinoamericanos. Al fin, alertamos los peligros de descontextualizar un discurso, expandiendo su validez para los años subsecuentes.

Otro elemento fundamental del discurso es su emisor. En la ocasión, Guevara no habló como dirigente revolucionario, sino como diplomático de un Estado que mantenía relaciones con el Uruguay, lo que explica su recepción oficial por el gobierno. Por último, se hace importante considerar el lugar y los destinatarios del discurso. Él ocurrió en el paraninfo de la universidad: no estaba dirigido a la militancia revolucionaria. Quien lo escuchaba era principalmente la heterogénea comunidad universitaria, situación que demandaba un discurso más moderado. Aunque hubiera elementos para una revolución en Uruguay no nos parecería razonable que un representante diplomático se la defendiera abiertamente, y aun menos para un público tan amplio, reunido en un momento solemne.

De vuelta al discurso del año siguiente, 1962 (Domínguez, R., 2013, p. 97), el ajedrecista Che destacó un principio común a la política y al deporte: defenderse contra las ideas del adversario.

el imperialismo, aunque no se desangre en realidad, porque pierde poco, va perdiendo puntos de apoyo; no hay que olvidarse de una cosa importante; los norteamericanos son bastante previsores, no son tan estúpidos como parecen, se equivocan, es verdad, pero no son tan estúpidos como parecen

La perspectiva del Che contrastaba con el triunfalismo del PCU, que repetidamente reafirmaba que el imperialismo estaría aislado. Para que no resten dudas sobre las crecientes divergencias de Guevara con Moscú, analizamos a su conocido discurso de Argel (1965), realizado en la conferencia afroasiática. Él afirmó la legitimidad de su discurso por la identidad de país subdesarrollado compartida entre Cuba y los países reunidos. Tras estimular la unidad entre el tercer mundo²¹ y los países socialistas, el revolucionario defendió el equilibrio de la alianza. Guevara denunció la desigualdad del comercio entre el Tercer Mundo y los países

socialistas, que se basaba en los precios internacionales capitalistas y mantendría la dependencia de los países más pobres.

El Che invitaba a los países socialistas a abrir su bolsillo para permitir el desarrollo de los países más pobres. Para él, no hacerlo e insistir en aumentar el comercio internacional bajo las reglas del capitalismo significaría ser cómplice de la explotación. Guevara cuestionó las

²¹ Término Creado por el economista francés Alfred Sauvy en 1952, el término designaba a los países que no pertenecían a ningún de los dos bloques que estaban enfrentados en la Guerra Fría

instituciones burguesas y propuso la igualdad entre países, a partir de una nueva división del trabajo. Demandó la cooperación técnica, productiva y militar de los países socialistas. Reivindicándose tercermundista, buscó actuar como ejemplo para los afroasiáticos y promovió un debate frecuente en la actualidad: la necesidad de revisar los privilegios. Con eso, nos parece que sutilmente golpeaba a la URSS. Las diferencias entre ambos aumentarían en los dos años siguientes. Guevara dejó en Cuba todos sus cargos y marchó hacia la revolución mundial: ayudó a organizar la lucha anticolonialista en el Congo, pasó algunos meses en Checoslovaquia donde se preparó para la guerrilla en Bolivia, su último destino. Se había especulado la ruptura entre él y Fidel, lo que jamás se comprobó (R. Domínguez, 2013).

A pesar de los triunfos reaccionarios en Brasil, Argentina y Bolivia, las perspectivas revolucionarias se fortalecían en el mundo. Distintas luchas se combinarían en el explosivo y desordenado 1968. Tocaba a la izquierda rearmarse para enfrentar los desafíos siguientes. No sería fácil. La Tercera Internacional había sido cerrada en 1943 por Josef Stalin²² y la Cuarta Internacional²³ era minoritaria en la izquierda. La Conferencia Tricontinental y la OLAS representaban un nuevo intento reunificador, en lo cual Cuba cumplía un rol fundamental. El pragmático Fidel Castro tenía una carta en cada mano: en la izquierda, el internacionalismo guevariano, en la derecha, la alianza estratégica con Moscú.

4.3) La Conferencia Tricontinental (1966)

En enero se realizó la Conferencia Tricontinental, que reunió líderes de África, Asia y América Latina y fue observado por la prensa internacional. Arismendi fue uno de los únicos dos suramericanos, lo que confirma su prestigio personal y el respeto que gozaba el PCU. Estudios cubrió el evento, compartió muchas de sus resoluciones para su análisis. La edición N°39 trabajó sobre el informe del comité internacional preparatorio. El documento brindó algunas pistas sobre la construcción y la correlación de fuerzas dentro del movimiento. Llama la atención la mención constante a Cuba como promotora de la unidad y se reconoció al país por su solidaridad con las luchas anticoloniales. La elección de la Habana como anfitriona fue posible por la relativa independencia del país en la disputa sino-soviética.

Notamos algunas diferencias entre la línea del PCU y el espíritu de la Tricontinental. El documento de la conferencia afirmó que la victoria no florecería por generación espontánea:

²² La III Internacional fue una organización internacional fundada por Lenin en 1919. Tras asumir Stalin, fue perdiendo su carácter internacionalista e independiente, siendo controlada por la burocracia soviética, hasta ser disuelta por Stalin, en 1943 en un contexto de Segunda Guerra Mundial.

²³ La IV Internacional fue una organización de todos los partidos y movimientos críticos al estalinismo. Esa internacional fue fundada en 1938, pero se debilitó tras el asesinato de León Trotski en 1941

“cada pueblo debe decidir su propio destino y no estar sujeto a una dirección extraña a sus intereses vitales” (p.22), lo que nos parece un mensaje al neocolonialismo y a la URSS, pues la liberación sería una tarea intransferible. También en la táctica percibimos una postura más radicalizada: se afirmó que “los pueblos de los tres continentes deben responder a la violencia imperialista con la violencia revolucionaria” (p.25). Demandante como el discurso de Argel, el informe exigió la solidaridad de los pueblos socialistas con las luchas anticoloniales.

La agenda aprobada incorporó la demanda por una política económica más equitativa a nivel mundial. Asimismo, alcanzó definiciones importantes sobre las armas nucleares y la coexistencia pacífica. Si bien las resoluciones de la conferencia eran más recomendatorias, imponían cuestionamientos a la URSS y China, potencias nucleares. La defensa de la paz y de la coexistencia pacífica podrían resultar tramposas para los demás países pues aportaban al mantenimiento del statu quo. No en balde, en la agenda aprobada en la Tricontinental (p.29, destaque nuestro) estaba la

lucha por la proscripción del uso, producción, experimentos, y almacenamiento de armas nucleares, por la **completa** destrucción de **todas** las armas nucleares actuales, por la liquidación de todos los medios para su producción, y en favor del desarme y de la paz mundial

Los países tercermundistas propusieron una agenda común también sobre la coexistencia pacífica, que presuponía la elaboración de una definición común a los países de las tres regiones. La Tricontinental ensayaba una identidad y un programa tercermundista que no pretendía sacrificar el bienestar de sus pueblos por las razones de Estado de las potencias socialistas. No sólo el Che trababa esa lucha. Había un caldo cultural y político que alteraba las percepciones tradicionales acerca de temas como la revolución y la lucha anticolonial que formaba una nueva generación de líderes de izquierda, originarios de países periféricos.

También presente en Estudios, la declaración general proclamó el derecho de los pueblos a recurrir a todas las formas de lucha (incluso la armada) para conquistar su total independencia, el derecho al comercio equitativo y el combate al racismo y a todas las formas de discriminación. Al fin, se demandó el apoyo material y moral a los que luchan, incluso en todas las guerrillas latinoamericanas. La agenda se acercó más al fervor revolucionario cubano que a la coexistencia pacífica. Sobre ese tema, se emitió una resolución (p.48)

la coexistencia pacífica se refiere exclusivamente a las relaciones entre estados de diferentes regímenes sociales y políticos. No puede referirse a la coexistencia entre las clases sociales explotadas y sus explotadores en el seno de un país ni tampoco a la lucha de los pueblos oprimidos por el imperialismo contra sus opresores

La resolución política general presentó a Cuba como estímulo a los pueblos de los tres continentes. Mientras la URSS y China externalizaban sus divergencias geopolíticas, reproducidas en la política por sus seguidores, Cuba evadía esa dualidad y conquistaba el respeto de distintos pueblos y fuerzas políticas por su solidaridad concreta y su legitimidad tercermundista: actuaba por el ejemplo, de modo proactivo y propositivo. Específicamente para América Latina, la conferencia creó un organismo continental, la OLAS, que se reuniría por primera vez en el año siguiente, también en la Habana.

Al finalizar la conferencia, Fidel Castro la consideró un éxito, por la amplia participación de países. Afirmó la unidad del movimiento comunista internacional y comparó la situación al momento de elaboración del Manifiesto Comunista por Marx y Engels, como de elaboración teórica y acenso de luchas. En su momento, los aportes de esos teóricos se conectaron con sus participaciones militantes en el movimiento obrero, que culminó en la Primera Internacional²⁴. La Tricontinental aspiraba cumplir similar tarea. Fidel afirmó la disposición de Cuba para luchar contra el imperialismo en cualquier lugar del mundo, demarcando la necesidad de ser revolucionario no sólo en la teoría sino en la práctica. Sobre el Uruguay, destacó la solidaridad a Cuba y opinó que (p.73, destaques nuestros)

Nosotros creemos que, en este continente, en todos o casi todos los pueblos, la lucha asumirá las formas más violentas. Y cuando se sabe eso, lo único correcto es prepararse para cuando esa lucha llegue, ¡prepararse! (Aplausos) Naturalmente esa lucha estallará primero allí donde -como dice la declaración de la Habana- las condiciones de opresión imperialista son más descarnadas, allí donde todas las vías están absolutamente cerradas, tal como sucede en la mayor parte de los países de este continente. Y **aun** allí, donde **todavía** la burguesía y el imperialismo ejercen su dominio de clase por medios constitucionalistas, como es el caso del Uruguay, allí se manifiesta de manera cada vez más palmaria la fuerza del movimiento de masas y el espíritu revolucionario del pueblo

A partir de las palabras destacadas, interpretamos que Fidel jamás negó la posibilidad de una revolución en el Uruguay. Simplemente evaluó que las condiciones no existían, ya que el dominio de clase “todavía” se daba en marcos constitucionales. Para él, era más probable que el Uruguay en algún momento alcanzaría su clímax, y él apostó a la fuerza del movimiento de masas. El contraste entre la presencia de Fidel y la ausencia del Che en la conferencia alimentó especulaciones sobre una posible ruptura. Fidel rechazó la hipótesis y acordó que el argentino siempre había manifestado su deseo de dejar a Cuba cuando terminara la lucha. Los

²⁴ La I Internacional fue fundada en 1864 para organizar el movimiento obrero internacional. Los comunistas y anarquistas disputaron su hegemonía. En la década de 1870 el organismo perdió fuerza. El próximo intento unificador ocurriría en 1889, II Internacional

rumores fueron alimentados por sectores trotskistas, recelosos de que él podría haber expulsado, encarcelado o asesinado a Guevara. Tal actitud empujó a Castro hacia una perspectiva bastante dura contra los trotskistas, a quienes acusó de agentes del imperialismo. Aunque hubiera coincidido con los soviéticos en esas críticas, Fidel también criticaría el estalinismo, como veremos en el próximo apartado. Eso confirma su tendencia de presentarse como alguien más práctico que teórico.

La Tricontinental también fue acompañada por Marcha. En la edición del 14 enero de 1966, Carlos Núñez trajo una cobertura prolija. Este periodista acompañaría al Che en su campaña en Bolivia en el año posterior. En rasgos generales, su perspectiva coincidía con la del MLN-T, a quien se incorporaría más tarde. Núñez saludó el éxito de la conferencia, sin ocultar las disputas, desafíos y prácticas secretistas del evento, con muchas reuniones a puertas cerradas. Resaltó la pluralidad de concepciones, la necesidad de una síntesis y que la independencia de Cuba con relación al conflicto sino-soviético y el protagónico rol cubano otorgaban un carácter propio a la conferencia. Las buenas relaciones de Cuba con todos los participantes ameritaron su elección como sede del Comité de la Tricontinental.

En la edición N°39 de Estudios, Arismendi escribió “La verdad sobre la Conferencia Tricontinental”. El uso de la palabra “verdad”, antecedida por el artículo definido “la” nos sugieren una retórica defensiva y dualista, característica de quien se siente cuestionado, tal vez justo por la nueva izquierda, procubana y antisoviética. Arismendi destacó la repercusión de la conferencia, que reunió delegados de 82 países, que alertó a distintos países imperialistas, quienes respondieron duramente. Por ejemplo, en octubre 1965, tres meses antes de la conferencia, Ben Barka fue asesinado en París por agentes del servicio secreto francés. El crimen tuvo gran repercusión pues la víctima era un activista por la independencia marroquí contra el colonialismo francés y español, uno de los principales líderes tercermundistas y el presidente del comité de la Tricontinental. A lo largo del texto, Arismendi no expuso ninguna polémica: defendió las consignas aprobadas, denunció la contradicción de la prensa burguesa uruguaya, que consideró la conferencia una intervención extranjera en asuntos internos, pero siempre apoyaba los casuismos e irregularidades de la OEA. Afirmó (p.96) que

Uruguay es un país intervenido económicamente por el Fondo Monetario Internacional; pero es intervenida la Policía de Montevideo por el FBI, por la policía de los EEUU que hay fichado el país entero; los teléfonos están controlados y las partes van a la embajada norteamericana; y la misión de los Estados Unidos tiene sus oficinas en el Estado Mayor del Ejército uruguayo, con sus comunicaciones directas con los Estados Unidos; y controlan los aeropuertos; y dirigen sus policías particulares. Eso es un país intervenido

Las denuncias, que en gran parte serían confirmadas por los trabajos de Aldrighi (2012), nos invitan a cuestionar la presunta solidez de la democracia uruguaya y las posibilidades legales abiertas para las fuerzas progresistas en un periodo en que cada vez más los Estados nacionales ejecutaban de modo terrorista su agenda contrarrevolucionaria. El asesinato de Ben Barka no fue un hecho aislado. En los 60 diversos otros líderes anticolonialistas, antirracistas y/o tercermundistas serían asesinados, como Félix-Roland Moumié (1960), Patrice Lumumba (1961), Sylvanus Olympio (1963), Malcolm X (1965), Ernesto Guevara (1967), Martin Luther King Jr. (1968), Eduardo Mondlane (1969), entre otros.

Acercas de las posibilidades revolucionarias, Arismendi no se definió y reforzó la consigna más genérica y consensual posible: la admisión de las distintas formas de lucha, porque cada pueblo debería elegir su destino, ya que las revoluciones no podrían ser exportadas. Consciente de las distintas orientaciones dentro del movimiento comunista internacional, Arismendi parecía hacer un lance de espera, aguardando por pistas de los acontecimientos en la región y en el mundo, mientras se prepararía para distintas posibilidades. Con una posición más flexible, el PCU mantenía las buenas relaciones con la URSS, con Cuba y con distintos PCs de la región.

Al fin, el secretario general justificó por qué fue el F.I. de L. quien representó el Uruguay en la Tricontinental, hecho que generó acusaciones de que el PCU había monopolizado o usurpado esa representación. Arismendi eximió al partido de cualquier responsabilidad y sostuvo que la representación había sido definida por quienes convocaron la conferencia. Así, recurrió a la resolución de preparación de la Tricontinental, que determinaba que las representaciones deberían ser antimperialistas, masivas y unitarias. Si no tocaba al PCU elegir a la delegación uruguaya, ¿podría el partido invitar a otras fuerzas de izquierda para sumarse? Para Arismendi (pp. 98-99, destaque nuestro) sólo habría un camino:

que estas representaciones admitieran integrarse al Frente Izquierda de Liberación. De otra manera la ley de la Conferencia no lo permitía (...) No nos cuesta decir que hubiéramos compartido gustosamente la delegación con otras organizaciones dentro del **lema** FIdel, lo único que permitía el estatuto

Considerando la inspiración unitaria de la Tricontinental, nos preguntamos ¿cuál sería el espíritu y el objetivo de la mencionada ley? Nos suena exagerado atribuir tal rigidez a una conferencia de carácter más movilizador que formal. Nos detuvimos en el uso de la palabra “lema”, que remite a las elecciones uruguayas. Arismendi comparó las reglas del evento con el complejo sistema electoral uruguayo, lo que no resultó claro ni argumentado. Los otros sectores de izquierda opinaron que si el F.I. de L quisiera podría haber intentado expandir la

participación a otras fuerzas de izquierda. No obstante, sonaría maniqueista culpar sólo al PCU por la falta de acuerdo. No hacía mucho que el PS había actuado de modo sectario con relación al PCU, incluso rechazando la construcción de una alianza política y electoral que el PCU proponía. Teniendo en cuenta la histórica rivalidad entre los partidos, el PCU optó por jugar burocráticamente con el reglamento y fue bastante criticado. El sectarismo de ambos parece una muestra de los desafíos para unificar la vanguardia.

4.4) La Organización Latinoamericana de Solidaridad – OLAS - (1967)

Su realización se dio en un período marcado por la intensificación de las luchas anticoloniales y el fervor revolucionario cubano. Aunque conectadas, las luchas de los pueblos latinoamericanos y afroasiáticos tenían diferencias. Estos luchaban contra el colonialismo europeo directo. Mientras tanto, los EEUU apoyaban el proceso de descolonización para disputar con el campo socialista la influencia sobre los nuevos Estados independientes. En contrapartida, la casi totalidad de los países latinoamericanos ya había logrado su independencia, aunque siguiera sometido al yugo económico (y a veces militar) de los EEUU. La superpotencia alternó entre intervencionismo directo y la dominación económica y cultural.

La estrategia estadounidense se basaba en la retórica panamericanista, que estimulaba que los demás países miraran a la superpotencia como un gran hermano. Su combinación con el anticomunismo era utilizada para justificar la defensa de una supuesta seguridad hemisférica. En ese sentido, los EEUU actuaron de diversas formas. Por ejemplo, promovieron acciones militares violentas como la invasión a República Dominicana y financiaron a golpes de Estado, dictaduras y organizaciones políticas y empresariales anticomunistas. Bajo el pretexto cultural, financiaron investigaciones académicas, por medio de fundaciones como Ford y Rockefeller en distintos países latinoamericanos de interés estratégico para el Departamento de Estado (Benedetta, 2012). Económicamente, se volvieron acreedores de las dependientes economías latinoamericanas y utilizaron de instituciones como el FMI y el Banco Mundial para que los gobiernos latinoamericanos atendieran a sus exigencias.

Políticamente, los EEUU se alejaban de la ONU, (por la posibilidad de veto soviético en el Consejo de Seguridad) y respaldaban a la OEA, instrumentalizada para sus intereses. Esa opción geopolítica era justificada por la alegación de jurisdicción regional de los conflictos. En términos jurídicos, los EEUU recurrían al Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca (TIAR), firmado por casi todos los principales países a fines de los 40, en el inicio de la Guerra Fría latinoamericana. El tratado estipulaba que una agresión contra cualquier país americano también lo sería contra los demás. Se manipuló el TIAR para caracterizar la Revolución Cubana

como agresión extranjera (soviética) y excluir a Cuba de la OEA. Asimismo, la superpotencia impulsó la Alianza para el Progreso, un plan de ayuda económica para la región, para contrarrestar la influencia de la revolución, aunque con menos presupuesto que recibían continentes considerados más estratégicos, como Europa y Asia (R. Domínguez, 2013).

América Latina tampoco era prioritaria para la URSS, que, bajo la lógica de coexistencia pacífica, reconocía la influencia estadounidense en la región. Tal aceptación desagradaba a las intenciones cubanas. En ese contexto surgió la OLAS, en 1967, resultado de la Tricontinental, en clara oposición al proyecto estadounidense. Mientras la superpotencia construía alianzas entre los Estados nacionales, la OLAS se pretendía una alianza entre pueblos y movimientos revolucionarios, un proyecto contrahegemónico de integración regional. Marchesi (2019) destaca la repercusión que la conferencia generó por parte de los gobiernos de los EEUU y algunos latinoamericanos. En el caso del Uruguay, analizaremos en el próximo capítulo como los gobiernos de Óscar Gestido (1967) y Pacheco Areco (1967-1972) endurecieron la represión luego de la OLAS.

El discurso de Fidel Castro en 13/03/1967, publicado en la edición de 31/03 de Marcha, evidenció la radicalización de la política exterior cubana. En esta edición, Carlos María Gutiérrez, alineado con la nueva izquierda, señaló que Fidel habría afirmado su independencia con relación a la disputa sino-soviética y polemizado con el frentismo democrático-burgués. Gutiérrez opinó que Fidel había logrado anular el poder de la vieja guardia estalinista del PSP, integrándolo al nuevo PC cubano sin traumas. El periodista opuso el revolucionarismo cubano a la politiquería de ciertos PCs latinoamericanos, una clara alusión al PCU. Fidel denunció la coincidencia de perspectiva entre el imperialismo, la oligarquía y “algunos señores y organizaciones que se intitulan revolucionarios”.

Gutiérrez consideró que Fidel seguía una línea guevarista, en oposición a algunos dirigentes de la ortodoxia estalinista, leales a la URSS. Tras el retiro inconsulto de los misiles, Cuba estaría buscando en América Latina un nivel de solidaridad que Moscú ya no brindaba. Eso respondía al aumento de golpes y a la consolidación de dictaduras en la región. Fidel denunció que el movimiento comunista internacional no era una iglesia y que la relación de Cuba con los PCs se basaría en “los principios estrictamente revolucionarios”. Asimismo, denunció la concesión de préstamos de la URSS a países que reprimían las guerrillas: demarcó que la revolución jamás sería satélite de nadie. La radicalización alcanzaría su auge en la OLAS y en sus dos meses posteriores.

El periodista francés K. S. Karol también verificó el fenómeno, y lo reportó en la edición de 22/09 de Marcha. Cuando retornó a la Habana se impresionó por la sustitución de carteles

que decían “Cuba no está sola” y exhibían un obrero cubano confraternizando con un soldado soviético por otros que exaltaban la lucha antimperialista y/o América Latina. Él lo interpretó como reafirmación de la ideología revolucionaria, pero alejada de la iglesia del comunismo. Otro ejemplo que señala ese cambio fue el discurso de Fidel el 26/07, en el cual dijo que Cuba estaría sola y expuso los desafíos de consolidar la revolución.

Como en la Tricontinental, el debate sobre quien podría participar de la OLAS fue desafiante. Si bien Cuba buscaba construir amplias y respetuosas relaciones con distintos sectores de izquierda, no tenía la capacidad de finalizar las históricas rivalidades nacionales. El caso uruguayo fue bastante emblemático por la repercusión pública que ganó la formación de su comité nacional. De un lado estaba el PCU, que, como principal partido de izquierda, impuso ser la mayoría en la representación. Eso generó el reproche de sectores radicalizados de la izquierda, a quienes el PCU tildaba de seudorrevolucionarios y divisionistas. Entre esos sectores destacamos el PS y algunos periodistas de Marcha. Los tupamaros también estaban en este campo, pero su clandestinidad dificultaba la participación.

En los meses anteriores al evento, los dos grupos trabaron una fuerte disputa ideológica que se encuentra en las cartas de los lectores de Marcha. En contadas cuentas el embate traspasó lo político y ambos lados subieron de tono, aprovechándose de la posibilidad de escribir anónimamente. Aunque mayoritaria en el comité uruguayo, la posición del PCU sería derrotada en la OLAS. El 29/07, días antes del evento, Gutiérrez proyectó en Marcha que esperaba la polarización entre posiciones insurreccionales y oportunistas. Opinó que la conferencia sería un marco para el proceso de liberación latinoamericana y que podría causar virajes en la línea política de algunos PCs. No obstante, resaltó que la OLAS no debería prescindir de su carácter unificador y admitió la importancia de los PCs. Por último, subrayó que, al contrario de la Tricontinental, las resoluciones se darían por mayoría (y no por unanimidad): confirió a la delegación cubana las responsabilidades de vanguardia del proceso.

La mirada de Gutiérrez sobre el PCU ayuda a explicar la compleja perspectiva de otros sectores de la izquierda uruguaya acerca del partido. Por un lado, la caracterización de su línea como “oportunista” es una dura crítica dentro de la cosmovisión marxista, ya que los oportunistas son considerados traidores de la revolución. No en balde, los libros que mencionamos de Marx, Lenin y Rosa Luxemburgo destinan un buen espacio para polemizar con quienes consideraban oportunistas. Por otro lado, es la línea – y no el propio partido – que Gutiérrez criticó. Tal opción, más allá de su expectativa sobre un viraje, reconocía la importancia de los PCs y revelaba cierto respeto de la nueva izquierda por el PCU. Curiosamente, la construcción discursiva del periodista parece etiquetar el partido en la misma

categoría que ese lo hacía con la nueva izquierda: la de “revolucionarios sinceros, pero equivocados” (Leibner 2011).

Antes de la OLAS, era evidente el reproche de Cuba a la dirección de PCs como el venezolano, quien Fidel Castro consideró traidor de la guerrilla y derechista en su discurso de marzo. Sin embargo, como ya verificamos, lo mismo no sucedía con relación al PCU, a quien Cuba respetaba. El propio Gutiérrez lo señalaba, acordando que Arismendi había sido contemplado con una de las vicepresidencias del evento, como modo de buscarse la unidad lo más amplia posible. En la misma edición de Marcha, de 29/07, Carlos Núñez sugirió que el partido podría representar un punto medio, que admitía la lucha armada en un futuro lejano y la solidaridad con las guerrillas. El PC chileno señalaría apoyar a la “línea Arismendi”. O sea, el PCU no haría la guerrilla en el Uruguay, pero tampoco criticaría quien lo hiciera. A pesar de las diferencias políticas, muchos militantes del partido acogieron en sus casas a tupamaros perseguidos (Leibner, 2011). Por lo tanto, el PCU buscaba un acuerdo que aceptaba la guerrilla como fórmula principal para el continente, pero que reconociera la excepcionalidad uruguaya.

La OLAS finalizó en un clima de paz y unidad entre los participantes, pero expresó la oposición entre la posición guerrillera cubana y la reformista prosoviética: la primera triunfó. A pesar del amplio consenso sobre el apoyo a la revolución cubana, había disputa sobre como brindarlo (Marchesi, 2019, p.39)

Para algunos, era un caso único que debería ser respaldado contra la agresión estadounidense y podía ser imitado en algunos de sus programas de reformas, para otros, era un ejemplo a seguir, no solo por sus reformas sino por la modalidad de acceso al poder.

Uno de los resultados de la conferencia fue el impulso a la nueva izquierda, heterogénea e inspirada en distintas tradiciones como trotskismo, guevarismo y maoísmo. Su eslabón común era la Revolución Cubana, en especial el Che Guevara. Desde Bolivia, donde luchaba, él había aclarado su apoyo al evento en abril 1967 por medio de una publicación en la revista Tricontinental. Su manifiesto defendió la guerra global contra el imperialismo, polemizó con la coexistencia pacífica y reafirmó su alianza con Fidel Castro.

Más pragmático que el Che, Fidel mantenía una relación contradictoria con la URSS. En público, cuestionaba abiertamente algunas de sus políticas, en lo privado, trataba de garantizar la alianza estratégica. Castro no aceptaba que su país fuera un mero satélite y proponía una política alternativa que confiriera a Cuba un rol más protagónico en el movimiento comunista internacional, como fueron los casos de la Tricontinental y de la OLAS. En ambas Cuba tuvo en su favor la condición de anfitriona. La OLAS, en particular, se dio en

una región de poca influencia soviética. La composición amplia y heterogénea de la organización señalaba su carácter en abierto. Para consolidar el prestigio cubano, Fidel apostó en mantener buenas relaciones con la nueva y la vieja izquierda.

Esa táctica permitió que se alcanzaran términos más cercanos a Cuba. Fidel mordía, pero soplaba siempre que veía la unidad afectada. Se conquistó la unanimidad en distintos temas. El nudo estuvo en el apoyo a las guerrillas. Triunfó la posición cubana y se votó una moción de condena a la URSS por haber prestado asistencia técnica a los gobiernos de Chile, Brasil y Colombia. La moción fue aprobada por quince votos, ocho abstenciones y los tres votos contrarios de los PCs de El Salvador, Bolivia y Uruguay (Marchesi, 2019). A pesar del flirt con Cuba, el PCU no deseaba enfrentar a la superpotencia: prefería una solución más conciliatoria y amortiguadora, a la uruguaya. Resulta emblemático que el Partido Comunista de Bolivia (PCBI) haya votado en contra la resolución, mientras boicoteaba la guerrilla.

Fidel cerró el evento con un discurso crítico a los soviéticos. Fue ovacionado por seis de los siete miembros del estrado de la dirección del evento, lo que confirmaba el prestigio cubano en la región. El único miembro que no lo hizo fue justamente Arismendi, quien permaneció sentado y de manos cruzadas (Marchesi, 2019). Tal actitud parece sugerir que el viraje que se procesaba en la línea política del PCU tenía más que ver con las presiones que sufría conforme se agudizaba la lucha de clases en Uruguay que a un cambio de convicción del secretario general.

La situación invita que se eviten abordajes psicologistas, que menosprecian la coyuntura. Nos parece que ni siquiera un partido centralizado como el PCU esté inmune a las presiones de su base, principalmente la juventud. La radicalización juvenil era un trazo del periodo. No en balde, menos de un año después de la OLAS venía el 68 mundial, que tendría el Che Guevara como un símbolo que transcendía la lucha socialista para representar la propia rebeldía generacional. Más allá de la presión de masas, el PCU sufría en la vanguardia el distanciamiento de un importante aliado, el MRO, cofundador del F.I. de L. En el comité uruguayo en la OLAS, el MRO acompañó el PS y las tesis cubanas. Cuestionado, el PCU necesitaría readaptarse a la nueva correlación de fuerzas en la interna de la izquierda latinoamericana, mayoritariamente favorable a la línea cubana victoriosa en la OLAS.

Destacamos algunas resoluciones: se reconoció la lucha armada como la principal forma de lucha, jerárquicamente superior a las demás; se conformó una estructura jurídica que actuaría por mayoría, cuyo órgano máximo se reuniría cada dos años; se aprobó la posibilidad de entrada y salida de miembros de los comités nacionales, confirmando su carácter dinámico; se afirmó la falta de compromiso de las burguesías nacionales con la revolución; se señaló el campo como

locus privilegiado de la revolución. Las resoluciones evidenciaban el crecimiento político de Cuba y del Tercer Mundo en el movimiento comunista internacional. El prestigio cubano era alentado por el activismo revolucionario y abnegado del Che. Si bien Cuba manifestaba simpatía por su acción, no la asumía como política de Estado, admitiendo la independencia del argentino, que no actuaba en nombre de Cuba. Tras el fracaso de su experiencia en el Congo, la guerrilla boliviana era la principal puesta en prueba de esa línea.

Menos consensual que su ejemplo militante era la línea que el Che construyó con el intelectual Régis Debray, llamada foquista. Grosso modo, entendían que las revoluciones podrían ser precipitadas por la implantación de guerrillas en focos rurales, de base campesina. A pesar de las simpatías por Guevara, muchos sectores de la nueva izquierda consideraban la táctica voluntarista, simplista y excesivamente volcada al agro. Además, cuestionaban la ausencia de un partido revolucionario. Explica Marchesi (2019, p.72) que

A partir de 1966 se produjo un cambio en la interpretación del discurso de continentalidad por estos grupos del Cono Sur. (...) Tres hechos ocurridos entre 1966 y 1967 motivaron a estas incipientes organizaciones a pensar de otra manera el asunto de la continentalidad: los eventos en torno a la Conferencia de la Organización de Solidaridad de los Pueblos de África, Asia y América Latina en enero de 1966; la campaña del Che en Bolivia entre 1966 y 1967, y la Conferencia de la OLAS en julio de 1967. Los tres fueron las expresiones más radicales del discurso de la estrategia continental cubana y tuvieron un profundo impacto en el Cono Sur. Además, fueron fundamentales para la construcción de la noción de cercanía subjetiva en el mapa de la revolución latinoamericana

No se trataba de una simple disputa de gremio estudiantil, se debatía la hegemonía de Moscú y se ensayaba la posibilidad de crear una nueva internacional, en un momento de ascenso de las luchas. En esa nueva organización el castrismo seguramente sería una fuerte corriente (Marchesi, 2019). Al fin, el período entre la Tricontinental y la OLAS representó el auge del revolucionarismo latinoamericano, en lo cual la opción por la guerrilla se volvía cada vez más frecuente y la Revolución Cubana representaba la principal referencia política para toda una generación de militantes.

4.5) La revolución uruguaya

Los resultados electorales de 1966, la creciente influencia cubana y la presión de la nueva izquierda, impulsaron un silencioso viraje, principalmente el 1967. En la edición N°42 de Estudios, Viera planteó que el Uruguay ya se encontraría en una etapa superior en el proceso de acumulación de fuerzas, sostuvo que el desarrollo burgués se realizó sin que se rompiera la vieja estructura latifundista y dependiente. El autor se alejaba de la tradición cepalina, que

consideraba el desarrollo como la solución para la pobreza; al contrario, cuestionó la función supuestamente progresista del desarrollo capitalista debido al crecimiento de la desigualdad y de la dependencia. Concluyó (p.108) que “la teoría desarrollista en el mejor de los casos no va más allá del desarrollo burgués, pero esto significa la continuidad del desenvolvimiento deforme del capitalismo, vía que multiplica el dolor y la miseria para las masas”. Aunque mantuviera la formulación “desenvolvimiento deforme del capitalismo”, asumía una postura definitivamente más crítica a un arsenal teórico hasta ese momento bastante reivindicado.

En la edición N°43, Massera denunció el envío de delegaciones parlamentarias para la transmisión de mando en Brasil. La asunción de Costa e Silva simbolizaba la continuidad, profundización y endurecimiento de la dictadura. Ese envío ocurrió dos semanas antes de la de Gestido, lo que sugiere que el nuevo gobierno no tenía objeciones al mantenimiento de buenas relaciones con la dictadura vecina. Massera denunció una especie de engaño electoral, pues los colorados, que retornaban al poder prometiendo cambios, eludían sobre los orígenes de la crisis, socializando las responsabilidades y penalizando principalmente a la clase trabajadora. El autor acordó que Gestido atacó el régimen jubilatorio, se probó continuista y realizó un tarifazo, de modo autoritario. La austeridad no frenó la dependencia y el endeudamiento. Massera finalizó defendiendo la posibilidad de recurrir a todas las formas de lucha.

En la misma edición, se publicó una declaración de solidaridad a los guerrilleros bolivianos, especialmente el PCBl. Llama atención que el Che ni siquiera es mencionado, al contrario de los camaradas bolivianos que en gran parte boicotearon la guerrilla, lo que incluso contribuyó para la derrota de ella (Marchesi, 2019). El PCU elegía una fórmula curiosa. En parte abierto a posibilidades distintas que la electoral, se solidarizaba con los guerrilleros, al paso que alzaba el partido hermano al puesto de vanguardia, aunque eso no correspondía.

Aun en la edición 43, Gerardo Costa consideró la creación de la CNT una nueva etapa. Reivindicó el problema de soluciones y defendió la unidad contra “el nacional reformismo, ideología de las clases dominantes que, en este periodo, como es comprensible, se tornará más agresiva” (p.31). Eso parece confirmar que la creciente crítica al nacional reformismo no era una peculiaridad de un autor, sino un acúmulo partidario el 1967, lo que ejemplifica el viraje que mencionamos. No hacía mucho tiempo que la burguesía nacional era entendida como una importante aliada y quienes criticaran el reformismo serían rápidamente tildados de fraseologistas de izquierda.

El último texto de la edición fue el famoso “Crear dos, tres... muchos Vietnam, es la consigna”, de Che Guevara. La conducta independiente del Che con relación a las corrientes políticas establecidas le conferían el derecho de ser por lo menos escuchado por todas. Guevara

rechazó a la coexistencia pacífica, entendida como una paz precaria, que podría romperse. Asimismo, mantuvo su cuestionamiento a la posibilidad de alianzas con la burguesía y aclaró su concepción de revolución (p.47).

las burguesías autóctonas han perdido toda su capacidad de oposición al imperialismo – si alguna vez tuvieron – y sólo forman su furgón de cola. No hay más cambios que hacer; o revolución socialista o caricatura de revolución

Entendemos que el espacio dado al Che en Estudios contribuye para la percepción del viraje. No obstante, el partido realizaba todos los malabarismos teóricos que presentaran su línea como algo coherente desde 1955. Dar voz al Che, reivindicado por el partido como perteneciente a su tradición, parecía la mejor estrategia para realizar un viraje sutil, sin rupturas y sin polémicas. Incluso, al paso que cambiaba formulaciones importantes, el PCU reafirmaba sus lazos con Moscú. En la misma edición fue publicado el breve comunicado entre Arismendi y Brezhnev, resultado de un encuentro entre ambos en la URSS.

El PCU negaba las polémicas entre la URSS y Cuba, pero actuaba de otro modo con relación a China, siempre apoyando sin matices a los soviéticos. Por ejemplo, Massera criticó duramente lo que consideró como traición del grupo de Mao Zedong, su política antisoviética y de acercamiento pragmático y comercial a los EEUU. El autor defendió a la URSS de las críticas realizadas por los dirigentes chinos, y se los acusó de actuar bajo un nacionalismo de gran potencia. Además, atacó la revolución cultural china, aunque defendiendo la unidad de acción en defensa de Vietnam. Notamos cierto doble moral en lo que se refiere a evaluar las desviaciones por parte de países socialistas. Mientras cuestionaba todas las actitudes chinas que consideraba contrarias a la moral revolucionaria, no lo hacía con relación a la URSS.

Otro artículo que expresó el viraje fue escrito por Arismendi; “El pensamiento de Lenin y la revolución latinoamericana”, originado de un discurso pronunciado en 20/04/1967 por la celebración del 97º aniversario de Lenin. Arismendi afirmó que no habría una “**muralla china** entre la revolución democrática y la socialista” (p.56, destaque nuestro). De reconocida capacidad oratoria y argumentativa, con pocas palabras reunió algunos elementos importantes del nuevo posicionamiento: reafirmó la tradición leninista, puso la revolución socialista en el orden del día y sutilmente atacó a China con una metáfora, ya que “muralla china” aparecía como un obstáculo. Para justificar la aceleración del tiempo de la revolución, remitió al ejemplo cubano. Arismendi afirmó el carácter unitario de la revolución continental, “que no obedece ni ‘a la mano de Moscú’ ni ‘a la mano de la Habana” (p.58). Tal afirmación nos pareció bastante novedosa: por primera vez se planteaba, de modo respetuoso y sin traumas, una equidistancia

con relación a ambos países. Tal hecho rompía las formulaciones de los años anteriores, que reconocían a Moscú como el faro de la revolución mundial.

Otro aspecto que destacar fue la caracterización de que América Latina viviría una situación revolucionaria, aunque diferente en cada país. El largo periodo de acumulación de fuerzas culminaba en una situación revolucionaria. Ya no se buscaba “aislar” al imperialismo, sino enfrentarlo. Arismendi no menospreció sus posibilidades en ese momento. Reconoció el golpe en Brasil como victoria estratégica del enemigo, que dejaba de ser comprendida como transitoria y desesperada. Pasados tres años, el PCU miraba a la dictadura vecina con más cautela. Asimismo, resaltó la capacidad de resistencia del pueblo uruguayo. Alertó que la revolución sería más probablemente violenta y el poder estaría en el orden del día. Permanecía la consolidación de un frente de liberación como un objetivo, pero con una importante modificación. Cuando afirmó que “luchamos por ganar la mayoría de la clase obrera, por forjar la alianza obrero-campesina, por agrupar a las capas medias, a los sectores trabajadores en el frente de liberación” (p.71) sacó sin explicaciones los supuestos sectores progresistas y patrióticos de la burguesía nacional, presentes en las formulaciones anteriores.

En Estudios N°44, de setiembre 1967, Enrique Rodríguez reafirmó que se vivía una nueva etapa en la política nacional. Calificó al gobierno de Gestido como de banqueros, tecnócratas y latifundistas y opinó que nadie más creía en la austeridad impuesta. Consideró que la unificación sindical avanzaría hacia formas superiores de lucha, pues las fuerzas sociales y populares estarían en su auge. Si las caracterizaciones estaban correctas, anticipaban que la dominación pronto se volvería más coercitiva, en términos gramscianos. Interpretamos tal fenómeno como una pista de que la crisis de hegemonía burguesa se profundizaría. Nos parece que la polarización no era necesariamente entre democracia o dictadura, sino entre revolución y contrarrevolución. El régimen se volvía un blanco para dominados y dominantes.

En la misma edición, Andrés González destacó el aflujo de masas, en especial los funcionarios del Estado. De acuerdo con la tradición marxista, esos funcionarios son estratégicos pues si bien no conectados directamente con la productividad capitalista, son los responsables por el funcionamiento de la máquina estatal. Su interrupción es fundamental para un cambio de poder, principalmente en un país macrocefálico que depende de los servicios capitalinos. La eventual interrupción de servicios esenciales afectaría indirectamente a la economía capitalista, pues dificultaría el acceso de los trabajadores a sus puestos de trabajo. Además, por lo general, los funcionarios pertenecen a los sectores medios de la sociedad, que históricamente presentan un comportamiento pendular en el conflicto entre el capital y el trabajo, razón por la cual pueden ser decisivos.

González destacó las intensas movilizaciones obreras de julio cuyo auge fue la de los trabajadores estatales, con más de 200.000 adherentes. El número impresiona aún más por la diversidad de esos trabajadores, tanto de la administración central, como de los entes autónomos y del municipio, todos unidos bajo la orientación de la joven y fuerte CNT. La movilización alcanzó una fórmula distinta de la planteada por el gobierno, que intentaba congelar a los sueldos. Los triunfos en momentos de conflicto suelen entusiasmar a los que luchan. La victoria de la clase trabajadora aportaría para su experiencia, identidad y consciencia histórica, como enseña Thompson (2004). González siguió con el destaque de muchos paros parciales, que culminaron en uno general, con más de 600.000 trabajadores en asambleas multitudinarias y de gran una manifestación realizada el 26/7. La fecha nos llamó la atención por el M-26-7 cubano. ¿Habría sido una coincidencia o una elección llena de simbolismo?

En la misma edición, se reproducía la declaración final de la OLAS (p.31), que afirmó que la burguesía no podría combatir el imperialismo, que la única vía posible era la revolución y que Cuba y Vietnam eran ejemplos. Además, se consideró que las demás formas de lucha deberían servir a la lucha armada, cuyas guerrillas serían su genuina expresión popular y que

el primer objetivo de la Revolución popular en el continente es la toma del poder mediante la destrucción del aparato burocrático-militar del estado y su reemplazo por el pueblo armado para cambiar el régimen social y económico existente; dicho objetivo sólo es alcanzable a través de la lucha armada

Verificamos que el PCU se radicalizó después de la derrota electoral de 1966. Si bien en lo popular, no cuestionaba el amor a Moscú, se enamoraba de la perspectiva cubana, considerando la posibilidad de tener dos amores. En ese sentido, el PCU se diferenció del otro PC con sureño legal, el chileno, que redoblaba sus fichas en la vía electoral, antes y después de la victoria de Allende en 1970. En “A Cuba” (1971) el cantante y activista comunista Víctor Jara, demostró aprecio por el país y su proceso histórico, pero se diferenció demarcando: “pero no somos guajiros²⁵, nuestra sierra²⁶ es la elección”.

También en la edición 44 está el discurso de Arismendi en la OLAS el 02/08, en que reafirmó que el continente había entrado en una situación revolucionaria de carácter general, que ni opresores ni oprimidos pueden vivir ya como antes y que la lucha armada era la principal vía. Asimismo, reivindicó la Revolución Cubana y la resistencia vietnamita. Afirmó que eran poquísimos los países que conservaban la democracia burguesa. La aclaración refuerza cierto

²⁵ término cubano que significa campesinos

²⁶ referencia a Sierra Maestra, lugar importante de la revolución cubana, pues allí se asentaron los guerrilleros, bajo el comando de Fidel Castro, Che Guevara y otros, que marcharían para tomar el poder

cambio de evaluación sobre las posibilidades legales, confirmando que entendía que una ruptura se aproximaría.

En otro texto de la edición, Viera se aproximó a interpretaciones que serían comunes a la TMD. Por ejemplo, admitió la unidad entre la burguesía, el imperialismo y la tecnocracia, bien como la penetración del capitalismo en el campo. Aunque mantuviera la caracterización del latifundio como “feudal”, restringía la interpretación al origen, ya que ahora sería capitalista. La contraposición entre una burguesía entreguista y una patriótica simplemente desapareció. El autor advirtió (p.47) que “no se debe sobrestimar las divisiones entre la burguesía abiertamente imperialista y la conciliadora (que básicamente negocia mejores acuerdos dentro de la OEA)”. El desarrollismo fue nuevamente criticado, pero se mantuvo la fórmula de una revolución agraria y antimperialista, pero con dirección obrera.

Saltan a los ojos algunas contradicciones. Si el partido se entendía como la vanguardia obrera y tenía una fuerza principalmente urbana, ¿cómo y por qué la revolución saldría del campo? Si la mayoría de los conflictos y enfrentamientos al régimen venían del movimiento sindical urbano, ¿por qué se insistía en el agro como locus privilegiado de la revolución? Esas paradojas parecen reflejar las dudas que el propio partido tenía acerca de la realidad. Es importante aclarar que también amplios sectores de la nueva izquierda sobrestimaban las posibilidades campesinas, como el propio Che Guevara y el maoísmo. Tampoco en la nueva izquierda había consenso acerca de ese quehacer.

El último texto analizado en la edición es de Massera, quien luego en el inicio afirmó que no hubo rectificaciones ni un viraje extremista en la línea política, que representaría la continuidad con lo aprobado en el último congreso. Tal postura defensiva nos sugiere que el viraje señalado era menos discreto de lo que deseaba serlo. El propio texto contradice la afirmación inicial. Massera (p.57) matizó el frente amplio propuesto en los años anteriores, aclarando que

no puede concebirse, por ejemplo, una “unidad nacional” antimperialista al estilo afroasiático en que, por lo menos en determinados momentos, pueden coincidir en el enfrentamiento externo, desde el proletariado hasta el jefe feudal

El autor afirmó que todos los países deben prepararse para la revolución, que no estaría predeterminada, pues se deberían crear las condiciones subjetivas. Asimismo, planteó que la violencia podría ocurrir antes, durante o después de la toma del poder. Con diferencia a Viera, Massera planteó que (p.64)

De ninguna manera pueden excluirse en el Uruguay formas de lucha armada urbana, concretamente en Montevideo, donde vive la mayoría aplastante del proletariado industrial y centro de definición del problema del poder en Uruguay

El discurso de Massera se alejaba cada vez más de la moderación característica del partido. Señaló la necesidad de traspasar a barreras culturales, pues el legalismo uruguayo escamotearía la intensidad de los conflictos, razón por la cual se debería educar a las masas para la lucha armada, destruyendo el reformismo en su consciencia. La antes valorada democracia burguesa uruguaya al fin tenía sus límites expuestos y, sobre la vía de la revolución, el partido afirmaba decididamente la vía armada.

En todos los últimos textos analizados destacamos el periodo creativo y cuestionador que vivía el PCU, en lo cual lo viejo y lo novedoso disputaban posición, aunque ese interesante conflicto fuera escamoteado y negado. La diferencia entre los análisis de los autores, algo distinto en el centralizado del PCU, nos direcciona a esa hipótesis. También en lo internacional había posibilidades abiertas. Si bien seguía el matrimonio con la URSS y el hijo que no dejaba la casa de los padres, el dogmatismo, aumentaba la seducción de la joven Cuba socialista, con su experiencia revolucionaria exitosa y viva. La convivencia entre perspectivas fue apuntada, pero no profundizada por la historiografía. Leibner (2011, pp.500-501) aclara que

en la concepción de avanzar, de estar viviendo un periodo de ascenso revolucionario, había una profunda coincidencia entre los cubanos y el PCU, a pesar de discrepancias sobre determinados métodos y actuaciones (...) Arismendi criticaba a la mayoría de los partidos comunistas por no valorar suficientemente la nueva perspectiva abierta durante la primera fase de la Revolución cubana

El conflicto entre reforma o revolución era internacional. Tanto el bloque soviético como el chino se basaban en gran parte en argumentos de autoridad por revoluciones ya realizadas, cuya permanencia era cuestionable. En Cuba seguía una revolución viva, que encantaba a casi toda la izquierda mundial, teniendo al Che Guevara como principal expresión internacional. El revolucionario representaba la juventud militante de los 60 y combinaba acción directa con reflexiones existenciales sobre el porvenir. Su figura cautivaba a muchos individuos y organizaciones: el PCU no fue una excepción. Pero las pasiones suelen durar poco tiempo y muchas veces terminan de modo trágico, como la propia mítica y breve vida de Ernesto Che Guevara, asesinado por la dictadura boliviana en 09/10/1967.

4.6) La muerte del Che y el reacomodo

A pesar que el Che había afirmado por diversas veces estar preparado para la muerte, sus defensores no lo estaban. La noticia dejó la izquierda latinoamericana incrédula. Gestido, tal vez anticipándose a la conmoción y a la probable movilización decretó nuevas MPS el día siguiente. Marcha expresó perplejidad en la edición del 14/10: el titular cuestionó la veracidad de la información de la muerte y denunció a las medidas del gobierno. Gutiérrez ponderó que las fotos habían sido proporcionadas por la United Press, agencia de noticias estadounidense. Opinó que la muerte del Che serviría para desmoralizar a la izquierda continental afiliada a la tesis de la OLAS y rememoró anteriores falsas alarmas creadas sobre la muerte del Che. Él expuso la cautela de la prensa oficialista cubana, que no poseía elementos para aceptar o negar su muerte. Al fin, matizó que aún si fuera verdad, no significaría el fin de la guerrilla sino la desaparición física de su líder, convirtiéndolo en un símbolo de lucha aún más poderoso.

La siguiente edición de Marcha, del 20/10, nuevamente eligió a la muerte del Che y las MPS como principales temas. Sin embargo, ya admitía el fallecimiento. En el titular estaba una de las famosas foto del guerrillero seguida de la frase “Guevara, un libertador de América”. La edición trajo distintos textos, de diferentes autores sobre el tema. En el espacio de la carta de los lectores, muchas organizaciones de izquierda se manifestaron, como el MRO, el PS y el F.I.de L. Debido al momento de conmoción, predominó un tono de homenaje y de compromiso de seguir con la lucha antimperialista. No hubo grandes diferencias entre las notas: se buscó construir una manifestación unitaria y masiva en Montevideo.

No había pasado tiempo suficiente para que se realizara un balance sobre la experiencia guerrillera en Bolivia, pues el duelo y la perplejidad se imponían. Como suele ocurrir en esos momentos, cada organización tiende a motivar a su base y a resignificar la muerte, incluso con eufemismos como “desaparición física”, para minimizar el miedo. De todo modo, resultó evidente que ninguna organización estaba preparada para la noticia, incluso por las pocas e intermitentes informaciones que se tenía sobre la guerrilla, por su carácter secreto. En términos más amplios y filosóficos, la muerte es un tabú histórico, de efectos imprevisibles.

El gran rodaje de Estudios en el 1967 nos dejó mal acostumbrados, por las muchas informaciones proporcionadas a la investigación. Sin embargo, la última edición del año, N°45 de noviembre, se diferenció bastante. Ella tenía como centro el homenaje a los 50 años de la Revolución Rusa y traía pocos temas del presente. Desconocemos el tiempo necesario de preparación de cada edición, bien como el criterio de elección de los contenidos. Por ende, nos

quedamos con la impresión que la edición funcionó como una pausa. Parece más cómodo debatir el pasado que el presente. No cuestionamos la importancia de la Revolución Rusa para todas las organizaciones de izquierda, pero nos llamó la atención la casi ausencia de debate y balance sobre la experiencia guerrillera en Bolivia. La edición sólo presentó una breve nota de homenaje a Che Guevara y el comunicado de las manifestaciones en su memoria, actitud muy diferente de *Marcha*, por ejemplo. Habíamos pensado que el silencio se daría por aspectos técnicos de imprenta, pero tampoco hubo cualquier balance de la guerrilla en las siguientes ediciones. Ella desaparecía de *Estudios* como si nunca hubiera existido.

La figura del Che se volvía un mártir para la izquierda latinoamericana y mundial, lo que generaba distintas consecuencias. El martirio es seguido de cierta mitificación, en un sentido casi religioso, lo que dificulta bastante el intento de comprender la persona acorde a sus valores, tiempo y experiencia. Tratar de esa forma la muerte no fue una exclusividad del PCU, pero a lo largo de nuestra investigación, verificamos que el partido minimizaba las derrotas. Tal vez la principal explicación para eso se relacione a un intento de evitar que se desestabilice el moral de la tropa. Es más, admitir y analizar a las derrotas podría debilitar un importante pilar de un partido político señalado por Weber (1919): la fe en la causa.

Marchesi (2019), consideró la muerte del Che como una derrota para la nueva izquierda, que sobrevaloró el potencial de la guerrilla boliviana. El propio Debray se lo admitía²⁷. Marchesi (2019) también acuerda el enfrentamiento de Guevara con el PCB por el liderazgo de la guerrilla y que, una vez que el Che exigió mantenerlo, el partido retiró su apoyo, debilitándola, por el poco contacto entre los guerrilleros tenían con los sectores populares. El PCU se quedaba en una encrucijada de difícil solución: no podría atacar directamente a los camaradas bolivianos por el boicot a la campaña guevariana; tampoco quería justificar la desertión de ellos para no alejarse de las otras fuerzas de izquierda. En dudas sobre qué escribir, no escribió nada, tal vez para evitar desgastes.

Sin embargo, nada sería como antes. El fracaso de la guerrilla rural representó un duro golpe para la política exterior cubana y el fin de un ciclo para la izquierda latinoamericana (R. Domínguez, 2013). Si en el 1967 Fidel Castro parecía disputar el liderazgo del movimiento comunista internacional con la URSS, en el año siguiente apoyaría el envío de tropas para reprimir a la Primavera de Praga, actitud que alejó Cuba de la nueva izquierda y la acercó

²⁷ En entrevista a Carlos Núñez para la edición 1377, de 03/11 de *Marcha*, Debray, que se encontraba encarcelado, exhortaba que se siguiera el ejemplo del Che, pero admitía la derrota de la guerrilla boliviana

nuevamente a la URSS. Entendemos que las subjetividades también importan y que nada mejor que la expectativa de una nueva victoria para matizar el impacto de una derrota sufrida. Suele repetirse que se perdió la batalla, pero no la guerra. Por ende, las expectativas de la izquierda latinoamericana dejaban la selva boliviana, cruzaban el Atacama hacia Chile, donde habría elecciones en menos de tres años, con posibilidad real de victoria de Salvador Allende.

5) 1968: ¿Ellos se atrevieron?

El título es otra referencia a Rosa Luxemburgo. Contemporánea y defensora de la Revolución Rusa de 1917, resaltó el coraje del pueblo, afirmando que ellos se atrevieron a luchar y a hacer la revolución. Partimos de la hipótesis que en el 1968 se abrió la posibilidad de una revolución en el Uruguay. En ese sentido, investigaremos si el PCU se atrevió a hacerla. Trataremos exclusivamente de este año clave para la historia uruguaya, latinoamericana y mundial, pero proponemos un tiempo histórico diferente del cronológico. Para nuestro análisis, el 68 uruguayo empezó ya en octubre 1967, cuando falleció el Che y fueron promulgadas las MPS que proscribieron a partidos y periódicos de izquierda, fenómeno marcó el inicio de la escalada autoritaria. Interpretamos que la lucha de clases alcanzó un nivel que pasó a oponer de modo irremediable la democracia al capitalismo, construcción propuesta por Wood (2003). Entendemos que, a corto plazo, esa oposición se probó irreversible dentro de los parámetros de la democracia burguesa: culminaría en una salida revolucionaria o contrarrevolucionaria, a depender de la acción (u omisión) de los sujetos históricos.

Los datos nos sugieren un cambio de régimen a partir de los gobiernos de Gestido (1967) y Pacheco (1967-1972). Poco permanecía de la presuntamente sólida democracia uruguaya. Intentamos analizar como eso sucedió y sus efectos sobre la línea política del PCU. En seguida, debatimos el significado del 68 mundial y uruguayo. Escaparía de nuestras posibilidades un recorrido prolijo por todas las experiencias vividas, pero nos interesa construir una caracterización teórica que explique la conexión entre lo internacional, lo continental y lo nacional, que reconozca las particularidades del proceso uruguayo pero lo ubique en el *Zeitgeist*²⁸. Al fin, investigamos el mes de agosto como el posible momento de ruptura y la posterior consolidación del Pachecato como respuesta contrarrevolucionaria preventiva.

5.1) El fin de la democracia uruguaya

El concepto de democracia no resulta simple ni consensual. En el Occidente, desde la Revolución Francesa (1789) la democracia se volvió un valor común a las dos principales tradiciones políticas: el liberalismo y el socialismo. Empero, su significado es distinto para cada una, amoldándose a sus respectivas prioridades. Mientras los liberales suelen asociar la democracia principalmente a los derechos individuales y políticos (en especial a la existencia de elecciones que consideren libres), los socialistas priorizan la igualdad y los derechos

²⁸ Espíritu del tiempo.

colectivos y sociales, entendiendo que la democracia sólo es plenamente realizable si es una democracia obrera y socialista.

A partir de una perspectiva liberal, normalmente se piensa el fin de la democracia uruguaya sólo a partir del golpe de Estado de 27/06/1973, que interrumpiría el proceso electoral por doce años. Sin embargo, desde la perspectiva marxista, la democracia burguesa es esencialmente antidemocrática e ilegítima, pues se construye a partir de las desigualdades sociales y del dominio de una clase sobre las demás. Por eso, la democracia burguesa no sería un fin en sí misma. Marx (2004) tildó a corrientes que sobrevaluaban la lucha legal de cretinistas parlamentarias.

La relación de los marxistas con la democracia suele ser más táctica que estratégica: ellos denuncian sus límites, pero se la defienden en coyunturas no revolucionarias, evaluando que es mejor luchar y resistir dentro de una democracia burguesa que de una dictadura. Es decir, la valoración del régimen democrático representativo es parcial: se relaciona principalmente con la posibilidad de organización y disputa de la conciencia de la sociedad. Lenin (1997), por ejemplo, planteó que desarrollar la democracia hasta el fin sería una de las tareas esenciales de la lucha por la revolución social. O sea, para él, la democracia burguesa se restringiría a un medio preferencial para que se construya la revolución socialista. Para una organización marxista es mejor tener una pequeña representación parlamentaria a ser prohibido de tenerla; es preferible tener una prensa minoritaria con relación a la hegemónica a que sea censurada. Resulta más alentador someter eventuales líos a la justicia burguesa que a la mediación de las FF.AA, por ejemplo.

Por todo lo expuesto, en fines de los 60 la izquierda uruguaya se encontraba en una encrucijada política y filosófica. ¿Hasta cuándo habría condiciones reales de resistencia dentro del régimen? ¿Sería posible hacer la revolución? En caso afirmativo, ¿cómo y cuándo? Las respuestas jamás fueron obvias ni unánimes. Pero a partir de setiembre de 1967 el régimen profundizó de tal modo su faceta represiva que aceleró la necesidad de respuestas. Resulta difícil precisar cuando la democracia uruguaya se volvió una dictadura, pues se trata de un proceso histórico, y no de un mero acontecimiento fechado en el calendario. Señalamos algunos episodios de esa transición.

En la edición de 02/09/1967 de *Marcha*, Héctor Rodríguez denunció que el gobierno había prohibido la reunión del Consejo del Congreso Permanente para la Unidad Sindical para los Trabajadores de América Latina que ocurriría en Montevideo. El sindicalista advirtió que los gobiernos estarían cada vez más atentos al sindicalismo, por su protagonismo y capacidad

de lucha. Además, relacionó la represión sindical sufrida en el Uruguay a la presión ejercida por las dictaduras vecinas y los empresarios nacionales. Es decir, como las dictaduras bajaban el salario, los trabajadores uruguayos se tornaban comparativamente más caros. O sea, ni las dictaduras vecinas querían permitir el Uruguay como un ejemplo de prosperidad que inspirara a la lucha otros trabajadores ni los empresarios orientales querían perder la competencia regional debido al costo más elevado de producción. Rodríguez expuso de modo claro la complementariedad entre una ofensiva capitalista y la represión.

Vimos en el capítulo anterior que la edición de 14/10/1967 de *Marcha* dividió su atención entre la muerte del Che y la implantación de nuevas MPS, ambos eventos cinco días antes de la edición. Sobre la naturaleza de las medidas, el semanario recurrió a las opiniones de dos juristas brindadas dos años antes, cuando el gobierno blanco también aplicó MPS. Los expertos las consideraron un paréntesis cesarista en el constitucionalismo, parte de una revolución al revés. Además, acordaron como este instrumento ya había sido usado por Gabriel Terra en los 30, aún antes de dar autogolpe y tornarse dictador. La tragedia se repetiría como farsa con el también colorado Juan María Bordaberry, presidente electo en 1971, que igualmente daría un autogolpe dos años después de la victoria electoral. Observamos cierto *modus operandi* común, el golpe a la uruguaya.

La redacción de *Marcha* denunció que cuando el número estuvo terminado de imprimir, la policía aguardaba en la puerta de la imprenta y que los únicos dos diarios no oficialistas fueron incautados. Más allá de analizar la naturaleza jurídica de las medidas, *Marcha* las relacionó a la coyuntura, de creciente represión estatal, fortalecimiento sindical y decadencia de los partidos políticos. Sobre el último elemento, el semanario los vinculó con la renuncia de seis ministros, entre ellos Zelmar Michelini²⁹ y Amílcar Vasconcellos, líderes de sectores colorados más democráticos, ambos excandidatos a la presidencia de la República. En la misma edición, Héctor Rodríguez escribió “Medidas ciertas de inseguridad: graves y previsibles”. Opuso la justeza y la legalidad de las demandas sindicales al autoritarismo del gobierno y planteó que el gobierno intentaba iniciar una dictadura económica y antipopular. Por ser el principal representante de la tendencia combativa de la CNT es probable que su opinión fuera compartida por un sector de la vanguardia sindical.

²⁹ Tras su renuncia, el senador Zelmar Michelini profundizaría su alejamiento al gobierno y al partido. Rompería con en 1970 para fundar el Frente Amplio en 1971. Después del golpe de Estado en 1973 se exiliaría en Buenos Aires, donde sería asesinado en 1976 por el Plan Condor.

En 12/12/1967, apenas seis días de la muerte de Gestido, el nuevo mandatario, Pacheco Areco, dictó un decreto que prohibió el PS, el MRO y los periódicos *Época* y *El Sol*. Hay amplios debates y especulaciones sobre de cuál de los dos gobiernos surgió el decreto. No nos pareció esencial descubrir la paternidad del monstruo jurídico, por la inequívoca línea de continuidad entre ambos gobiernos. Nos detuvimos más en la naturaleza dictatorial del decreto, que punió justamente las organizaciones que adherían de modo más entusiasmado a la línea de la OLAS. El PCU y su prensa no fueron penalizados en este momento, lo que ponía al partido en una situación delicada y ambigua. Por un lado, podía respirar aliviado, por otro, era mirado con aún más desconfianza por otras organizaciones de izquierda, ya que el gobierno no lo consideró tan peligroso.

Si para un partido marxista el aspecto más importante de la democracia burguesa es la posibilidad de organizarse libremente, resulta difícil seguir considerando al régimen uruguayo como democrático tras la cesura de dos importantes organizaciones de izquierda, una de ellas histórica. Desde su fundación, los tupamaros no creían en la posibilidad de lucha legal dentro del régimen. Tras las nuevas MPS, el PS y el MRO tampoco tenían motivos para hacerlo. El PCU sobrevivía prácticamente sólo, y necesitaba meditar para elegir: ¿redoblaría la apuesta en las vías legales o ofrecería su prestigio y presencia de masas a la revolución? Para tomar una decisión era necesario analizar e interpretar la disposición de lucha de las masas, la correlación de fuerzas y los riesgos originarios de cada posibilidad.

5.2) El 68 mundial: ¿estaba la revolución a la vuelta de la esquina?

En 1968 el tema del poder estuvo en el orden del día en diversos países. Resultaría imposible un análisis prolijo sobre cada uno. Nos interesa fundamentalmente buscar características comunes y para entender los éxitos y límites de esas experiencias. Empezamos por el famoso mayo francés. Hobsbawm (2005) destacó el carácter sorpresivo del movimiento, que se trasladó de los estudiantes hacia los obreros. Consideró que el gobierno estuvo completamente derrotado. Sin embargo, como los manifestantes no alcanzaron a construir una alternativa de poder, el gobierno pudo recomponerse.

El autor opinó que la alternativa sería un frente popular liderado por el Partido Comunista Francés (PCF). En ese sentido, Hobsbawm consideró que el PCF había fallado no como partido comunista que debería hacer la revolución, sino como partido socialdemócrata que no pudo organizar al frente. El historiador consideró que tal fracaso ocurrió por que el partido no comprendió la magnitud del movimiento, poniéndose en su retaguardia. Hay que acordar que su texto fue escrito en 1969, cuando Hobsbawm todavía tenía puntos de contacto

con el socialismo soviético. Si bien se había posicionado críticamente a la invasión soviética en Hungría en 1956, no había abandonado las filas del Partido Comunista del Reino Unido. A pesar de su entusiasmo por el frente popular y escepticismo sobre las posibilidades revolucionarias, entendió el mayo francés como un momento perdido para la izquierda.

Ernest Mandel (1969) miró el mayo francés de modo muy positivo. Destacó la energía creadora de las masas, la multiplicación de formas de acción, la huelga general de diez millones de trabajadores y el carácter sistémico de la crisis del capitalismo como argumentos que la revolución era posible. Él coincidió con Hobsbawm que la pérdida de iniciativa por parte de los manifestantes permitió que el gobierno recuperara el poder, pero hizo críticas mucho más duras al PCF, a quien acusó de traicionar a la revolución. A diferencia de Hobsbawm, rechazó el frente popular, considerándolo electoralista. Recordó que, históricamente, los reformistas nunca están preparados para hacer la revolución, y cuando ella surge se la consideran una provocación. El autor opuso el electoralismo del PCF y de la burocracia sindical a la radicalización de la base obrera y estudiantil. Por lo tanto, la falta de una dirección revolucionaria sería la principal explicación para el fracaso del movimiento.

También en América Latina el 68 mostró su fuerza. En Brasil, tras cuatro años de dictadura, ocurrió en junio, en Río de Janeiro, la Marcha de los Cien Mil, pasados tres meses que la policía asesinó al liceal Edson Luís. En ese periodo, las manifestaciones crecieron y conquistaron a sectores populares, de clase media y de la prensa. Valle (1997) destacó la descentralización de la movilización. Para ella, los estudiantes se dividieron entre una línea más insurreccional y otra frentista. Mientras la consigna de los primeros era “el pueblo armado derrumba la dictadura”, los últimos sustituían “armado” por “organizado”. Aunque sin consenso en el movimiento, los más moderados formaron una comisión para dialogar con la dictadura, con demandas específicas y democratizantes. El régimen no sólo no atendió a las reivindicaciones, sino que endureció la represión a lo largo del año, que culminó en la promulgación del Acto Institucional N°5, que prohibió a nuevas manifestaciones y fortaleció la cara terrorista del régimen, consolidándolo.

La combinación levantamiento de masas, cuestionamiento al poder y ausencia de una vanguardia revolucionaria se repitió en diversos países. El Cordobazo, 68 argentino estudiantil y obrero, ocurrió en mayo de 1969 y tuvo un poco más de éxito, pues debilitó al dictador Onganía, que renunciaría en el año siguiente. No obstante, tampoco alcanzó la revolución (eso sí se la pretendía). Tras un breve retorno a la democracia, esta sería nuevamente golpeada en 1976, cuando se iniciaría otra dictadura. El 68 mexicano, también de origen estudiantil, movilizó a multitudes en la capital y terminó trágicamente, con la masacre de Tlatelolco, en lo

cual 500 personas fueron asesinadas. Los fines de los 60 estadounidenses se caracterizó por la masificación de la lucha de distintos sectores oprimidos, como afros, mujeres y la comunidad sexodiversa, más allá de manifestaciones contraculturales contrarias a la Guerra del Vietnam. La reacción estatal y paraestatal también fue intensa. En 1968 sería asesinado Martin Luther King Jr. por un supremacista blanco.

La rebelión no fue un fenómeno exclusivo de los países capitalistas. La Revolución Cultural China, iniciada en 1966, publicitó la disputa interna en la burocracia del PC chino y fortalecía a Mao Zedong, quien era apoyado por la movilización juvenil de los Guardias Rojos. El evento fortaleció el maoísmo como corriente política mundial. A lo largo de 1968, ocurrió en Checoslovaquia la Primavera de Praga. El nuevo mandatario, Alexander Dubček, inició una serie de reformas democráticas con el objetivo de alcanzar a lo que nombró “socialismo de rostro humano”. El intento terminó con la invasión del país por tropas del Pacto de Varsovia, lideradas por la URSS, que lo depusieron. La invasión ensanchó la división en la izquierda mundial. Como veremos con más detalles, el PCU se la apoyó, lo que lo alejó de otros sectores de la izquierda uruguaya.

Nuestro breve recorrido por los distintos 68s no pretende brindar una explicación generalista sobre un periodo tan rico y complejo. Escribimos un poco sobre países muy distintos en términos geográficos, culturales, económicos y políticos. Sin embargo, mencionamos trazos comunes al periodo, en un mundo cada vez más globalizado. Constatamos que el poder estaba en el orden del día, pero no restringimos el significado de “poder” a la conquista del Estado. Sea en el mundo capitalista o socialista, las experiencias parecen señalar una crisis de hegemonía por parte de las fuerzas dirigentes. Escaparía a nuestros objetivos y posibilidades disertar sobre las posibilidades revolucionarias de cada país, pero reiteramos la necesidad de pensar las conexiones transnacionales. Con eso, partimos para el análisis del 68 uruguayo y del rol cumplido por el PCU.

5.3) El 68 uruguayo: ¿se había armado el mate?

La palabra “mate” tiene múltiples significados. Usamos tres de ellos. En primer lugar, nos referimos al jaque mate, lance que gana un partido de ajedrez. También remitimos a una bebida típica del Cono Sur, que se toma en especial cuando se relaja y se socializa con los amigos. Por último, aludimos al sentido de cabeza, juicio. Comprendemos el 68 uruguayo como un momento clave en lo cual estaban reunidas las condiciones materiales y objetivas para una revolución, de acuerdo con la cosmovisión marxista. A lo largo de esta sección, no pretendemos hacer un resumen de los acontecimientos del año, sino caracterizar a la coyuntura y buscar

entender como actuó el PCU. ¿Estaba armando el jaque mate al gobierno? ¿Su cabeza estaba preparada para esto? ¿O se limitaba a tomar el mate mientras contemplaba el paisaje?

Históricamente, las revoluciones no cumplen un plan hermético y no se asemejan a recetas culinarias. Si comparamos las tres principales revoluciones socialistas en el siglo XX (rusa en 1917, china en 1949 y cubana en 1959) saltan a los ojos sus enormes singularidades y diferencias en el espacio-tiempo y entre sus sujetos históricos. Sin embargo, hay características generales que normalmente se hacen presentes. Para Lenin (2003), sus principales factores objetivos serían: una profunda crisis económica, política y social que fragmente la unidad de la clase dominante; la organización y el ascenso de las masas oprimidas; el desplazamiento de los sectores medios hacia la perspectiva revolucionaria y la división o debilitamiento de las FFAA. Más allá de estos factores, se hacen necesarias las condiciones subjetivas, o sea, la existencia de una vanguardia unificada y coherente, que lidere las masas hacia la conquista del poder. Dicho de otro modo, para él las revoluciones ocurren cuando los de abajo no quieren seguir viviendo como antes y los de arriba no pueden seguir gobernando como antes lo hacían. Nos dedicamos ahora a analizar esas condiciones.

5.3.1) El auge de la crisis sistémica

Si bien la crisis no se originó en 1968, nuevos elementos surgieron o aumentaron en este periodo. En noviembre 1967, el nuevo gabinete de Gestido sustituyó políticos por empresarios con empaque de “técnicos”, atendiendo a las directrices del FMI, que proponía la congelación de precios y salarios. De una, el gobierno sobrevaluó el dólar de \$99 para \$200. Irónicamente, estas medidas tenían a Jorge Batlle como principal patrocinador, lo que confirmaba su giro a la derecha, alejándose del batllismo histórico. Él defendió el congelamiento y las privatizaciones, tornándose la eminencia gris del régimen, el poder detrás del trono, como expuso Demasi (2019). El peso del gran capital en el gobierno se profundizó con Pacheco. En mayo, su gabinete era casi todo compuesto por empresarios, y contaba con ganaderos, banqueros e industriales. Sólo tres ministros eran legisladores. Similar percepción tenía el PCU, que en las ediciones 45 y 46 de Estudios denunció el aislamiento del gobierno por el ahondamiento de la crisis y las muchas salidas ministeriales.

A lo largo de su libro, Demasi (2019) demarcó el 68 como punto de inflexión para la partidocracia uruguaya. Dicho de otro modo, la superestructura del régimen se veía profundamente afectada y produciría importantes rupturas. Cada vez más incapaz de ejercer la dominación por el consenso, Pacheco sistematizaba el recurso a la represión. Si bien no fue el único padre del decreto de 12/12/1967, que proscribió al PS y el MRO, Pacheco ambicionó la

carrera sólo, a partir de inéditos expedientes autoritarios, como la militarización de los funcionarios del BROU y del Banco Central, en 24/06/1968. La medida buscó dificultar las huelgas y movilizaciones en el mes que fue decretada la congelación de precios y salarios.

El PCU denunció el carácter autoritario del gobierno, pero jamás lo consideró una dictadura. Siguió apostando en salidas legales. Las organizaciones más radicalizadas de izquierda, al contrario, defendieron una respuesta insurreccional (Markarian, 2012). Más que un simple debate de la vanguardia, la caracterización del Pachecato como inicio de la dictadura fue denunciado por Zelmar Michelini al Tribunal Russell II (Tosi y Ferreira, 2014). Destacamos este episodio por su importancia internacional y porque la denuncia fue realizada por un senador que salió de las filas de la oposición democrático-burguesa.

Similar percepción de que la dictadura no había iniciado sólo a partir del golpe de 1973 tuvo Mario Benedetti (2000) Cuestionado por un estudiante extranjero sobre cómo un país de democracia liberal presuntamente estable como el Uruguay se había tornado una dictadura militar tan rápidamente, contestó que el proceso había ocurrido mucho antes, en el subsuelo de la calma. Benedetti no buscó construir un marco teórico histórico, pero nos llamó la atención su percepción crítica sobre el golpe de 1973 como el principal momento de ruptura. Aunque no haya señalado cuales fueron los momentos que consideró claves, miró a un periodo considerado democrático para identificar el germen autoritario. Esa mirada sugiere que se mire el 73 no como una ruptura, sino como una continuidad, un cierre de un proceso que se arrastró por años. Así, entendemos que la propia democracia liberal produjo los elementos de su destrucción.

En la historiografía, aunque no haya consenso en considerar el Pachecato (1967-1971) como parte de la dictadura, difícilmente se niega su carácter fuertemente autoritario. Por ejemplo, es común que se llame ese periodo y los dos años iniciales del siguiente gobierno de predictadura. Para la masa estudiantil y obrera, ajena las definiciones teóricas, parecía más importante entender cómo el régimen impactaría en sus vidas. De acuerdo con el *Zeitgeist*, apostaron en la movilización, tal cual sus contemporáneos en distintas partes del mundo. Si bien no había consenso acerca de la revolución como una respuesta, las masas se permitieron experimentar y se alzaron a las calles, con más deseo de ganar que miedo de perder.

5.3.2) El 68 estudiantil

Históricamente las grandes movilizaciones surgen desde demandas sencillas y concretas por necesidades inmediatas, no de abstracciones teóricas. En momentos no revolucionarios, esas necesidades tienden a ser canalizadas hacia las instituciones del régimen. Cuando se estalla una crisis sistémica, resulta más difícil atrapar las demandas, que se complejizan y desbordan

los instrumentos de contención legal existentes. Markarian (2012) destaca el 68 como el año de la irrupción del protagonismo juvenil en las calles montevideanas y de crecimiento explosivo de la izquierda. El aumento del precio de los boletos de ómnibus fue la principal demanda movilizadora de una lucha estudiantil más amplia, agudizada en mayo. Los liceales actuaban de modo más o menos novedoso, como ocupaciones, peajes y sentadas para interrumpir el tráfico. Asimismo, la autora destaca las dificultades que el Estado tenía para reprimir los estudiantes, por la simpatía de la opinión pública. Tal fue la fuerza de la lucha popular que culminó en la renuncia del ministro del Interior Augusto Legnani en 08/05.

Esa renuncia ministerial no fue la primera ni la última en el bienio 67-68. Empero, consideramos necesario que se reflexione sobre el rol protagónico de un ministro del Interior en un régimen esencialmente represivo. Nos parece que, en el ajedrez de la lucha de clases, ese cargo corresponde a la dama, pieza más poderosa y cuyo valor sólo es superado por el propio rey, que sería el presidente. La trayectoria política de Legnani, que posteriormente ocuparía nuevamente el puesto en el gobierno también autoritario de Bordaberry, en 1972, nos sugiere que su renuncia no surgió de una crisis de consciencia, sino de la enorme presión que ejerció el movimiento social. Normalmente el sacrificio de dama ocurre por dos razones: cuando se prueba esencial para dar mate o cuando es la única forma de evitar (o posponer) la derrota. En ambas situaciones es una decisión difícil y que demanda cálculos. La correlación de fuerzas nos argumentó en favor de la segunda: sacrificar a la dama en ese contexto parecía el único lance capaz de salvar a un rey expuesto, en el centro del tablero y atacado por una inédita avalancha de peones.

En junio, mientras el gobierno decretaba nuevas MPS, congelaba a los salarios y militarizaba a los bancarios, los universitarios entraron en escena. Las medidas oficialistas fueron acompañadas de las renuncias de los ministros de la Cultura, Trabajo y Salud Pública. Coincidimos con Markarian (2012) que ello evidenciaba las dificultades de Pacheco y que el autoritarismo falló en el corto plazo. Más allá de no detener el movimiento, el gobierno perdía la batalla en sectores estratégicos de la opinión pública. Nos pareció emblemático que el rector de la UdelaR, Oscar Maggiolo, haya asumido una postura combativa y aliada a los estudiantes en lucha. El punto álgido fue en agosto, cuando el Consejo Universitario votó la inédita expulsión de los ministros que ejercían cargos docentes, incluso el nuevo ministro del Interior, Jiménez de Aréchaga (Demasi, 2019). El hecho que la única universidad pública de un país haya tomado medidas tan firmes contra ministros de Estado llevó a indagar si la coyuntura no caminaba para una situación de doble poder.

Pensando a partir de una perspectiva leninista, nos preguntamos quienes cumplían el rol de vanguardia del movimiento. Markarian (2012) expone la oposición entre una base radicalizada a la dirección de la Coordinadora de Estudiantes de la Secundaria del Uruguay (CESU), que respondía a la UJC, favorable a la negociación. Landinelli (1989) acuerda que movilizaciones escaparon a la institucionalidad gremial, que ninguna corriente era hegemónica, pero que la dirección de la CESU era acusada de entreguista por sectores más a la izquierda. Esos consideraban que la UJC actuaba como freno burocrático a las movilizaciones.

Tales caracterizaciones argumentan que el PCU actuaba como retaguardia del movimiento, lo que no parece haber sido una particularidad de la secundaria. Markarian (2012) plantea que el 68 barrió las estructuras tradicionales y quebró la hegemonía de la UJC. Sin embargo, ninguna organización tomó su lugar. A partir de documentos aprehendidos por la Dirección Nacional de Información e Inteligencia, la autora expone que sectores más radicalizados tildaban a los militantes del PCU de reformistas y se los denunciaban por el alargamiento innecesario de las asambleas y la defensa abstracta de las libertades democráticas, sin lucha. El momento vivido nos remitió a la caracterización gramsciana de interregno (Achcar, 2018). “La crisis consiste precisamente en el hecho de que lo viejo muere y lo nuevo no puede nacer: en este interregno se verifican los fenómenos morbosos más variados”

Las ediciones de Estudios de 1968 confirman el silencioso retorno del PCU hacia una perspectiva más legalista y reformista, que se ensayaba desde la muerte del Che. En la edición N°46, de mayo, Arismendi describió los sucesos del año a partir de una postura más defensiva, denunciando el arbitrio del gobierno. No se pensó un plan de luchas para contrarrestarlo. Aunque denunciara la existencia de una conspiración “yanqui-gorila” sobre la República, solamente defendió a las libertades democráticas a través de la habitual consigna “¡soluciones sí, golpes no!”. Tal formulación trae un desafío: postular soluciones presupone que el gobierno sea un interlocutor válido y que juegue por las reglas. Empero, si había una conspiración como fuera afirmado, ¿por qué creer que el gobierno conspirador aceptaría el programa de soluciones?

El retorno a una línea defensiva en un momento de aflujo de masas sugiere la dificultad que tenía el PCU en actuar en una coyuntura inédita, marcada por la explosión desde la base. Históricamente, parece que el PCU se acostumbró a ocupar un lugar minoritario si bien constante en la democracia representativa uruguaya. Si en el año anterior el magnetismo cubano significaba un fuerte contrapeso a esa línea históricamente reformista y prosoviética, esto ya no ocurría en 68. El PCU había regresado del Encuentro de los Partidos Comunistas y Obreros en Budapest y tornaba a reafirmar el liderazgo soviético, sin mención a Cuba.

La siguiente edición, N°47, de octubre, trajo los pensamientos de tres autores sobre la insurgencia juvenil en el mundo: Dr. Kon, del PCUS, Roger Garaudy, del PCF y Santiago Carrillo, del Partido Comunista Español (PCE). Arismendi se resguardó de eventuales críticas a los textos: aclaró que no necesariamente representaban la opinión del PCU. Más que los textos, nos llamó la atención la elección de estos autores. En primer lugar, la falta de formulaciones propias confirma el poco acúmulo del partido sobre las temáticas juveniles. En segundo lugar, no encontramos referencias sobre el soviético, pero verificamos que los otros dos ultrapasaban los 50 años: el partido no priorizó escuchar a los propios jóvenes que luchaban. En tercer lugar, todos los tres eran europeos, al paso que la movilización era mundial: eso nos da pistas sobre la reminiscencia de cierto colonialismo cultural. Por último, resultó emblemático que tanto Garaudy como Carrillo se alejarían de la URSS en el mismo año, tras la invasión de la superpotencia a Checoslovaquia, lo que testifica la impopularidad de la incluso entre dirigentes de los PCs.

Los elementos levantados argumentan por el poco aprecio del partido por el protagonismo juvenil. Por ejemplo, en la misma edición, Arismendi rechazó la idea de una lucha generacional. El reproche no parecía partir sólo de Arismendi, quien también ya ultrapasaba los 50 años. Walter Sansaviero, principal dirigente de la UJC, dio una entrevista a *Marcha* que fue publicada en 08/09/1967. En la ocasión, afirmó que jamás hubo polémica entre la juventud y el partido: la lucha sería de clases, no generacional. Otro ejemplo confirma el que se trataba la juventud de un modo subalterno. Demasi (2019) expone una práctica peculiar en los congresos partidarios: la UJC entraba después y saludaba a la vieja guardia. Interpretamos que, a pesar de numéricamente grande, la juventud no tenía mucha autonomía: estaba sometida a una práctica política autoritaria y que reforzaba la edad como sinónimo de experiencia y prestigio. Tal construcción plantea enormes desafíos para cualquier organización política. Los jóvenes suelen ser más propensos a la revuelta y la lucha: tienen poco que perder y mucho que ganar. Además, la juventud es estratégica para garantizar la renovación y la propia supervivencia de una organización.

5.3.3) El 68 obrero

Para analizar el 68 obrero tuvimos en cuenta que la CNT todavía se desarrollaba. Por un lado, su inexperiencia podría ser un desafío para las duras pruebas que enfrentaría. Por otro, su breve existencia traía la ventaja de no haber consolidado una burocracia sindical. En su interna, la CNT se asemejaba en parte a la correlación de fuerzas del movimiento estudiantil (Markarian, 2012). Así, el PCU era la corriente más fuerte, y tenía una perspectiva más

favorable a la negociación, mientras las fuerzas más radicalizadas conformaban la tendencia combativa, bajo el liderazgo de Héctor Rodríguez, quien rompiera con el PCU en los 50. Sin embargo, el poder del PCU fue menos afectado en el sindicalismo que entre los estudiantes. Una posible explicación es la tradición más institucionalizada y lenta del sindicalismo. Todas las otras corrientes que conformaban la tendencia combativa eran individualmente pequeñas. Demasi (2019, p.79) acuerda que “la CNT todavía se encontraba en aprendizaje de funcionamiento coordinado”.

Las disputas entre concepciones aumentarían en junio. En el 7 de este mes, la CNT hizo una concesión: firmó un acuerdo con el gobierno y la patronal en lo cual renunciaba a los aumentos salariales acompañados por la inflación. Tal marcha atrás no frenó la ofensiva autoritaria y antipopular de Pacheco, que, en el mismo mes, impuso nuevas MPS, la militarización de los bancarios y el congelamiento de precios y salarios. Como hacía en los años dorados del batllismo, el sindicalismo buscó al Dr. Jorge Batlle y propuso que se plebiscitara la decisión del gobierno. El nuevo Dr. Batlle no se mostró favorable al diálogo y no la hizo caso. Esa táctica sindical fue apoyada solamente por el F.I. de L. y muy criticada por los demás sectores de la izquierda. Las MPS de junio radicalizaron la base de la CNT (Ibídem).

Héctor Rodríguez (1985, p.37) defendía el enfrentamiento y la huelga general, pero la posición resultó derrotada. Se aprobó que la huelga general sólo sería aplicada en caso de golpe gorila. Nos faltan datos precisos sobre la correlación de fuerzas en la interna sindical, pero percibimos un fenómeno análogo al caso estudiantil, aunque en otro ritmo e intensidad: sectores radicalizados se despegaban de una dirección que consideraban conciliadora. En la edición de 05/07 de Marcha, Rodríguez destacó el primer paro general de 18 de junio, precedido y seguido de asambleas no autorizadas y de paros parciales. El sindicalista señaló también 40 demostraciones callejeras en Montevideo y otras tantas en el interior como respuesta a la militarización de los funcionarios. El 02 de julio hubo nuevo paro general con la participación incluso de los gremios militarizados. El día siguiente había cientos de presos, cientos de destituidos, todo a la margen de la ley. Él destacó también las fábricas ocupadas y los paros en empresas estatales estratégicas.

El PCU no negaba que se daba una radicalización obrera, aunque no se ponía de acuerdo que la dirección mayoritaria era vacilante. En Estudios N°47, se destacó la existencia de tres paros generales de 24h, entre ellos el de 02/07, que fue considerado el más grande de la historia. Además, el paro recibió el apoyo de pequeños y medianos comerciantes. La condena a las MPS ganó la adhesión de sectores medios de la cultura, intelectualidad e incluso de iglesias. A pesar de las diferencias entre ambos, los relatos de Rodríguez y del PCU coincidieron en señalar la

disposición de lucha de la clase trabajadora, que no se doblegaba delante de la represión. Como los estudiantes, los obreros vivían una situación de ascenso de masas.

Marrero (2018), también interpretó de ese modo. Destacó que el Congreso Obrero Textil propuso en 25 de junio una huelga general por tiempo indefinido, rechazado por la dirección mayoritaria de la CNT. En el primer congreso de la entidad, en mayo de 1969, Rodríguez denunció la maniobra del PCU por considerar que el partido priorizó la solución electoral al enfrentamiento directo con el gobierno. El debate sobre la posibilidad de haberse convocado la huelga general en 1968 permanece en el movimiento sindical. La tendencia combativa entendió que los paros parciales no se probaron suficientes para paralizar la producción; antes bien desgastaron el gobierno. Nos parece que el desgaste como un fin en sí mismo, sin muchas conquistas puede provocar efectos contrarios, e incluso ser criticado por el ciudadano común como algo despropositado.

5.3.4) Los sectores medios.

Por sectores medios³⁰ nos referimos a un amplio conjunto que reúne funcionarios públicos, profesionales liberales, intelectuales, pequeños comerciantes, iglesias y sus respectivas instituciones de clase. Estos sectores medios se muestran estratégicamente importantes en momentos de agudización de la lucha de clases. En términos marxistas, por el hecho que no son una clase fundamental del capitalismo, o sea, no están insertos en la economía ni como explotadores ni como explotados, presentan contradicción parcial con este sistema. Sin embargo, carecen de un proyecto propio de poder. Por eso, históricamente presentan un comportamiento pendular: en determinados momentos se radicalizan y apoyan a la clase trabajadora y en otros atienden el llamado conservador de la clase dominante, recelosos que las movilizaciones de los de abajo quiten el poco que tienen.

Aunque económicamente no sean protagonistas del capitalismo, las capas medias suelen cumplir roles fundamentales en ambos lados de la lucha de clases, ya que son considerados los formadores de opinión en la sociedad. Por ejemplo, no es coincidencia que la mayoría de los principales revolucionarios del mundo tengan origen pequeño burgués, como Marx, Lenin, Trotski, Rosa Luxemburgo, Fidel Castro, Che Guevara, entre muchos otros y otras. Sin prejuicio a la abnegada elección de vida de cada uno, eso también se debe porque la clase media tiene más tiempo y posibilidades para politizarse, ya que no está sometida a la extenuante explotación sufrida por el proletariado. Por otro lado, las capas medias también pueden cumplir

³⁰ A fines de facilitar la comprensión, utilizaremos los términos sectores medios, capas medias, clase media y pequeña burguesía como sinónimos.

un rol fundamental para la reacción, tornándose su base fundamental, a partir de la lógica del anticomunismo, siempre que se sienten amenazadas por eventuales conquistas del proletariado. Anhelan elevarse al nivel de la burguesía, mientras se vuelven recelosos a la posibilidad de bajar a los estándares del proletariado.

Ponderamos que estudiar el comportamiento de una capa social tan amplia no resulta nada fácil. Traemos algunos aportes teóricos para el 68 uruguayo. Un concepto fundamental para entender a las actitudes sociales de un grupo es el de zona gris, que destaca la complejidad y contradicción de las actitudes, que varían de acuerdo a clase social, género, edad, profesión, y localidad. Las actitudes de un sujeto histórico también cambian a lo largo del tiempo. Conviene matizar los conceptos “apoyo” y “rechazo”, pues la mayoría de los sujetos se ubica en diferentes puntos entre esos extremos, lo que incluye comportamientos como asimilación, apoyo o rechazo parcial, acomodación e indiferencia. Por ejemplo, es bastante común que una persona apoye a determinados aspectos de una política y rechace a otros (Burrin, 1996).

La primera institución que destacamos es la universidad. Tal es el peso de la UdelaR en el Uruguay, que hasta la actualidad es común referirse a ella en el singular: “la universidad”, pues acumula prácticamente toda la producción de conocimiento e investigación científica del país. Por su singularidad, no sería exagerado atribuirle un peso relativo más grande que casi todas las universidades latinoamericanas individualmente. Entre docentes, estudiantes y funcionarios, la universidad reúne sectores de distintas clases sociales, siendo el horizonte para otros tantos. En que pese la expansión geográfica universitaria en los últimos años, hasta la actualidad miles de jóvenes del interior se mudan a Montevideo para estudiar en la universidad. La singularidad de la UdelaR en el contexto uruguayo genera un sentimiento de pertenencia por parte de la mayoría de los universitarios egresados. Todo eso sumado a la tradición de cogobierno universitario conquistada en 1958 convierten la universidad en una fundamental constructora de opinión pública.

El auge de la proyección de la universidad coincidió con lo de la propia movilización popular. Markarian (2012) explica que el deterioro de la enseñanza ganó la atención de distintos sujetos históricos que consideraban la educación una marca de la excepcionalidad uruguaya. La convulsión social aumentó en agosto. El 8, los tupamaros secuestraron al presidente del directorio de la estatal Administración Nacional de Usinas y Teléfonos del Estado (UTE), uno de los artífices de la represión pachequista. De modo infundado y sensacionalista, la jefatura culpó a la universidad y allanó las facultades de Medicina, Derecho, Agronomía y Bellas Artes. La infructuosa operación radicalizó el movimiento estudiantil (Demasi, 2019). Dos días después, los estudiantes ocuparon las facultades de Medicina y Arquitectura. En nuevas

movilizaciones, el estudiante Líber Arce fue herido de bala el 12 y fallecería dos días después. El rector Maggiolo se posicionó firmemente al lado de los estudiantes, afirmando la UdelaR como importante polo de resistencia.

Otra institución a ser analizada es la Iglesia Católica. A pesar de la peculiar laicidad uruguaya, esa institución históricamente estuvo más alineada al conservadurismo en la región. Sin embargo, desde diciembre 1967, dio un giro renovador a partir de la publicación de la Carta Pastoral de Adviento, que afirmó la necesidad de mayor participación de la comunidad. Asimismo, se buscó un mayor diálogo con los laicos y pastores protestantes. A fines de 68 la Iglesia recaudó para la CNT en apoyo a obreros destituidos y desocupados. (Ibidem). Si bien todavía permanecían sectores conservadores, tal vez nunca en la historia del Uruguay esa institución bimilenaria estuvo tan dividida y contó con un grupo progresista tan actuante.

5.3.5) Las Fuerzas Armadas

Una institución aún más antigua que la Iglesia son las Fuerzas Armadas. Por su rol represivo, es común que organizaciones de izquierda se la traten como un bloque uniforme de hombres violentos, sádicos y bestializados. En la jerga uruguaya, son los “botones”. La realidad parece más compleja, pues las FFAA son compuestas por personas de diferentes clases sociales y edades. Esta diversidad históricamente produjo divisiones políticas en su interna que se tornaron parte del cemento fundamental tanto de golpes de Estado como de revueltas y revoluciones. Destacamos dos elementos que ayudan a pensar su correlación de fuerzas a lo largo del 68 uruguayo. El primero fue la poca participación del ejército en la represión estatal, una de las razones por las cuales los tupamaros se lo caracterizaban como uno de los más débiles de la región.

El segundo fue una situación en que grupos conservadores formularon una propuesta de homenaje a los soldados muertos por las guerrillas latinoamericanas. Ella resultó derrotada por una amplia mayoría de 543 a 221 votos. Todavía predominaba el constitucionalismo sobre el golpismo. Como legalista importante estaba el prestigiado General Líber Seregni, quien en 1971 fue el candidato frenteamplista a la presidencia, lo que refuerza el peso del grupo constitucionalista (Demasi, 2019). Las investigaciones de Aldrighi (2012) también mostraron que el constitucionalismo fue mayoritario en los tempranos 60, en que pesen las presiones ejercidas por las dictaduras vecinas. Todo eso invita al cuestionamiento de impresiones simplistas sobre los militares como sujetos siempre golpistas.

Más que simples convicciones ideológicas, cuando uno analiza el comportamiento de las FFAA debe considerar como los propios militares (principalmente los suboficiales) evalúan

el riesgo de muerte. Si bien las apelaciones patrióticas de la carrera siempre les acuerdan esa posibilidad, el instinto de supervivencia es innato a cualquier ser vivo mentalmente sano. En coyunturas revolucionarias, la división de las FFAA puede ocurrir de diversos modos no excluyentes: la división vertical (oposición entre tropas de diferentes mandos), la ruptura horizontal (sublevación de suboficiales y oficiales de bajos rangos contra sus superiores) y la desertión. Esa última fue un comportamiento marcante de amplios sectores del ejército de Fulgencio Batista cuando estalló la Revolución Cubana, por ejemplo.

La tradición marxista destaca la centralidad de actuar en esos momentos para estimular desplazamientos estratégicos en las internas de la corporación. Incidir sobre ellas no es una tarea fácil, principalmente porque sus reglamentos internos, disciplina y tradición combaten a todo lo que consideran “politización”. Vimos que el PCU buscó una relación respetuosa y algo paternal con ellas. Siempre que ocurrían episodios represivos y autoritarios el partido trataba de reducirlas a simples instrumentos de las élites, rehenes de una situación que no deseaban. En la edición 27 de Estudios, de enero 1964 se afirmó que (p.39):

se ha deformado totalmente la misión de esos ejércitos: en lugar de eventuales defensores de la soberanía y el territorio nacional están encaminados al macartismo, a la represión interna y, en algunos casos, a la represión en países vecinos o a la pretendida acción multilateral

A lo largo de los años, persistió esa mirada sobre del ejército, que oponía una esencia considerada patriótica a la cooptación imperialista, que produciría una deformación. Tal caracterización fue incapaz de explicar las contradicciones de la interna militar, y dificultó la elaboración de una política que permitiera incidir en los cuarteles. Leibner (2011, pp.490-491) explica que

la posibilidad de un quiebre en la unidad de acción del cuerpo militar era concebida en términos verticales y por lo tanto la importancia de ganarse adeptos, o al menos interlocutores, dentro de la oficialidad. Lo que no se planteó en aquel período preparatorio, y en realidad hasta el golpe de Estado, eran labores propagandísticas y de agitación orientadas a fracturar el Ejército horizontalmente, apuntando las contradicciones entre la tropa y los oficiales

5.4) El momento de Líber Arce

El retruécano entre el nombre del primer mártir estudiantil y la necesidad de liberarse no es novedoso. Nuevamente nos deparamos con la muerte y sus imprevisibles impactos. Si la muerte del Che tuvo relevancia mundial y lo convirtió en símbolo de poder joven, el asesinato de Líber Arce generaba un impacto nacional, aunque más directo, incluso entre los no convertidos a la izquierda. No se trataba de un revolucionario argentino muerto en Bolivia. En

un país que históricamente valora la educación y tiene una universidad más democrática que el promedio latinoamericano, narrativas del tipo “mataron un estudiante, podría ser su hijo” reverberaban en sectores populares y medios. Tal fue la conmoción, que incluso la prensa hegemónica se alejó del gobierno en ese momento (Demasi, 2019). El episodio nos sugiere que la represión desmesurada tenía límites. Landinelli (1989) expuso que hasta el periódico conservador “El País” criticó el gobierno.

Futuramente, en toda la región, los familiares de detenidos, muertos y desaparecidos formarían importantes movimientos de oposición a las dictaduras, que permanecieron un importante grupo de presión en las democracias subsecuentes. Muchos de esos familiares nunca habían sido militantes. A veces eran personas despolitizadas o incluso conservadoras. Fue justo la tragedia familiar que desplazó a importantes sectores de la opinión pública contra el gobierno autoritario. Para la gente común, Líber Arce era sólo un estudiante, que representaba el futuro del país y había sido asesinado de modo cobarde. Para el PCU, era un joven camarada, de 29 años, afiliado a la UJC hacía diez, es decir, un mártir a quien se podría reivindicar directamente. En el capítulo anterior vimos como la influencia cubana y las presiones de la nueva izquierda afectaron el partido. En este momento, las presiones vendrían desde la propia realidad nacional. La conmoción causada por el asesinato invitaba al PCU a asumir posiciones más radicales (Landinelli, 1989).

Tal cual Líber Arce, los próximos dos mártires estudiantiles (Hugo de los Santos y Susana Pintos)³¹ también eran afiliados a la UJC. Así que siempre que el PCU era acusado de blandura, se defendía reivindicándoles. Tal situación produjo lo que Markarian (2012) llamó de paradoja de los mártires, o sea, pertenecían a una organización moderada. La autora acuerda que la superioridad numérica de la UJC con relación a las otras organizaciones juveniles ayuda a explicarla. Asimismo, destacamos el peso que las relaciones personales y la socialización cumplen en la elección de una organización. La mayoría de los militantes no optan por un partido por un profundo análisis sobre su programa, sino por quien se hace presente en sus vidas. Además de su capilaridad, la UJC y el PCU todavía cargaban el fuerte nombre “comunista”, de peso histórico en la izquierda. Apenas habían pasado 23 años que los nazis, principal amenaza civilizatoria del siglo habían sido derrotados, con protagonismo decisivo de los comunistas. Solamente se habían transcurrido 9 años de la Revolución Cubana, que seguía prestigiada por muchos latinoamericanos.

³¹ Ambos serían asesinados por la policía en el contexto de las movilizaciones de 20 de setiembre de 1968.

Fue enorme la conmoción por el sepelio de Líber Arce. Las estimativas más conservadoras afirmaron que 200.000 personas asistieron a la ceremonia. Esa cifra era sin precedentes en la historia del Uruguay: equivalía a impresionantes 17% de la población montevideana (INE, 1966). Se puede debatir la naturaleza de esa reunión. ¿Habría sido una manifestación política? Si bien un sepelio no corresponde a una protesta organizada, si recuperamos el sentido del término “político” como referente a los temas de la *polis*, se trató de una elección política de esas personas, que tomaron partido y se solidarizaron con el estudiante asesinado.

Al fin del día, se realizó una manifestación en el centro de la ciudad. Pacheco no subestimó el movimiento, pero actuó de un modo bastante sorpresivo, que permite un sin número de interpretaciones. Demasi (2019, p.98) acuerda que

atento a lo delicado de su situación frente a la opinión pública, luego del sepelio de Líber Arce el gobierno realizó una movida inteligente: sacó sus efectivos de la calle al tiempo que un grupo manifestaba su protesta por el asesinato

Con los elementos que levantamos, interpretamos que el gobierno nuevamente hacía el único lance que permitía prolongar su supervivencia y salvar la posición. Entendemos que el movimiento popular había armado lo que el ajedrez llama “red de mate”. Cuando eso ocurre, el jugador que la armó gana el partido si encuentra los lances correctos, independientemente de lo que responda su adversario. En ese caso, sólo restan dos opciones para quien se encuentra atrapado en tal red: abandonar el partido o esperar que el adversario no encuentre las jugadas correctas y pierda su oportunidad. En un partido entre grandes maestros, casi siempre se opta por desistir, pues se conoce y respeta la técnica del oponente. De modo similar a Charles de Gaulle en el mayo francés, Pacheco no renunció y testó la técnica del movimiento. Es tentador opinar sobre qué hubiera ocurrido si los manifestantes hubieran intentado hacer la revolución o tomar otras medidas más radicales el 15 de agosto. Jamás llegaremos a una conclusión acerca de su éxito o fracaso por algo sencillo: no fue lo que ocurrió. La Historia solamente trata de lo que existió, por eso es incapaz de competir con las novelas y las charlas de bar en términos de especulación y diversión.

Resignados, nos limitamos a investigar qué pasó. Partimos de la reflexión: ¿cuál es el poder de un sepelio delante de tal conmoción y revuelta? Catorce años antes, también en el agosto, un episodio marcó la historia de Brasil. Tras haber sido presionado por una conspiración golpista que exigía su renuncia, el presidente Getúlio Vargas se suicidó, publicitando su Carta

Testimonio (Cámara de los Diputados de Brasil, 2009), en la cual denunciaba la conspiración y exponía a “las fuerzas e intereses contra el pueblo”. El hecho cambió completamente la correlación de fuerzas. Vivo, el presidente estaba acorralado. Muerto, su sepelio movilizó a un contingente inimaginable. Las fuerzas democrático-populares rescataron la iniciativa, logrando que los golpistas retrocedieran. La carta cumplía su objetivo: Vargas “salía de la vida y entraba en la Historia”. Su muerte lo tornaba un símbolo aún más fuerte. El laborismo brasileño resignificaría el episodio como un sacrificio antimperialista.

En 1951, curiosamente también en agosto, en circunstancias similares se suicidó Eduardo Chibás, líder antiimperialista y popular cubano, mentor político de Fidel Castro, quien rescató el episodio (Marcha, 18/08/1967, p.23)

Quando el entierro de Chibás se juntaron quinientas mil personas. Y yo les dije entonces a los dirigentes del partido, le dije a Pardo Llada: vamos a llevar el cadáver hasta el Palacio, y esta gente hace caer el gobierno. Con esta multitud delante, el gobierno se cae. Allí, en una hora, la revolución hubiera triunfado porque la masa era revolucionaria. Pero los políticos profesionales se asustaron

Nos abstenemos de opinar sobre la evaluación de Fidel porque no llegaremos a una conclusión científica sobre algo que no ocurrió. Empero, destacamos el tramo para ilustrar un cierto sentido de oportunidad de quién lideró la principal revolución en la segunda mitad del siglo XX. Por supuesto hay diferencias entre los tres sepelios y sus coyunturas. Sin embargo, en común estaba la gran conmoción popular capaz de movilizar a multitudes. Resultaría tramposo imaginar un script para la revolución uruguaya o agendar el 15/08/1968 como su fecha. No obstante, nos parece razonable señalarlo como el auge de la iniciativa del movimiento popular, situación que rápidamente se revertiría en los días posteriores.

¿Qué pensaban las fuerzas de izquierda respecto a las posibilidades abiertas? El 09/08 el titular de Marcha era “La alternativa: violencia o diálogo”. El editorial hacía duras críticas al gobierno y a su indisposición al diálogo. Defendió que el gobierno debería realizar una autocrítica y comprometerse con las reformas populares. La edición de 15/08 trajo una foto del allanamiento a la Facultad de Derecho, con la frase “La universidad es el país”. En el editorial, de mismo nombre, se acordó el poder de la universidad, que doblegó al dictador Terra cuando él planeaba intervenirla. La universidad ganó la batalla por las ideas e impulsó una fuerte movilización contra el gobierno. Enseguida, se mencionó la lucha por el cogobierno universitario en 1958, duramente reprimida por el ejecutivo. Se interpretó que ella fue decisiva para la derrota electoral colorada, tras 93 años en el poder. El editorial terminó de modo bastante movilizador, afirmando que la lucha estudiantil era de todos.

Ambas las ediciones expusieron las amenazas de la policía a Marcha, que fueron cumplidas. El gobierno lo clausuraría y solamente el 13/09 habría una nueva edición. Es muy probable la edición de 15/08 hubiera sido finalizada antes de la muerte de Líber Arce, que, baleado el 12/08, fallecería dos días después. Es prácticamente imposible que se supiera de su sepelio que ocurriría justo el día que el periódico entraba en circulación, razón por la cual no hay nada respeto. Igualmente, notamos cierta consciencia que se vivía un momento de inflexión, sentimiento aparentemente compartido por dominantes y dominados.

A fines de los 60, el tema del poder era bastante debatido. Intelectuales de diferentes tradiciones observaron la fragmentación del poder en una sociedad capitalista del siglo XX. Conquistar el poder ya no podría resumirse a la mera toma de un palacio y la destitución de un mandatario. Sería presuntuoso trazar una ruta simplista de la revolución, y quienes se lo intentaron, como Régis Debray no tuvieron éxito. Sin embargo, los sujetos históricos de la época poseían un repertorio de posibilidades, como la ocupación de las fábricas, universidades, liceos y predios públicos y la huelga general. Las revoluciones realizadas no surgieron de la nada. Aunque de modo distinto entre ellas, todas se insertan en un proceso de luchas que se radicaliza y permite la toma del poder. Entendemos que todos los expedientes mencionados pueden servir de antesala de la revolución.

5.5) ¿Qué mate armó el PCU?

En la edición N°47 de Estudios, de octubre, Massera admitió que las MPS fueron las más duras de la historia, la opción permanente del gobierno por la fuerza bruta y la gorilización paulatina en el Uruguay. Además, describió la asociación directa del gobierno con los empresarios y todos los ataques que realizó contra los trabajadores y estudiantes. El autor también señaló la adhesión de los sectores medios a la lucha contra el gobierno. Todos los datos coinciden en señalar la gran impopularidad del gobierno en agosto. Destacamos la siguiente caracterización de Massera: “la arbitrariedad, que en poco se diferencia de un régimen dictatorial no garantiza la victoria política del gobierno ni su afianzamiento al poder y **va jalonando** su pérdida de prestigio, autoridad y apoyo” (p.10, destaque nuestro). A partir del uso del gerundio en destaque, notamos una construcción histórica lineal y teleológica. El 68 francés mostró como la popularidad de un gobernante no necesariamente sigue una línea recta. Mandel (1969) relacionó la falta del golpe fatal en el mandatario agonizante a su posterior recomposición y victoria electoral.

Sobre el sepelio, Massera afirmó la asistencia de 300.000 personas y la ausencia total de fuerzas policiales, coincidiendo con las otras narrativas. De modo triunfalista, él consideró el balance positivo y la táctica justa y audaz (p.13)

El movimiento rechazó las tácticas, en el fondo desesperadas que reducían las posibilidades de lucha a la reiteración de los paros generales, impidió que la batalla se encarara desde un ángulo meramente sindical y la transformó en una gran batalla política, que perseguía soluciones políticas, que colocaba al frente las consignas más amplias, ante todo la defensa de las libertades públicas y el retorno a la normalidad constitucional, lo que permitió que la clase obrera y los sectores populares más radicalizados no lucharan solos sino rodeadas de una masa creciente de las más amplias y diversas capas populares. El movimiento capitalizó ampliamente la fuerza de las tradiciones democráticas del país

En el tramo, Massera descalificó a las ideas de otras organizaciones políticas, tildándolas de “desesperadas”, sin fundamentarlo. Enseguida, consideró la idea de paros generales algo meramente sindical, nuevamente sin argumento. Entendemos que históricamente, los paros generales tienden a ocurrir cuando la clase trabajadora detiene un acúmulo político y una fuerza organizativa que trasciende el sindicalismo de resultados, de objetivos inmediatistas, restringidos a la lucha por salarios o mejores condiciones laborales. Alcanzar tal nivel de consciencia no resulta fácil, pues requiere la unidad entre múltiples categorías de trabajadores y la disposición para resistir a una larga batalla. La unidad de acción con los estudiantes y sectores medios y el enfrentamiento constante al gobierno nos sugieren la madurez de la clase trabajadora en ese momento. Para Thompson (2004), la disposición de lucha se construye a partir de las experiencias concretas, formadoras de la identidad y consciencia de la clase.

Otro aspecto que destacamos del análisis de Massera es el uso de la expresión “soluciones políticas”, de inagotables significados. Nuevamente, si ensanchamos la definición de “política”, se forma un gran abanico de posibilidades. Sin embargo, Massera descalificó a las otras posibilidades de acción, planteando la equivalencia de lo político a la línea del partido. Las otras perspectivas son entendidas como desesperadas, sin fundamento, no políticas. El resto del tramo confirma el carácter defensivo que adoptó el PCU en un momento de ascenso de masas que el propio partido admitía.

Nos parece que las soluciones defendidas contradicen las formulaciones del partido sobre el proceso de gorilización en el Uruguay y el carácter autoritario de la nueva constitución. Al fin y al cabo, se defendió el retorno a una supuesta normalidad que se admitía ilegítima y desfavorable. La valoración de “la fuerza de las tradiciones democráticas del país”, rescata el

mito de la Suiza de las Américas, tan criticado anteriormente. El propio Arismendi, sólo dos meses después, reconoció, en la edición N°48 de Estudios que Pacheco había demolido esa leyenda. Massera cerró el artículo afirmando que las próximas batallas serían más duras, pero que la revolución uruguaya era inexorable. Entendemos ese determinismo triunfalista para justificar la táctica defensiva como la consolidación de un retorno a los orígenes, finalizando el viraje ensayado en el año anterior.

La misma edición N°47 presentó la declaración del CC del PCU, de 29 de julio sobre Checoslovaquia. En ella, se respaldaba sin matices la resolución del Pacto de Varsovia, que justificaría la invasión el 21 de agosto, que liquidó la Primavera de Praga. El pretexto utilizado era la supuesta infiltración imperialista y contrarrevolucionaria, idéntica construcción dudosa utilizada por las fuerzas anticomunistas para justificar su acción, pero con la señal invertida. Ese posicionamiento desgastó bastante el partido en la vanguardia y provocó tensiones en la base, como admitió J. Martínez (2003). Por ejemplo, la Federación de Estudiantes Universitarios de Uruguay (FEUU) aprobó una declaración que condenó la intervención en Checoslovaquia, porque la construcción del socialismo “no podrá ser jamás impuesta por el poder de los ejércitos, sin la participación de la clase obrera y el pueblo en ese proceso” (Landinelli, 1989, p.92). Diversas disidencias ocurrieron en otros países. Los PCs que apoyaron la invasión pagaron un precio muy caro.

Marrero (2018, p.9) entendió que

el PCU careció de una estrategia revolucionaria, pues se empeñó en amputar la independencia política del proletariado y en llevar a la capa “progresista” de la gran burguesía nacional al poder; en primer lugar, mediante la “vía democrática”, frenando la lucha sindical y de acción directa de las masas hacia las elecciones de 1971, y, en segundo lugar, en el apoyo a una fracción de los militares en febrero del ‘73. Se reveló, finalmente, en un rol de estabilización del orden burgués en el Estado capitalista

El hecho que PCs prosoviéticos no se hayan lanzado a la revolución fue un fenómeno mundial. Lemos (2016) también consideró que el PCB cumplía un rol de contribuir para estabilizar el régimen democrático burgués anterior al golpe de 64, como también lo hizo Mandel (1969) con relación al PCF. Resulta imposible prever que habría ocurrido si hubieran actuado de modo distinto. Pero lo que sucedió no fue para nada favorable a esos partidos: aunque sin intentar hacer la revolución, igualmente fueron acusados de subversivos. En el caso del Cono Sur, las dictaduras punieron severamente y de diversas formas no sólo las organizaciones como también a sus militantes. El terrorismo de Estado impuso expedientes como exilio, detención, tortura, desaparición y muerte. Resultaría problemático pensar que la

elección de no radicalizarse haya sido calculada, pues los partidos no se beneficiaron de ella. No haremos un inventario moral sobre los dirigentes que tomaron la decisión. Para nosotros, interesa entender qué circunstancias los llevaron a eso.

Nuestra investigación sobre el PCU es un estudio de casos sobre un fenómeno que ocurrió en otros tantos países. ¿Qué rol cumplía el PCU en el régimen? Weber (1919) invita a que se piense el partido político de modo más complejo. El autor prioriza encontrar las similitudes entre los partidos, independientemente de su naturaleza política. Entiende que (p.4)

¿Cómo comienzan a afirmar su dominación los poderes políticamente dominantes? Esta cuestión se aplica a cualquier forma de dominación y, por tanto, también a la dominación política en todas sus formas, tradicional, legal o carismática. Toda empresa de dominación que requiera una administración continuada necesita, por una parte, la orientación de la actividad humana hacia la obediencia a aquellos señores que se pretenden portadores del poder elegido y, por la otra, el poder de disposición, gracias a dicha obediencia, sobre aquellos bienes que, en su caso, sean necesarios para el empleo del poder físico: el equipo de personal administrativo y los medios materiales de la administración

En el tramo de arriba el sociólogo destacó la centralidad de la obediencia para el ejercicio del poder. Nos parece que ella, sumada al culto a la personalidad, dificultaron las presiones de la base hacia una línea más radical. Vimos, por ejemplo, que el joven dirigente Sanseviero no tenía críticas con relación a la línea partidaria. Tal cual el PCU, la UJC era acusada de moderada por otras corrientes de izquierda. La obediencia y la admiración por Arismendi, en un partido centralizado como el PCU, disuadía las disputas internas y las posibilidades de cambio, ya que no se permitía la conformación de sectores, como había en el PS, por ejemplo.

Weber (1919), en líneas generales, pensó la formación de una burocracia partidaria más allá del líder carismático como sustentáculo del partido. Liberal y defensor de las reglas del juego, Weber miró ese fenómeno de modo positivo. No obstante, los PCs ocupan un lugar sui generis en el ordenamiento político, ya que su causa principal es la revolución, que lo finalizaría. En 1968 el PCU sumaba cinco diputados y un senador. Arismendi había sido elegido para su quinta legislatura consecutiva. En ese sentido, nos parece que cierta presión burocrática influyó en la toma de decisiones del partido.

Diferentemente de Weber, Trotski (2017) fue el crítico más conocido de la burocratización, incluso fue perseguido y asesinado por el estalinismo en 1941 en su exilio en México. A lo largo de su vida buscó entender sobre el nacimiento de las burocracias a partir de su experiencia como dirigente bolchevique. Destacó la relación entre la formación política de

una persona y la coyuntura histórica que ella vive. Subrayó que la burocracia estalinista surgió mientras la revolución sufría seguidas derrotas en el terreno internacional. Para él, ese cuadro impulsó cierto espíritu individualista de supervivencia, principalmente en sectores relacionados al aparato partidario. Así, esos individuos evaluaron que tenían más que perder a que ganar. Por lo tanto, se volvieron contra la idea de revolución permanente, pasando a priorizar el mantenimiento de sus privilegios, conformando la burocracia. Tal fenómeno no restringiría al partido. Las masas serían un ingrediente fundamental en el proceso. Mientras las victorias movilizan, politizan y radicalizan, las derrotas hacen el opuesto, desmoralizan, como el propio Arismendi ya había señalado. Al fin, Trotski concluyó que “el estalinismo es, antes que nada, el trabajo automático de un aparato despersonalizado en el declive de la revolución” (p.572).

Reflexionamos sobre la coyuntura en que surgió el PCU. En primer lugar, el partido se volvió un PC alineado a la III Internacional en setiembre 1920, justo en el momento descrito por Trotski: ya había fracasado la revolución en Europa, Lenin estaba muy enfermo, y el estalinismo ganaba fuerza como corriente. En Uruguay, el momento era de estabilidad económica y política del régimen batllista. Es decir, el partido no surgió en un momento de ascenso de masas. El momento tranquilo que vivía el país y la inexistencia de una coyuntura revolucionaria permitieron que el partido tuviera una también tranquila existencia legal. El principal dirigente, Eugenio Gómez, sería elegido diputado en 1926 y reelegido muchas otras veces, lo que nos sugiere el fortalecimiento de los vínculos con el régimen. La estructura hermética característica de la tradición estalinista también parece haber dificultado el surgimiento de nuevas direcciones conectadas de un modo más directo con procesos de lucha.

Analizamos otro elemento destacado por Weber (1919) sobre un partido, su fe. Nos parece que la creencia en la excepcionalidad de la democracia uruguaya llevó a su sobrevaloración por distintas organizaciones, entre ellas el PCU. Vimos que diversos autores la consideraron positiva, una muestra de lealtad. Empero, eso también parece haber amoldado un partido históricamente reformista, receloso de perder sus conquistas dentro del régimen (como su considerable representación parlamentaria y fuerte influencia sobre los movimientos de masa), más allá de las conquistas sociales, principalmente las que ocurrieron durante gobiernos batllistas. Ni siquiera los PCs están exentos de cierto cálculo realista: su grado de enfrentamiento a un determinado régimen tiene mucho que ver con su participación en él.

En el capítulo anterior vimos como Fidel Castro traía la polémica que la vanguardia se forjaría en la lucha concreta. En ese sentido, nadie escapa totalmente de ciertos condicionantes históricos. El propio Fidel, tan tirado a la revolución en 1967, retrocedió en el año siguiente y pactó con la URSS, apoyando la invasión en Praga, para sorpresa y disgusto de la nueva

izquierda (Domínguez, R., 2013). Otro debate que ocurría en la época tenía que ver con el rol de la juventud en la revolución. Verificamos el poco aprecio del partido por el tema, rechazando la idea de una lucha generacional. Aunque tuviera la más numerosa juventud de izquierda, el PCU seguía hegemonizado por la vieja guardia. Su secretario general, Arismendi cumplía 55 años en 1968. Pese su prestigio, su identidad parecía una barrera para una juventud radicalizada, en búsqueda de nuevas representaciones. Trágicamente, Líber Arce, fallecido, se volvió el principal triunfo simbólico del partido, capaz de movilizar a por lo menos 200.000 personas. Sin embargo, el partido no lo presentó como alguien que murió por la revolución, sino por la defensa de la democracia.

Interpretamos que, en 1968, Pacheco estaba en una red de mate, pero el mate que armó el PCU fue el que se toma despacio, mientras se contempla a la vida. Jamás sabremos qué ocurriría si el partido hubiera actuado de modo distinto. Un argumento de quienes se mostraban contrarios a la radicalización era que una eventual revolución no superviviría por mucho tiempo por una eventual invasión de tropas brasileñas y argentinas. De igual modo, los favorables a la revolución acordaban el éxito cubano, en las barbas del imperialismo estadounidense. Aunque la URSS no hubiera sido protagonista de la Revolución Cubana, su alianza estratégica con Cuba fue fundamental para su permanencia. Argumentar un eventual apoyo soviético a una revolución ya consolidada tras presión de la izquierda en el mundo nos parece tan legítimo como tener miedo de una eventual invasión gorila. Ambas son parte del ejercicio de imaginación a partir de un evento no ocurrido.

Incluso las revoluciones exitosas suelen ser precedidas de intentos fallidos. En el caso cubano, la fecha que nombró el M-26-7 se refiere al intento de toma del cuartel Moncada, en 1953, seis años antes de la revolución. En esa ocasión, docenas de guerrilleros fueron heridos o muertos y Fidel Castro resultó en la cárcel. Doce años antes de la Revolución Bolchevique de 1917 el pueblo ruso tuvo una derrota amarga. Tras pacíficamente protestar por la situación de hambre que vivían, más de mil manifestantes fueron asesinados implacablemente por las tropas del zar, en un episodio conocido como Domingo Sangriento.

Polemizando con los reformistas de su tiempo, Rosa Luxemburgo (1970) consideró que los asaltos del proletariado al poder que ellos consideraban prematuros, en realidad serían factores históricos importantes, que contribuyen para provocar y determinar el momento de la victoria definitiva. Lanzarse a la revolución resulta una empresa sin garantía de éxito. No hacerlo también. Objetivamente, la revolución uruguaya no sucedió. Con relación a la causa fundamental de los PCs, que es hacerla, el PCU fracasó, como lo hicieron casi todos los otros. El partido evaluó que no era el momento de radicalizar. Optó por la defensa de las libertades

democráticas. Tampoco obtuvo éxito. En los siguientes 17 años el país estaría sometido al arbitrio y a la dictadura. El PCU consideró importante valorar y respetar las reglas del juego, Pacheco Areco actuó en un sentido distinto. Es probable que supiera que no hay vacíos en el poder. No tardó en ocuparlo mientras sus adversarios no lograron hacerlo.

5.6) Sangre sin revolución: el 18 Brumario de Pacheco Areco

Los sucesos de setiembre sugieren que la ventaja del movimiento popular sobre el gobierno era dinámica. El gobierno estaba atrapado, pero el movimiento no encontró los lances capaces de ganar la partida. La estrategia del PCU consistía en seguir desangrando el gobierno, simplificar la posición y llevar el juego para un final que evaluaba poder ganar: las elecciones de 1971. Nuestra investigación termina en el año 1968, pero tras un breve repaso en las ediciones de Estudios de los tres años siguientes, resultó inequívoco como el tema de las elecciones y la conformación del FA fueron prioritarios en el periodo. La ausencia de un golpe fatal en Pacheco permitió que él creara el contrajuego.

Ocurrieron otras movilizaciones a fines de agosto y setiembre, pero sin la misma fuerza de las anteriores. Sin un plan claro, el movimiento dio jaques al gobierno, sin que se acercara el anhelado mate. En toda la región, los que apostaron en una revolución sin sangre tuvieron la sangre sin revolución. Por ejemplo, el golpe de Estado contra Allende en 11/09/1973, que asesinó al presidente en el bombardeo el Palacio de la Moneda sometió Chile a una de las más crueles dictaduras. Lamentablemente, el Uruguay viviría una experiencia similar. Pacheco también fue implacable en la represión, en el desprecio por la democracia y la vida: su policía asesinaría de modo cobarde (y probablemente calculado) a dos estudiantes más.

Irónica y tristemente, como el propio Arismendi había reconocido en 1964 cuando analizó el golpe en Brasil, la derrota sin resistencia desmoralizó a los que luchan. En setiembre ya eran tres estudiantes asesinados sin cualquier conquista para alentar a quienes se manifestaban hacía meses. La falta de perspectiva y el cansancio contribuían a la derrota. Percibiendo el cambio político, el dictador constitucional actuó rápido y contrarrestó el sector que luchaba con más vigor y hacía más tiempo: los estudiantes. Al día siguiente de la muerte de los dos nuevos mártires, el gobierno se mostró implacable: clausuró la Udelar, la Universidad del Trabajo y la Secundaria hasta el 15 de octubre, encomendando la custodia de los locales a las FFAA, lo que fue decisivo para desordenar y desmovilizar a los estudiantes, que dependían de las reuniones presenciales para la organización. (Demasi, 2019).

Justo en setiembre, el mandatario recuperó la iniciativa. Se volvió el dirigente más importante de su partido, consolidó el pachequismo como corriente política con una base de

apoyo específica y pasó a ser referido sólo por su primer apellido. Económicamente, recibió el apoyo decisivo del ruralismo, lo que se reflejaba en la política en su alianza con la mayoría del PN y con los caudillos menores, principalmente del interior. Es más, incorporó a su gabinete al futuro dictador Juan María Bordaberry (Ibidem). El discurso conservador apeló a la supuesta verdadera orientalidad, típica del gaucho del interior, en oposición a una Montevideo subversiva y antinacional por la “influencia foránea” de la ideología marxista. Eso inició con Pacheco, pero se mantendría como trazo fundamental en la retórica de la dictadura (Marchesi, 2014).

Destacamos que el autoritarismo cumplía la finalidad de imponer la austeridad sobre los trabajadores, de modo de maximizar las ganancias de la burguesía. No en balde, el parlamento aprobó la rendición de cuentas sin aumento para los funcionarios y la reglamentación (limitación) del derecho de huelga. Wilson Ferreira Aldunate, el principal nombre del nacionalismo independiente y supuesto representante del sector democrático de la burguesía, no dudó en apoyar al gobierno colorado en este periodo. Es más, respaldó al ministro del Interior incluso tras el asesinato de Líber Arce, responsabilizando a la universidad (Demasi, 2019). En un contexto de crisis, la burguesía alcanzó un acuerdo para que se salvara el capitalismo, aunque costara la democracia. Con apoyo del ruralismo, Pacheco construyó un vínculo directo con los ciudadanos más conservadores, de carácter personalista y carismático. Apoyado en la mayoría de los dos partidos tradicionales, consolidó un nuevo régimen.

Comparamos el setiembre 1968 de dieciocho brumario de Pacheco Areco por las similitudes entre la reacción conservadora y contrarrevolucionaria en el Uruguay y el proceso histórico francés que culminó en el golpe de Napoleón III en Francia en 1851. Por su parte, Marx (2004), fue testigo de este proceso y escribió entre 1851 y 1852 uno de sus más famosos libros, en lo cual comparó lo que se vivía con lo que había sucedido el 09/11/1799 (18 brumario en el calendario de la Revolución Francesa), cuando Napoleón dio un golpe de Estado que liquidó la revolución. Por los elementos comunes a ambos momentos en Francia, incluso por el alzamiento de un Napoleón al poder, Marx (2004) dijo su célebre frase en que la historia se repite primero como tragedia y después como farsa.

No pretendemos transponer mecánicamente a los hechos ni ignorar las diferencias entre lo vivido en Francia y en el Uruguay. No obstante, destacamos algunos elementos comunes. Marx señaló la existencia de una grave crisis sistémica y consideró que la izquierda francesa jugaba un rol pasivo, limitándose a defender los derechos del hombre contra los ataques del entonces presidente Napoleón III. Mientras eso, el Partido de la Orden (que aquí comparamos al establishment blanquicolorado) buscó matizar los conflictos con el Ejecutivo en nombre de

la contrarrevolución. Es decir, la burguesía prescindía del poder político directo por el mantenimiento de su poder económico y dominación de clase.

Otras similitudes importantes se relacionan al modo de gobernar. Marx llamó la atención por lo inexpresivos que eran los ministros de Napoleón III y la cantidad inédita de dimisiones de ellos, lo que fortalecía el poder personal del presidente. La comunicación del dictador con el pueblo también ocurría de modo directo, pretendiéndose estar por arriba de las instituciones. Su fuerza política venía principalmente de los sectores más retrógrados del campesinado y del lumpenproletariado, que se identificaban con un sujeto bruto y defensor de valores conservadores como orden, religión, familia y propiedad. Mucho de esas características nos parecieron comunes al Pachecato.

Más que comparar los procesos, hay dos lecciones importantes que nos parece que fueron ignoradas en el 68 uruguayo. En primer lugar, Marx (2004) explicó que la revolución no puede sacar su poesía del pasado, sino del futuro, no puede iniciar esta tarea mientras no deseche toda la veneración supersticiosa del pasado. Las revoluciones no se copian. En ese sentido, la revolución uruguaya no surgiría de condiciones idénticas a la rusa o cubana, por ejemplo. Plasmarla resultaría imposible. La otra es la necesidad de aprender crítica y autocriticamente con las experiencias históricas, una ausencia notable que verificamos en las formulaciones del PCU en el período estudiado. El filósofo denunció (p.47) que:

el demócrata sale de la derrota más ignominiosa tan inmaculado como inocente entró en ella, con la convicción readquirida de que tiene necesariamente que vencer, no de que él mismo y su partido tienen que abandonar la vieja posición, sino de que, por el contrario, son las condiciones las que tienen que madurar para ponerse a tono con él.

Consideraciones finales

A partir de nuestra investigación, consideramos que durante el periodo entre 1964 y 1968 fue cuando el Uruguay estuvo más próximo a una revolución, razón por la cual elegimos ese corte temporal. Optamos por investigar el PCU porque era la organización de izquierda con más presencia en las masas. Propusimos un nuevo abordaje sobre el partido, mirándolo en clave transnacional. Por ende, utilizamos la revista Estudios como fuente histórica privilegiada, pero la comparamos a la perspectiva de otros sujetos históricos contemporáneos, sea del Uruguay o de otros países.

Verificamos que la historia no es lineal. Aprendimos como la interacción del PCU con otros sujetos históricos en una determinada coyuntura resultó fundamental para construir su identidad y cosmovisión. Por ejemplo, pudimos constatar que el golpe de 1964 en Brasil fue la primera experiencia que cuestionó el optimismo vivido por el partido y su fe en la inexorabilidad de la revolución. Delante de sus militantes, la dirección del PCU intentó minimizar las consecuencias negativas del golpe. Sin embargo, nos sorprendió la crítica que el partido direccionó a la inacción de los “patriotas” brasileños. Aunque no haya nombrado el PCB, lo cuestionó indirectamente, dentro de los límites que el PCU pensaba necesarios para no comprometer la unidad de los PCs latinoamericanos.

Esta crítica nos ayudó a percibir que, a pesar de trazos comunes con sus pares, el PCU también tenía sus individualidades. Por ejemplo, fue permanente el internacionalismo militante, que no se restringía a las declaraciones. Atento a lo que ocurrió con el vecino, el partido rápidamente movilizó a su base contra un posible golpe de Estado en el Uruguay, que fue amenazado en junio. El mismo año el Uruguay rompería relaciones diplomáticas con Cuba, en parte porque la presión de la dictadura brasileña se volvía insoportable. El PCU fue un defensor histórico de la Revolución Cubana, de modo más entusiasta que la mayoría de los otros PCs latinoamericanos. Tras el golpe de 1964, el sindicalismo aceleraría su proceso de unificación hacia la CNT, que aprobaría la resolución histórica de huelga general por tiempo indeterminado en caso de golpe gorila.

La lucha de clases seguiría su escalada en el 1965, cuando se profundizó la crisis económica, que penalizó principalmente a los de abajo. El Congreso del Pueblo fue una respuesta que propuso un programa reformista radical de soluciones que la débil y dependiente burguesía uruguaya no se mostraba dispuesta a aceptar. El PCU vivía una relación barroca con el desarrollismo, o sea, en algunos momentos se lo reivindicaba como solución, y recurría a la CEPAL como argumento de autoridad. En otros, empezaba a denunciar sus límites, por

considerarlo burgués. Por lo que investigamos, concluimos que el partido tenía bastante consciencia de la magnitud de la crisis y de la necesidad de construirse un proyecto contrahegemónico de poder.

El programa de soluciones aprobado en el Congreso del Pueblo tenía amplio consenso en la izquierda, diferentemente de la opción del PCU en convertirlo en un programa electoral. Además de no traer los resultados esperados, eso generó bastante desgaste con otras organizaciones. En un contexto de crisis, la burguesía uruguaya, apoyada por los EEUU, pactó una reforma constitucional, que priorizaba el capitalismo frente a la democracia. La nueva constitución facilitaría bastante la escalada autoritaria de los próximos gobiernos. Mientras en el Uruguay la reforma autoritaria era presentada por las clases dominantes como la alternativa al golpe que ellas mismas podrían dar, Argentina fundaba su primera dictadura de nuevo tipo con el golpe de 1966, lo que representaba otra vitoria de las fuerzas reaccionarias en la región.

La derrota electoral en 1966 y el golpe en el otro vecino empujaban a la izquierda uruguaya hacia la radicalización, recelosa que el Uruguay pudiera ser el próximo. A eso se sumaba el magnetismo que ejercía el fervor revolucionario cubano, expresado en la Tricontinental, en la OLAS y en los discursos de Fidel Castro. El surgimiento de una nueva izquierda procubana y antisoviética era un fenómeno mundial que por cierto afectaba al PCU. Aunque buscara el equilibrio entre Cuba y la URSS, negando así las diferencias entre ellas, el partido alteraba sus formulaciones sobre la revolución uruguaya y continental. Afirmaba cada vez más la necesidad de la lucha armada y la incapacidad de la burguesía nacional de sumarse a la revolución, posiciones diferentes de muchos otros PCs pro-soviéticos. Incluso, aunque seguía pensando la revolución por etapas, él admitía que se podría rápidamente pasar de la etapa democrática a la socialista. De toda nuestra tesis, eso fue lo que más nos sorprendió, pues representó una radicalización inédita para un PC pro-soviético, por lo menos en términos discursivos.

Así, el año 1967 fue el más radical en la historia del PCU, que, cuando tuvo sus creencias confrontadas se las cuestionó por un momento. Miró la radicalización a la izquierda del PS, que desplazaba el MRO del F.I. de L. hacia su zona de influencia. La victoria de las posiciones cubanas en la OLAS invitó al PCU a abrazarlas y el partido cogitó hacerlo. Tal hipótesis no parecía imposible en los ojos de los contemporáneos. Incluso el siempre crítico Gutiérrez admitió la importancia del PCU para la revolución uruguaya. La cosmovisión de la nueva izquierda también tuvo su talón de Aquiles expuesto. La muerte del Che y el fracaso de la guerrilla boliviana sugerían que el mundo era más complejo y difícil a lo que pensaban los

foquistas. No en balde, poco después, el propio Debray empezó su autocrítica sobre la experiencia guerrillera.

En 1968 las masas estudiantiles y obreras expresaron su indignación antisistema en distintas latitudes y de diferentes formas e intensidades. En algunos de esos lugares, interpretamos que fueron creadas las condiciones materiales y objetivas para la revolución, entre ellos el Uruguay. Empero, las revoluciones no piden licencia, no golpean la puerta, tampoco presentan una receta. Parece más fácil reflexionar sobre ellas en una tesis de maestría que cuando se vive un momento político de toma de decisiones. Jamás sabremos lo que podría haber ocurrido y no se dio. Vimos que J. Martínez (2003) afirmó que jamás sabremos si el partido hubiera usado su aparato armado si eso llevaría a un baño de sangre o a la toma del poder. Pero sabemos que no usarlo no impidió el baño de sangre contrarrevolucionario.

Tampoco vamos a saber qué sucedería si la dirección mayoritaria de la CNT, con fuerte peso del PCU, hubiera propuesto y construido la huelga general en 1968, como proponía Héctor Rodríguez, aunque se sepa que no hacerla no frenó el 18 Brumario de Pacheco Areco. Otra posibilidad no realizada sería la radicalización a partir del *momentum* Líber Arce. La reacción conservadora ganó fuerza justo después. Reflexionar sobre la arena internacional nos parece un ejercicio de imaginación aún más desafiante. ¿Las dictaduras vecinas lograrían reprimir una eventual revolución? ¿La URSS sufriría suficientes presiones internacionales para que acudiera a otro país latinoamericano como hizo con Cuba? Sobre este Uruguay hipotético nunca tendremos certezas científicas. Pensamos la realidad a partir de lo que ocurrió, y nuestra inconformidad con eso nos lleva a pensar otras salidas.

Sobre el intenso y doloroso 1968 aprendimos que su ritmo fue mucho más acelerado que los años anteriores. La radicalización política permitió que cada lado conquistara ventajas dinámicas que desaparecen o se revierten si no son aprovechadas. En agosto había fuertes indicios que el movimiento social había doblegado al gobierno. No obstante, no pudo dar el golpe fatal. Entendemos que justo esa ausencia de una medida más enérgica posibilitó que el gobierno se recompusiera. El mes siguiente, el Pachecato surgió como respuesta contrarrevolucionaria y restauradora, que frenó la fuerza de las movilizaciones. A partir de ahí, el movimiento social perdió su iniciativa y se limitó a defender a la democracia formal. El gobierno no hizo caso. Eligió la radicalización y la no aceptación de las reglas del juego. Y ganó. Justo por eso cerramos la investigación en esa fecha.

Nuestro trabajo destacó el constante *wishful thinking* en la línea del PCU, sea por su fe en el propio partido, en la inexorabilidad de revolución y del socialismo, en la URSS. El Pachecato y los siguientes gobiernos dictatoriales cobraron la factura de esa lectura idealista de

la realidad y de la tercerización de la tarea de la revolución. La derrota del PCU fue también del conjunto de la clase trabajadora. Se consolidaría la contrarrevolución terrorista, de efectos nefastos no sólo por las violaciones de derechos individuales sino también por todos los impactos negativos para los trabajadores en la política, economía y cultura. Mirar a una derrota puede causar sentimientos muy negativos, pero aceptarla, aprendiendo con ella parece el mejor primer paso para superarla y construir días mejores. No hay futuro sin memoria.

En los 60 la mayoría de la izquierda era influenciada por concepciones de la III Internacional, que defendían la construcción de frentes populares policlasistas. Esa política fracasó, bien como la cosmovisión del socialismo soviético. En los 80 y 90 la URSS y el bloque socialista caerían por sus propias contradicciones. Para la derecha, tal fenómeno significó la reafirmación de sus dogmas neoliberales. Ellos tampoco se probaron exitosos, ya que vivimos en un mundo cada vez más desigual, excluyente y violento. Para la izquierda, el colapso soviético puede aportar para la construcción de nuevas formas de ver, pensar, vivir y sentir el mundo, incluso a partir de nuevas posibilidades anticapitalistas. Para la Historia, 30 años no es tanto, pero las posibilidades de nuevas experiencias no se agotan mientras la humanidad viva.

Los cambios culturales suelen suceder a una velocidad más lenta que los políticos. Tres años después de la derrota de la revolución en 1968 se fundaría el FA. Contradictoriamente, al paso que reunía casi toda la izquierda de un modo inédito, ya nacía como la marca reformista en el nombre. Treinta y cuatro años después, el partido ganaría las elecciones presidenciales por primera vez de tres consecutivas. Bajo la perspectiva de manejar el capitalismo de un modo un poco más benéfico a los trabajadores, no parece restar dudas del éxito del FA. En contrapartida, el partido parece tan alejado de la revolución como los viejos partidos socialdemócratas europeos.

Presentamos algunas similitudes del PCU con relación a otros PCs latinoamericanos, lo que refuerza la necesidad de expandir la mirada. Sin embargo, también constatamos algunas singularidades importantes, como su rol fundamental en el sindicalismo, sus buenas relaciones con Cuba y fuerte identidad latinoamericanista. Si bien el partido no intentó hacer la revolución, al menos pensó sobre la idea, al contrario de la mayoría de sus pares. Tal vez justamente eso ayude a explicar porque sigue siendo una fuerza relevante en la escena nacional. La historia del PCU no terminó en 1968. Las experiencias ofrecen la posibilidad de una toma de decisiones diferentes en el futuro. Por ejemplo, el PC chileno abandonó su histórica participación en la Concertación para sumarse a la construcción más a la izquierda, que eligió en 2021 a Gabriel Boric presidente, mientras la cuestionada Concentración quedó en el modesto quinto puesto en la primera vuelta.

Porque investigamos un periodo tan rico e importante, terminamos la tesis con muchas preguntas y voluntad de seguir la investigación. En un próximo trabajo resultaría interesante realizar entrevistas con militantes del partido. ¿Cómo interpretaban las posibilidades de la revolución uruguaya en el 68? ¿Qué piensan hoy sobre las decisiones tomadas en el periodo? ¿Cómo evaluaban la posibilidad de una huelga general? Asimismo, al optar por el PCU, dejamos de lado los demás partidos y organizaciones políticas. Otros trabajos podrían llenar este vacío con un estudio comparado y panorámico sobre sus perspectivas, incluso brindar un mapa de esas fuerzas en el movimiento estudiantil y sindical, algo que hace falta en los datos que levantamos.

El propio año 1968 es tan importante que merece tesis exclusivas. Son múltiples las conexiones transnacionales que se podría establecer, principalmente entre las experiencias latinoamericanas. Además, la riqueza, explosividad y horizontalidad del espíritu del 68, nos invita a pensar más allá de las estructuras partidarias. Por ejemplo, ¿qué proyectos, expectativas y formulaciones tenían las mujeres, las personas sexodiversas, la comunidad afro y los pueblos originarios en este periodo? Esas cuestiones demandarían un conjunto teórico que no pudimos acrecentar en la investigación. Sin embargo, no nos dejó de llamar la atención que no sólo el PCU, como la propia izquierda de los 60 era predominantemente blanca, masculina y cisheterosexual, lo que limitaba su amplitud y posibilidades.

El tema de la revolución no es exclusivo de los 60: permanece como un fantasma para unos y una esperanza para otros. En los 60, Cuba inspiró a diversas organizaciones latinoamericanas a pensar la revolución bajo sus valores y proyectos. ¿Qué rol cumplió la Revolución Sandinista en los 80? ¿Y la Revolución Bolivariana en el inicio del siglo XXI? Por último, ¿cómo y cuánto el actual proceso chileno influye a la izquierda latinoamericana? Terminamos con muchas dudas, pero con la esperanza que la mirada transnacional se expanda en la historiografía para ayudar a pensar el mundo de modo más amplio y solidario. Esperamos haber contribuido en este sentido.

Referencias bibliográficas

- Achcar, G. (2018) *Fenómenos morbosos: ¿Qué quería decir Gramsci y cómo se aplica en la actualidad?* Viento Sur, N° 156, febrero
- Acuña, V. (2015) *Centroamérica en las globalizaciones (siglos XVI-XXI)*. San José: Anuario de Estudios Centroamericanos, Universidad de Costa Rica, 41:13-27
- Aldrighi, C. (2012) *Uruguay y Estados Unidos 1964-1966: la diplomacia de la Guerra Fría*. Montevideo: Banda Oriental
- Bambirra, V. (1974) *La revolución cubana: una reinterpretación*. México DF: Nuestro Tiempo
- Benedettatta, C. (2012) *La guerra cultural en América Latina: desafíos y límites para una nueva mirada de las relaciones internacionales*. Buenos Aires: Biblos
- Benedetti, M. (2000) *Primavera com uma esquina rota*. Buenos Aires: Sudamericana
- Bloch, M. (2004) *Apologia da História, ou, O ofício do historiador*. Rio de Janeiro: Zahar
- Bobbio, N. y otros (2007) *Diccionario de política*. Brasilia: UnB, 13a Edición, Vol.1
- Bohoslavsky, J. (org) (2016) *El negocio del terrorismo de Estado. Los cómplices económicos de la dictadura uruguaya*. Montevideo: Penguin
- Bonvillani, P. (2013) *Unidad contra la dictadura “corporativa-fascista”: algunas lecturas del Partido Comunista Argentino sobre el golpe de Estado de 1966*. Santiago de Chile: Revista Izquierdas, n°22, enero
- Broquetas, M. (2014) *La trama autoritaria: derechas y violencia en Uruguay (1958-1966)*. Montevideo: La Banda Oriental
- Burrin, P. (1996) *France under the Germans: Collaboration and Compromise*. Nueva York: W.W.
- Caetano, G. y Rilla, J. (1994) *Historia Contemporánea del Uruguay*. Montevideo: Fin de Siglo
- Caetano, G., Gallardo, J. y Rilla, J. (1995) *La izquierda uruguaya: tradición, innovación y política*. Montevideo: Trilce
- Cámara de los Diputados de Brasil (2009) <https://www2.camara.leg.br/atividade-legislativa/plenario/discursos/escrevendohistoria/getulio-vargas/cartatestamento-de-getulio-vargas>, consultado en 07/12/2021
- Carone, Edgard. (1982) *O PCB (1943-1964) Vol. 2*. Rio de Janeiro: DIFEL
- Cerbino, G. (2015) *La unidad corporativa de la burguesía agropecuaria pampeana frente a los conflictos laborales: del clamor represivo al golpe de Estado. Argentina, 1964-1966*. Medellín: Estudios Políticos, n°47, julio-diciembre, pp. 109-128. Instituto de Estudios Políticos
- Cervo, A. y Bueno, C. (2002) *História da Política Exterior do Brasil*. Brasília: UnB
- Cony, H. y Lee, A. (2003) *O beijo da morte*. São Paulo: Objetiva
- Cordovilla, V. (1962) *El significado del giro a la izquierda del peronismo*. Buenos Aires: Anteo
- Costa, R. (2005) *Descaminhos da Revolução: o PCB diante da Revolução Brasileira (1958-1964)*. Niterói: UFF
- Cuya, E. (1993) *La “Operación Condor”: el terrorismo de Estado de alcance internacional*. Artículo publicado en la Revista Memoria, n°5, Nuremberg, diciembre
- Datosmacro (2020) <https://datosmacro.expansion.com/demografia/poblacion/uruguay> consultado en 07/12/2021
- Demasi, C. (2003) *El preámbulo: los años ‘60 in Montevideo*: Banda Oriental
- Demasi, C. (2006) *Dos construcciones tempranas de los antecedentes de la CNT*. In Camou, M. y Porrini, R., Trabajo e historia en el Uruguay: investigaciones recientes. Montevideo: UdelaR
- Demasi, C. (2019) *El 68 uruguayo: el año que vivimos en peligro*. Montevideo: Banda Oriental
- Demier, F. (2007) *A lei do desenvolvimento desigual e combinado de León Trotski e a intelectualidade brasileira: breves comentarios sobre uma relacao pouco conhecida*
- Domínguez, J. (2004) *La política exterior de Cuba y el sistema internacional* In. Tulchin, J. y Espach, R. América Latina en el nuevo sistema internacional. Barcelona: Bellaterra
- Domínguez, R. (2013) *Revolución Cubana; política exterior hacia América Latina y el Caribe*. México DF: UNAM
- Dreifuss, R. (1981) *1964: a conquista do Estado - ação política, poder e golpe de classe*. Petrópolis: Vozes
- Eluruguayo.com (2010) <http://www.historiadeluruguay.eluruguayo.com/La-reforma-de-1966-01.htm>, consultado en 07/12/2021
- Estudios (2021) <https://www.pcu.org.uy/index.php/nuestra-prensa/estudios/ediciones-completas> consultado en 07/12/2021
- FCEA (2019) <http://fcea.edu.uy/blog/3784-mesa-sobre-50-anos-de-el-proceso-economico-del-uruguay.html> consultado en 07/12/2021

- Fernandes, F. (2007) *A revolução cubana: da guerrilha ao socialismo*. São Paulo: Expressão popular, primera edición
- Gaido, C. y Galera, D. (2016): *Trotskismo y guevarismo en la revolución cubana, 1959-1967*. Santiago: Izquierdas, N°27, abr.
- Galeano, E. (1971) *Las venas abiertas de América Latina*. Montevideo: Udelar
- Garate, H. y Risso, M. (2010) *Piedras pequeñas: Historias de viejos obreros comunistas*. Montevideo: Planeta
- Garcé, A. (2014) *El Partido Comunista de Uruguay y la vía armada*. www.izquierdas.cl, No 19, agosto 2014, ISSN 0718-5049, pp. 77-90, consultado en 25/02/2020
- García, R. y Girona, M. (2020) *Una "inmensa potencia explosiva"*. *Uruguay y la ruptura de relaciones con Cuba en 1964*. in Los condicionantes internos de la política exterior: entramados de las relaciones internacionales y transnacionales. Míguez, M y Morgenfeld, L. Buenos Aires: TeseoPress
- Ginsburg, F. (2004) *Cuando los nativos son nuestros vecinos in Constructores de Otridad; Una introducción a la antropología social y cultural*. Boivin, M, Rosato, A. y Arribas, V., Buenos Aires: EA
- Guber, R. (2001) *La etnografía: Método, campo y reflexividad*. Bogotá: Norma
- Guevara, E. (1962) *La influencia de la Revolución Cubana en América Latina*. Intervención ante los miembros del Departamento de Seguridad del Estado (DSE). No fue publicado hasta después de la muerte del Che Guevara
- Guevara, E. (1965) <https://www.mateamargo.org.uy/2013/12/27/discurso-de-argel/> consultado en 07/12/2021
- Grabois, M. (1960) *Duas concepções, duas orientações políticas* <https://www.marxists.org/portugues/grabois/1960/mes/duas.htm> consultado en 07/12/2021
- Gramsci, A. (1981) *Concepção dialética da história*. Rio de Janeiro: Civilização Brasileira
- IBGE (1960) Censo <https://www.ibge.gov.br/> consultado en 07/12/2021
- INE (1966) <https://www.ine.gub.uy/censos-1963-1996> consultado en 07/12/2021
- Instituto de Economía de la Udelar. (1971) *Proceso económico del Uruguay: contribución de su evolución y perspectivas*. Montevideo: Udelar, 2a edición
- Hobsbawm, E. (2005) *Pessoas extraordinárias: resistência, rebelião e jazz*. São Paulo: Paz e Terra.
- Jagger, S. (2001) *Discourse and knowledge: theoretical and methodological aspects of a critical discourse and dispositive analysis* In Wodak, R. y Meyer, M. *Methods of Critical Discourse Analysis*. Londres: Sage
- Karepovs, D. (org) (2019) *Notas para uma história dos trabalhadores: contribuição a história da esquerda brasileira e outros escritos*. São Paulo: Perseu Abramo
- La Diaria (2021) <https://ladiaria.com.uy/politica/articulo/2021/6/fernando-pereira-sobre-la-huelga-general-laresistencia-no-duro-15-dias-sino-12-anos/> consultado en 07/12/2021
- La Diaria (2021b) <https://ladiaria.com.uy/politica/articulo/2021/11/27-de-los-uruguayos-apoyaria-un-gobiernomilitar-y-41-uno-no-democratico-segun-encuesta-del-latinobarometro/> consultado en 07/12/2021
- La Diaria (2021c) <https://ladiaria.com.uy/mundo/articulo/2021/10/revelan-detalles-de-los-planes-de-brasil-parainvadir-uruguay-en-1971/> consultado en 07/12/2021
- Landinelli, J. (1989) *La movilización estudiantil universitaria en la crisis social de 1968*. Montevideo: Banda Oriental
- Leibner, G. (2011) *Camaradas y compañeros. Una historia política y social de los comunistas del Uruguay*. Montevideo: Trilce
- Lemos, R. (2016) *Contrarrevolucao, ditadura e democracia no Brasil*. in *Ditaduras e Democracias: estudos sobre o poder, hegemonia e regimes políticos no Brasil (1945-2014)*. Calil, G., Da Silva, M. y Silva, C. Maringá: FCM
- Lemos, R. (2018) *Ditadura, anistia e transição política no Brasil (1964-1979)*. Rio de Janeiro: Consequência
- Lenin, V. (1997) *El Estado y la revolución*. Madrid: Fundación Federico Engels
- Lenin, V. (2003) *Dos tácticas de la socialdemocracia en la revolución democrática* <https://www.marxists.org/espanol/lenin/obras/1900s/1905-vii.htm> consultado en 07/12/2021
- Lenin, V. (2009) *El poder dual* <http://revolucionbolchevique.blogspot.com/2009/04/lenin-el-poder-dual.html> consultado en 07/12/2021
- Linz, J. (1991) *La quiebra de las democracias*. Buenos Aires: Alianza
- Löwy, M. (1995) *A teoria do desenvolvimento desigual e combinado*. Paris: Actuel Marx, N°18
- Luxemburgo, R. (1970) *Reforma ou Revolução?* Lisboa: Estampa
- Mandel, E. (1969) *Lecciones de mayo de 1968*. La Habana: Pensamiento Crítico, N°25-26, febrero-marzo
- Marcha (1964-1968) <https://anaforas.fic.edu.uy/jspui/handle/123456789/914> consultado en 07/12/2021
- Marchesi, A. (2014) *Una parte del pueblo uruguayo feliz, contento, alegre: los caminos culturales del consenso autoritario durante la dictadura* In Wind, P. *No hay mañana sin ayer. Batallas por la memoria histórica en el Cono Sur*. Santiago: CEIU
- Marchesi, A. (2019) *Hacer la revolución: guerrillas latinoamericanas, a los años sesenta a la caída del Muro*. Buenos Aires: Siglo veintiuno
- Marini, R. (1991) *Dialéctica de la dependencia*. México: Era, 11a reimpresión, pp. 9-77

- Markarian, V. (2012) *El 68 uruguayo: El movimiento estudiantil entre molotovs y música beat*. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes
- Marrero, N. (2018) *La estrategia del Partido Comunista del Uruguay entre 1968-1973*. World Revolution #130, setiembre
- Martínez, F., Ciganda, J. y Olivari, F. (2002) *¿Nos habíamos amado tanto? crisis y peripecias de un partido*. Montevideo: La bicicleta
- Martínez, J. (2003) *Crónicas de una derrota: testimonio de un luchador*. Montevideo: Trilce.
- Marx, C. (2004) *El deciocho brumario de Luis Bonaparte*.
<http://www.archivochile.com/Marxismo/Marx%20y%20Engels/kmarx0014.pdf> consultado en 07/12/2021
- Melo, D. (2016) *O caráter de classe do golpe de 1964 e a historiografia*. In *Ditaduras e Democracias: estudos sobre o poder, hegemonia e regimes políticos no Brasil (1945-2014)*. Calil, G., Da Silva, M. y Silva, C. Maringá: FCM
- Míguez, M. (2013) *¿Anticomunistas, antiestatistas, antiperonistas? La “nacionalización” de la doctrina de seguridad nacional en la Argentina y la legitimación del golpe de Estado de 1966*. Buenos Aires: Revista SAAP, Vol.7, N°1, mayo 2015, 63-95
- O’Donell, G. (1975) *Reflexiones sobre las tendencias generales de cambio em el Estado burocráticoautoritario*. Buenos Aires: Documento CEDES/G. CLACSO, N°1, Centro de Estudios de Estado y Sociedad O’Donell, G. (1979) *Modernization and Bureaucratic Authoritarianism: studies in South American Politics*. Berkeley: Institute of International Studies, University of California
- Padrós, E. (2011) *Uruguai: o Pachecato e a escalada autoritária no final dos anos 60*. São Paulo: AMPUH PCB (1958) *Declaração sobre a política do PCB* <https://www.marxists.org/portugues/tematica/1958/03/pcb.htm> consultado en 09/05/2021
- PCU (2020) <https://www.youtube.com/watch?v=E97ebhu6iPg> consultado en 07/12/2021
- PCU (2021) <http://pcu.org.uy/index.php/resoluciones-y-declaraciones-pcu/resoluciones-y-declaraciones-2021> consultado en 07/12/2021
- Peirano, M. (2014) *Etnografía não é método*. Porto Alegre: Horizontes antropológicos, N°42, pp. 377-391 Pettinà, V. (2018) *Historia mínima de la guerra fría en América Latina*. México DF: El colegio de México, primera edición
- Porrini, R. (2005) *La nueva clase trabajadora uruguaya (1940-1950)*. Montevideo: UdelaR
- Prestes, A. (2014) *El PCB y el golpe civil-militar de 1964: causas y consecuencias*. Porto Alegre: PUCRS, v. 40, N°1, pp. 150-168, enero-junio
- Prestes, A. (2015) *Luiz Carlos Prestes: Um comunista brasileiro*. São Paulo: Boitempo
- RAE (2014) <https://dle.rae.es/> consultado en 07/12/2021
- Ramírez, H. (2015) *Reflexiones acerca de las Dictaduras del Cono Sur como proyectos refundacionales*. Madrid: Antítesis, v. 8, n. 15esp., p.132-159, nov.
- Ramírez, M. (2017) *Las mujeres exiliadas en la internacionalización de la insurrección cubana: 1955.1958*. Paris: L’Ordinaire des Amériques
- Reina, E. (2021) <https://noticias.uol.com.br/politica/ultimas-noticias/2021/10/29/ditadura-militar-brasil-invasaouruguai-eua-1971.htm> consultado en 07/12/2021
- Reyes y otros. (1966) *La banda oriental: pradera-frontera-puerto*. Montevideo: La banda oriental
- Rocha, L. (2016) *A primavera foi inexorável? Caio Prado Júnior, o PCB e o Golpe de 1964*. Niterói: UFF
- Rodríguez, H. (1985) *Unidad sindical y huelga general*. Montevideo: Centro Uruguay Independiente
- Rodríguez, J. (2015) <https://www.youtube.com/watch?v=G5syav4Ck bl&t=39s> consultado en 07/12/2021
- Rojas, R. (2015) *Historia mínima de la revolución cubana*. México DF: El colegio de México, primera edición
- Roniger, L. (2017) *Formación nacional y transnacional y transnacionalismo: la historia conexas de América Central*. Buenos Aires: e-l@tina, Universidad de Buenos Aires
- Santos, T. (1998) *A teoria da dependência: balanços e perspectivas*. Niterói: Eduff
- Schultze, M. (2015) *El Partido Comunista del Uruguay como objeto de estudio: problemas, novedades y desafíos* Cuadernos del Claeh · Segunda serie, año 34, n.º 101, 2015-1, pp. 87-110
- Solari, A. (1962) *Réquiem para la izquierda: Uruguay: partidos políticos y sistema electoral*. Montevideo: FCU, pp.153-173)
- Sweig, J. (2002) *Inside the Cuban Revolution: Fidel Castro and the urban underground*. Londres: Universidad de Cambridge
- Thompson, E. P. (2004) *A formação da classe operária inglesa: a maldição de Adão* Vol. 1. São Paulo: Paz e Terra.
- Tosi, G. y Ferreira, L. (2014) *Chile, Bolívia e Uruguai: Atas da Primeira Sessão do Tribunal Russell II*. João Pessoa: UFPB
- Trotsky, L. (2001) *Una y otra vez sobre la naturaleza de la URSS*

<https://www.marxists.org/espanol/trotsky/1930s/edm2.htm> consultado en 07/12/2021

Trotsky, L. (2017) *Minha vida*. São Paulo: Usina

Turiansky, W. (2010) *Los comunistas uruguayos en la historia reciente (1955-1991): su contribución al desarrollo de la consciencia social en años de crisis*. Montevideo: Fin de Siglo

Valle, M. (1997) *O diálogo é a violência: movimento estudantil e ditadura militar em 1968*. Campinas: Unicamp

Valdívia, V. (2010) *Estamos en guerra, señores!: el régimen militar de Pinochet y el "pueblo", 1973-1980*.

Santiago: Historia N°43, Vol. I, enero-junio

Weber, M. (1919) *El político y el científico*. <http://www.hacer.org/pdf/WEBER.pdf> consultado en 07/12/2021

Weinstein, B. (2013) *Pensando la historia más allá de la nación: la historiografía de America Latina y la perspectiva transnacional*. Manizales: Aletheia, volumen 3, número 6, julio 2013

Wodak, R. y Meyer, M. (2001) *Methods of Critical Discourse Analysis*. Londres: Sage

Wood, E. (2003) *Democracia contra capitalismo: a renovação do materialismo histórico*. São Paulo: Boitempo

Yaffé, J. (2018) *Comunismo y democracia en la Guerra Fría Latinoamericana: el caso de PC de Uruguay em los sesenta*. Revista Brasileira de História. São Paulo: Revista Brasileira de História, v. 38, N°79

Zanetti, O. (2008) *La United Fruit Company en Cuba: Organización del trabajo y resistencia obrera*. Santa Marta: Clío América, Universidad de Magdalena